



Fernán Caballero

# **Vulgaridad y nobleza**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Fernán Caballero

## Vulgaridad y nobleza

### Dedicatoria

El autor suplica al afamado y erudito Barón Wolf, tan admirado y respetado en su sabia patria como en todos los países cultos, y el que con tanta benevolencia ha juzgado y dado a conocer el primero en Alemania sus sencillos escritos, que le permita dedicarle este cuadro, en muestra de una gratitud que quisiera y no sabe demostrar de una manera más expresiva y digna.

Fernán Caballero.

### Prólogo

No son los extranjeros (que eso nada de extraño tendría), son los españoles, que nos hacen un cargo de pintar las cosas de nuestro país sólo por su lado favorable.

Es muy cierto, y todo el mundo sabe, que en España, como en todas partes, hay gentes y cosas malas; nunca hemos pensado en negarlo, ni en hacer de España una Arcadia, y esto lo prueban los muchos tipos malos que, si bien no en primer término, se encuentran en nuestras novelas y cuadros de costumbres, como necesarias sombras en la composición. Lo que sí no hemos querido es tomarnos la ingrata, poca interesante y menos útil tarea de poner en primer término los tipos malos y de dar publicidad a las cosas que lo son. Lo hemos dicho ya en otras ocasiones: la crítica y la pintura de lo malo, que rebaja al hombre, es un correctivo ineficaz al mal; el elogio o la pintura de lo bueno, que lo enaltece, es el más dulce de los estímulos al bien. Otros críticos, poco benévolo, dicen que inventamos lo que damos por cosas ciertas. Agradecemos el favor grande que con esta censura se hace a nuestro ingenio, pero sin admitirlo: lo uno, porque tenemos en mucho más el ser verídicos que ingeniosos, y en más alta estima el que se nos crea que el que se nos admire; y lo otro, que es cosa de harta más importancia el que se tenga dentro y fuera de España un exacto conocimiento de la índole, del carácter, de las costumbres y hasta del modo de expresarse de nuestro pueblo meridional, que puede serlo el que un escritor de nuestra insignificancia esté o no esté dotado de ingenio. Téngase en cuenta que rebuscamos los granos de la buena semilla en un campo que se está cegando, y déjesenos conservar en estas hojas, puesto que estatuas, monedas y otros efectos de pasadas épocas se suelen extraer de excavaciones, pero no así las cosas de la esfera intelectual, que son sentimientos que se entierran para siempre con los corazones que los abrigaron, palabras que se pierden en el aire en que se pronunciaron y usos que pasan sin dejar rastro. Es de advertir que si diésemos al público

como fruto de nuestra inventiva los cuadros de costumbres que trazamos, se nos echaría en cara con la misma hostilidad que dábamos por nuestro lo que no lo era, y entonces la crítica tendría razón.

El sencillo argumento del presente cuadro, del que puede decirse que se encierra todo en la última frase de la mendiga, lleva consigo su auténtica en la imposibilidad que hay del que tal frase se invente; semejante energía, laconismo y profundo sentido en la locución, no los halla sino el noble corazón de una madre del pueblo español. Las gentes cultas comprendemos lo sublime y solemos ahogarlo en las flores de la retórica; el pueblo católico español, sin comprenderlo, lo realiza a veces y lo presente en toda su verdad y sencillez, como lo hace la Biblia.

Se nos vitupera igualmente nuestro patriotismo por aquéllos que, llenos del espíritu cosmopolita moderno, clasifican el amor a la patria de necia preocupación de los siglos bárbaros; y adviértase que así lo hacen cuando se trata del que nos apega al país que nos vio nacer, a su carácter, a sus costumbres, a sus tradiciones, a sus creencias, a sus instituciones, al respeto y cariño a la enseñanza de nuestros mayores; pero cuando la palabra patriotismo se escribe en la bandera enarbolada por los que quieren destruir todo esto, entonces es a sus ojos sublime, santo, padres de héroes, y apuran para aplicársela las calificaciones más retumbantes. Entonces existe. No; entonces se profana su nombre.

Dice el pueblo que para todo se necesita entendimiento, hasta para barrer; y nosotros decimos que para todo se necesita justicia, pero sobre todo para la crítica, so pena que ésta produzca el efecto contrario al que se propone el que la ejerce.

Nada que argüir tenemos a aquéllos a quienes nuestros cuadros no gustan, no sólo porque en materia de gusto no cabe discusión, sino porque participamos de su opinión, ya que no en cuanto a los argumentos (que son todos, en parte o por entero, ciertos y muy buenos), pero sí en el modo de presentarlos, que es inhábil y defectuoso, y que pocas veces nos dejan satisfechos. Pero ya que no hay cajas de plata en qué conservar cosas tan bellas, consérvense aunque sea en caja de peltre.

En éste, como en los más de nuestros cuadros, el argumento es cosa sencilla y poco complicada, por lo que carece de ese movimiento, de esas intrigas, de esas pasiones, que son, en particular en Francia, la esencia de la novela; por eso hemos tenido cuidado de no denominar a estas composiciones novelas, sino cuadros, para que todo aquél a quien no agrade el estudio de las costumbres, del carácter, de las ideas y del modo de expresarlas de nuestro pueblo, no las lea. El que quiera brillantez, movimiento, bien urdidas intrigas, pasiones y artes, búsquelo donde lo halle, y no se venga a sentar al sol de Dios con nosotros.

Réstanos el dar las gracias a las simpáticas y benévolas personas que con tanta indulgencia han acogido nuestros escritos, empezando por los dignos y sabios sacerdotes, y a los distinguidos literatos españoles y extranjeros que se han servido darnos su aprobación inapreciable, la que, como los rayos del sol al arbusto, a quien vigorizan y hacen producir nuevas ramas, nos han alentado tiempo ha, con su benevolencia, a seguir publicando nuestros escritos.

- I -

pero el alma la nobleza.  
(Calderón.)

El cuerpo lo viste el oro,

Después de haber atravesado Córdoba, ve el Guadalquivir al camino de hierro acercársele y saltarle por encima en su afanosa carrera de trajinero, y sin cuidarse de él, prosigue en su pausado andar de caballero, dejándose llevar de las inclinaciones del terreno como el que pasea, y llegando con esa majestad de todo lo que es grande y tranquilo a la vega de Sevilla.

A la izquierda, y como prólogo de su historia, que cuenta Sevilla con sus monumentos, encuentra el río al magnífico convento de San Jerónimo, que, abandonado y falto del cuidado que le prestaban sus monjes, se desmorona como un cuerpo en que ya no late el corazón; y más abajo, a la derecha, halla a la Cartuja metida entre sus naranjos, como si no habiéndole bastado la soledad y el silencio, hubiese buscado la sombra. Baña después los robustos pies del hermoso puente de piedra y hierro que lo vadea, se acerca a las Delicias, cuyos frondosos árboles refleja en sus aguas como una dulce impresión que recibe, e inclinándose a la derecha, camina entre mimbrales hacia San Juan de Alfarache, sentado al pie de la vertiente de un monte, que unido a otros forma un grandioso vallado al llano de Triana.

Vestidas las vertientes de aquéllos de apiñados olivares, como los merinos de su cespó y espeso vellón, ostentan sus cimas blancos pueblecitos, como si intentasen estos pigmeos imitar a las nevadas cumbres de los Alpes.

Entre Tomares y Castilleja de Guzmán se halla el más considerable de estos pueblecitos, Castilleja de la Cuesta, a quien atraviesa el camino que conduce a Aljarafe, esa comarca tan fértil, tan hermosa y tan rica en viñedos.

En ocasión de anotar aquí, ya que en Castilleja de la Cuesta nos encontramos, que el Pedro Jiménez, ese vino que es hoy día el de más precio que crían las afamadas viñas de Jerez fue, trasplantado a ellas de Castilleja, donde primero fue aclimatada la vid que lo da por un vecino del mismo pueblo llamado Pedro Jiménez, soldado de los tercios de Flandes, y que, hombre industrial, se hizo a su regreso de sarmientos de las viñas del Rhin, las cuales, perdiendo en este suelo y bajo este sol el sabor acidulado de su mosto, lo trocaron en el pastoso y dulce del vino generoso que hoy se conoce con el nombre de su introductor en nuestro país.

Tampoco olvidemos que en este pueblo murió Hernán Cortés, y que la casa en que tan insigne y esforzado varón dio su último suspiro ha sido comprada y restaurada por los serenísimos señores infantes duques de Montpensier, con ese atinado buen gusto y ese celo por los recuerdos gloriosos y religiosos del país, que hacen de los augustos señores los ángeles reparadores de las santas históricas ruinas.

Si hubiese en nuestra triste y revuelta época más amor a la verdadera patria, habría más gratitud hacia los que la enaltecieron en sus pasadas grandezas, y ya se habrían levantado estatuas a príncipes tan admirables en todos conceptos. Pero el tiempo venidero se encarga siempre de pagar con creces las deudas que el presente no salda por completo.

Desde Castilleja empieza la mencionada comarca del Aljarafe, llamada por los romanos los Jardines de Hércules. Cubren este gran distrito muchos pueblecitos, que deben con preferencia su bienestar al cultivo de la viña. La inmensa cantidad de uva y la no menos considerable de mosto que suministran a Sevilla, son origen de su modesta prosperidad.

Años atrás, no obstante, y cuando se hallaba España en la postración y abandono que fue natural consecuencia de la heroica guerra de la Independencia, en que la nación entera, cual aquellos grandes y nobles caballeros que iban a la guerra santa, todo lo abandonó para defender su independencia, y probó venciendo

Que en tocando a Dios y al rey,  
a nuestras casas y hogares,  
todos somos militares  
y formamos una grey

Años atrás, decimos, aquellas fincas rurales, como todas las demás, estaban abandonadas, destruidos sus edificios, perdidos sus plantíos y habían caído por improductivas en gran menosprecio. Sus dueños, arruinados como ellas, no se hallaban en disposición por entonces de hacer los costosos adelantos de reparación que plantíos y edificios necesitaban, y que, según la expresión del país, pedían aquéllos, pues la tierra de Dios es tan agradecida y propicia, que sólo pide al hombre que la labre y cultive a sus hijas las plantas para cumplir la misión que de Dios recibiera de colmarlo de sus dones.

En esa época, pues lo que vamos a referir es de fecha atrasada, vendíanse las fincas arruinadas en bajo precio, y un sujeto de clase humilde, pero que había adquirido en América un bonito capital, con el que regresó a la Península, escogió a Sevilla para su residencia, y determinó hacerse allí propietario. Entre las fincas que le fueron propuestas, lo fue una hacienda de viña en un pueblo de Aljarafe, la que determinó ir a ver con el corredor que le había propuesto su compra.

- II -

Hallábase esta hacienda de viña a la entrada de un lugar, y, como ya hemos observado, gracias a la solidez de su fábrica, manteníase en pie en su lucha con el tiempo, como un gladiador que no se rindiese, doblase ni cayese sino para morir.

Veíanse en sus erguidos muros las arrugas que imprime la vejez y el color mustio que dan los temporales a los edificios, como se lo dan a los rostros de los hombres que viven de continuo a la intemperie.

La grandiosa portada se alzaba tan derecha, entera y altiva, cual si quisiera ocultar a las miradas de los transeúntes el abandono y ruina que tenía a sus espaldas; pero la puerta, desvencijada y rajados sus tablones, las ponía, bien a pesar suyo, a la vista de todos.

Sobre la puerta de la portada había practicado un nicho, en el que, detrás de un enrejado de alambre, se veía una pequeña imagen de bulto de la Virgen, de cuya advocación, que era la de la Paz, tomaba la hacienda su nombre.

El cuerpo alto de la casa estaba inhabitable, a causa de las muchas goteras, así como el lagar y las vacías bodegas anexas a la casa, que parecían tener cribas por techumbre.

En los bajos vivía con su numerosa prole el hijo del que había sido capataz de la viña cuando se labraba, el que, aunque no recibía salario, seguía guardando el edificio por la ventaja de vivir en casa sin tener que pagarla.

Las tapias que como guardianas rodeaban a los corrales, confiadas en que nada había que guardar en aquel edificio abandonado, por complacer a sus amigos los lagartos, habían abiertos grietas que les sirviesen de albergue, las que habían aprovechado también las preciosas plantas parásitas para extenderse y florecer a sus anchas, formando sobre las tapias pabellones y colgaduras que imitan en sus ornatos los tapiceros, pero nunca con tanta gracia.

En los corralones habían crecido a su amor las higueras silvestres, las zarzas, los solanos, las adelfas, el lentisco y otras hijas naturales de la tierra, que formaban un rústico vergel para recreo de los pájaros cantadores, de las gallinas buscavidas y de unos tímidos y silenciosos conejos caseros, que llevaban todos allí una vida de príncipes.

A espalda de la casa, la parra, que había perdido los sostenes del emparrado, se había agarrado a los hierros de una ventana para trepar, sin miedo de la podadera, como una volatinera, al tejado, mientras dejaba colgar, como lo hace el sauce, otra de sus ramas, en las que bailaban las ligeras pespitas, sirviéndoles sus colas de balancín; daba con sus ramas menores sombra a los nidos de golondrinas, que, agradecidas, le contaban con su gran verbosidad maravillas de lejanas tierras. Las malvas crecían por todas partes, ofreciendo sus buenos y suaves servicios como hermanas de la Caridad. Las amapolas, a quienes preguntaba el viento si lo querían, respondían moviendo sus ruborizadas cabezas que no, que no.

Los gorriones se peleaban sin reparo y con insolentes pitidos delante de los comedidos y finos palomos, que huían al tejado escandalizados. Los conejitos formaban círculo, como convidados a un festín, alrededor de los desperdicios de la verdura de la olla que les había tirado la casera. Las gallinas se apresuraban a acudir al llamamiento del gallo, que había encontrado una mina en las barreduras de la cuadra.

Entre las matas pastaba silenciosa y grave una burra blanca, que era la decana de aquella colonia, sin cuidarse de las carreras y saltos con que gozaba a su lado su precioso ruchillo, del brevísimo ocio concedido a la miserable existencia de este tan inofensivo, manso, paciente cuanto infeliz animal.

Una porción de niños, que venían a unirse a los del casero, reían, jugaban y cantaban sin freno y a su albedrío, como crecían allí las plantas, sin estorbar y sin ser estorbadas por nadie.

Formaba, pues, todo lo referido el más completo desorden, mas no el desorden que constituye en la vida ordinaria un vicio, que, como la polilla, es muy pequeño, pero que así en las cabañas como en los palacios causa grandes estragos, que en los negocios es la ruina y en las ideas el enemigo de la lógica y del buen sentido, sino aquél que en la naturaleza es un encanto más, como es en los niños una gracia más su misma torpeza y confusión de ideas.

Pero el más bello comensal de aquel lugar era un grandioso moral. Aquel árbol magnífico, encumbrado como un rey, elevado y majestuoso como un patriarca, rico, pródigo, lozano y airoso como un joven caballero digno y firme como un anciano hidalgo, se hallaba situado al lado de un pozo, cuyo brocal había caído por tierra. Formaba así caído un lecho para solaz de la hiedra, cuyas ramas habían trepado por el tronco del moral hasta enlazarse con las suyas, formando una espesa selva negra para ocultar los nidos de los pájaros.

El casero y su familia formaban en medio de esto una pacífica colmena; así es que el que veía medrar a la colonia, a la colmena y al vergel en aquella perdida y desatendida hacienda, podía convencerse de que Dios y la Naturaleza no conocen lo que el hombre débil, inconstante, cruel e inexorable ha creado, y nombra... ABANDONO.

- III -

Delante de la puerta de la cocina, que era la que daba al descrito corral, hallábase una mañanera sentada al sol Cipriana, la mujer del casero. Tenía colocado sobre su cabeza, para preservarla del contacto inmediato de los rayos del sol, un pañuelo doblado en cuatro dobleces cuadrados, de manera que caía uno de sus picos hacia adelante como una visera. Estaba ocupada en remendar una camisa de mujer que había lavado, y que era un conjunto de remiendos de telas blancas de varios gruesos y géneros.

Desde el moral a una de las rejas de la casa se extendía un tendedero, del cual colgaban pañales, fajas y camisitas, a quienes el sol acababa de dar un blanco esplendente. Una gallina cacareaba dando parte que había dado a luz con toda felicidad un robusto huevo, mientras las demás se solazaban al sol. Las abejas y su parodia las avispas zumbaban por el aire como diminutas zambombas. Un suave viento poniente vivificaba aquella tranquila naturaleza, ya meciendo suavemente los pañales y camisitas, como en su cuna mecía su madre al pequeño dueño de estas prendas; ya introduciéndose en la copa del moral y despertando a las dormidas hojas que de esta libertad murmuraban entre sí; ya entrándose a aullar por una encrucijada para asustar a los niños; ya obligando a las erguidas adelfas a bajarle sus bellas cabezas en un cortés saludo; ya subiendo quedito a la torre del lagar para coger descuidado y por detrás al gallo puesto allí de veleta, lo que nunca había podido conseguir, y después, como veleidoso, queriendo ausentarse, ir para despedida a besar la frente de los niños, arrebatarse su fragancia a una mata de reseda nacida en la vieja y recta pared, como una sonrisa en el rostro de un austero anacoreta, trayéndosela para su solaz a Cipriana, y murmurando suave y sonsoladoramente al oído de una pobre anciana que a la sazón entraba agobiada: La vida y las penas son un soplo como yo, y acabar por remontarse a altas regiones a buscar celajes diáfanos y nubecillas transparentes para trastornarlos a su fantasía.

Un grupo de niños había sentado sus reales debajo del potente moral, y uno de ellos, como de tres años, estaba tendido a la larga, sirviéndole como de almohada un perro, acostado como él en el suelo.

-Juaniquillo- le dijo su hermana, que tenía cinco años -no te echas sobre Cubilón, que te va a dar pulgas.

-¡Qué había de dar!- opinó un mozo de siete años -; se llevará las que tenga, que las pulgas están más a gusto con los perros, que no se meten con ellas, que no con las gentes, que las cogen y las matan.

-¿Sabes tú, Purita, que el coco y la pulga se quieren casar?

-¿Quién te lo ha deció?

-La gente. Pero es el caso que

La pulga y el coco  
se quieren casar,  
y no se han casado  
por falta de pan.

Salió una hormiga  
de su hormigal:  
«Hágase la boda,  
que yo pongo el pan.»

Albricias, albricias,

que ya pan tenemos;  
ahora la carne,  
¿dónde la hallaremos?

Asomose un lobo  
por aquellos cerros:  
«Hágase la boda,  
yo pongo un carnero.»

Albricias, albricias,  
ya carne tenemos;  
ahora la berza,  
¿dónde la hallaremos?

Saltó un cigarrón,  
de entre aquellas huertas:  
«Hágase la boda,  
yo pongo la berza.»

Albricias, albricias,  
ya berza tenemos;  
pero ahora el vino,  
¿dónde le hallaremos?

Saliose un mosquito  
de un calabacino:  
«Hágase la boda,  
que yo pondré el vino.»

Albricias, albricias,  
que vino tenemos;  
ahora la cama,  
¿dónde la hallaremos?

Acudió un erizo  
tendiendo sus lanas  
«Hágase la boda,  
yo pongo la cama.»

Albricias, albricias,  
que cama tenemos;  
por falta de cura  
no nos casaremos.

Se asomó un lagarto  
por una hendedura:  
«Hágase la boda,

que yo seré el cura»

Albricias, albricias,  
que cura tenemos;  
ahora el padrino,  
¿dónde lo hallaremos?

Salió un ratoncito  
de un montón de trigo:  
«Hágase la boda,  
yo seré el padrino.»

Albricias, albricias,  
padrino tenemos;  
ahora la madrina,  
¿dónde la hallaremos?

Salió una gatita  
de aquella cocina:  
«Hágase la boda,  
yo soy la madrina»

En mitad de la boda  
se armó un desaliño:  
saltó la madrina  
y se comió al padrino.

Mientras Pura escuchaba con la boca abierta la relación de la boda de la pulga y el coco, había entrado en el corral una anciana, que era de tan pobre traza y humilde aspecto, que, sin hablar, pedía elocuentemente socorro.

-Ahí está -dijo Pura- la tía Ana Panduro. Joselillo, bien podías darle el cuarto que te ha dado tu madrina.

-Conque estoy juntando desde ayer para marcar un trompo, y no he juntao naa - respondió su hermano- , ¡y le iría a dar mi cuarto! Caramba contigo, ¡y qué dadivosa eres con lo que no es tuyo!...

-Y de lo mío lo propio; y para que lo sepas, roñoso, le voy a dar el huevo que me puso mi gallina.

Y esto diciendo, encaminose la niña hacia la pobre vieja, llevando su huevo en la mano, tan radiante y ufana cual si llevase a la reina un estandarte ganado en Tetuán.

Entretanto, decía Cipriana a la recién venida:

-Siéntese usted, tía Ana, que ya le estoy acabando de remendar la camisa que la he lavado, y le sacaré, en remantando, unas habitas de un guiso que tengo puesto.

-Dios te lo pague -contestó la mendiga- ¡Ay, hija mía! Si no fuese por las buenas almas, ¿qué sería de tantos pobres que, como yo, ni lo tienen ni lo pueden ganar?

-Por eso mismo manda Dios que nos socorramos los unos a los otros y nos miremos como hermanos.

-¡Las penas me están crucificando sin acabarme de matar, Cipriana! ¡No hallo descanso ni de día ni de noche, pues los dolores del cuerpo y las penas del alma a la par me acosan!

-Señora -contestó Cipriana-, ya sabe usted que el camino del cielo es cuesta arriba y muy penoso y cansado, y el del infierno es cuesta abajo, muy gustoso y ligero de andar. Así vamos caminando con valor cuesta arriba, que mientras más agria, empanada y penosa de subir sea la cuesta, más pronto y seguro se llega.

En este instante, como las puertas estaban enfiladas y abiertas, vieron pararse ante la portada una calesa, de la que bajaron dos señores, al propio tiempo que lo hacía de su caballo un hombre que los acompañaba, y que llamó a Joselillo para que llevase aquél a la cuadra.

-¿Qué es esto? -preguntó la anciana.

-Pascual, que ha ido hoy a Sevilla -contestó Cipriana-, porque el encargado de los herederos del difunto marqués lo mandó llamar para que viniese con ese señor y le enseñase la posesión; por lo visto, la quiere comprar.

-Mujer, me alegraría que la comprase -repuso la anciana-, para que tome a Pascual de capataz, como corresponde a éste y conviene al comprador.

De los dos que se habían apeado de la calesa, el uno era un corredor, y el otro un sujeto, ni bajo ni alto, ni grueso ni flaco, ni viejo ni mozo, y que venía vestido de pies a cabeza de una tela gris, habiendo atendido en la forma y tela de su traje antes a la comodidad que a la moda.

Este sujeto, cuya fisonomía y modales no eran ni altaneros ni amables, ni vivos ni parados, empezó, sin detenerse, a inspeccionarlo todo con no interrumpida atención, sin que demostrasen ni su rostro ni sus palabras la impresión que le causaban las cosas que examinaba, sin celebrar la grande extensión y solidez del edificio, y sin que su deterioro y abandono le diesen pábulo a menospreciarlo.

Por la tarde, después de haber ido a ver la viña y tierras pertenecientes a la hacienda, y habiendo descansado el caballo de la calesa, de seguida emprendieron los dos viajeros su regreso, sin más saludo al casero y su familia que una ligera y silenciosa inclinación de cabeza.

-Oye, Pascual -dijo Cipriana a su marido cuando se hubo alejado la calesa-, ¿quién es ese caballero?

-No es un caballero, es un rico -respondió el marido.

-Ya me lo quiso a mí parecer -repuso la mujer-, pues no tiene ni pizca de crianza. ¡Ni dijo al entrar Dios guarde a usted, ni al salir quédese usted con Dios! ¿Es de Sevilla?

-No. Es un indiano, que dicen que trae de por allá más onzas que arenitas tiene el mar.

-Quiéreme parecer, Pascual, que ese hombre ha estado por allá avecindado con los indios bravos; apostarí a una peseta contra dos cuartos a que ese señor, con la cara parada como Juanillo el tonto, que vio aquí a la pobre tía Ana, que es la estampa de la miseria, que está que parece que va caminando por sus pies al cementerio, y que siendo tan rico no le dio una limosna, tiene el alma de corcho. ¡No permita Dios que compre la hacienda!

-Calla, Cipriana, que ustedes las mujeres son más súbitas en sus juicios que un arcabuz, y parece que tienen en la boca un nido de avispas. Acuérdate siempre, mujer, antes de sacar la tijereta, que... de buenos es honrar.

- IV -

Al querer empezar la no interesante biografía del sujeto que venía en la calesa (y cuyo nombre era don Anacleto Ripio) por indicar el pueblo de su nacimiento, tenemos que confesar que no hemos podido averiguar cuál fuese; baste saber que había nacido en una provincia del norte de España, y que un maestro de escuela, hermano de su madre, a costa de mucho tiempo y trabajo, le había enseñado a escribir mal, a leer pésimamente y a contar muy bien, por tener una aptitud grande para ello. Niño aún, embarcó su padre para América, en donde fue colocado por un paisano suyo, a quien iba recomendado detrás de un mostrador, donde permaneció más de veinte años vendiendo efectos navales, tiznado de brea y llevando cuentas, después de lo cual, consumado en éstas y con nota de trabajador y honrado, salió de la casa con un pequeño capital a practicar sus cálculos en propio provecho. Hízolo, aunque siempre sobre seguro, a las mil maravillas, contestando a los que le reconvenían sobre su pusilanimidad en negocios, que la gala del nadador era guardar la ropa.

Colocose, en consecuencia de su asiduo trabajo, prudentes y atinados cálculos, en la honrosa categoría de los hombres independientes, es decir, independientes, no en la esfera de las ideas, sino de la realidad; no de los hombres no asalariados por el Gobierno, categoría que tanto estima y anhela el, en este caso, bien entendido orgullo y amor a la independencia de los ingleses, y que es una de las causas de la prosperidad, riqueza y orden de que goza su país.

En aquella época hizo don Anacleto por fines mercantiles un viaje a Norte América, donde no trató sino con gentes de su categoría y donde adquirieron sus ideas positivas diez

arrobas más de peso y se ensancharon sus cálculos y conocimientos desde la circunferencia de un real hasta la de un peso duro. De lo dicho se deducirá que don Anacleto, aunque entonces sólo contaba poco más de treinta años, tenía ya toda la prudencia, la calma, la solidez y el estacionamiento de un señor mayor, como una fruta que se pasa sin madurar.

De la misma manera que antes de constituir la Oceanía la quinta, se reducía el mundo para los geógrafos a cuatro partes, así para don Anacleto se reducía éste (y quizá el otro) a las cuatro reglas de la aritmética. No obstante, don Anacleto no era avaro, porque la avaricia es una pasión, y este buen sujeto (pues de tal fama gozaba, y con razón lo habría sido, si bastase la ausencia de lo malo para constituir lo bueno), porque este buen sujeto, decimos, no era capaz de sentir ninguna, por lo cual se hallaba exento de los siete pecados capitales, siendo de esta suerte uno de esos buenos sujetos, cuyo valer consiste en cualidades negativas y que tienen el mismo mérito en el mal que dejan de hacer que aquéllos que ayunan, no por espíritu evangélico, ni por intención de hacer penitencia, ni por acatamiento al precepto, sino por natural inapetencia.

Era el señor Ripio el más perfecto tipo de la insensibilidad, por lo que no sabemos si tenía buen o mal corazón, puesto que éste jamás tomó parte en ninguna de las cosas que hizo su dueño. Podría suceder que, por una distracción de la Naturaleza, hubiese nacido sin ninguno; pero, caso que lo tuviese, podemos afirmar que lo tenía cloroformizado a perpetuidad.

Don Anacleto, que sólo gozaba en los números a la manera que Rossini en las notas de música y Murillo en los colores de su paleta, no comprendía absolutamente otros goces que la realización de sus cálculos, gozando más en el éxito de sus operaciones que en la ganancia que le pudieran reportar.

Para don Anacleto el dinero era únicamente hijo y padre de los negocios, y no conocía ni los goces ni las ventajas que pueden proporcionar, ni el de los gastos superfluos, ni la satisfacción del obsequio o ayuda al amigo, ni la dulzura del socorro al necesitado. Comprendía a la perfección la regla de substraer, pero con su peculiar definición de quien debe y paga, que nunca hubiera podido substituir con la de quien tiene y da.

Don Anacleto, a quien la Naturaleza había dotado de cortísimos alcances y de sangre muy pausada, criado exclusivamente en la monotonía de los negocios, era, por tanto, rutinario como un reloj, siguiendo en todo el giro que aquéllos le habían dado. Si hubiese caído soldado, hubiera aprendido a marchar al son del tambor y habría seguido haciéndolo sin oírlo.

Nunca don Anacleto se había reído, no porque estuviese abstraído de las cosas de la tierra que a risa mueven, ni porque fuese hipocondríaco, adusto ni menos melancólico, sino por absoluta falta de propensión a este festivo desahogo, así como la del triste desahogo del llanto. De la misma manera que en un retrato de fotografía, en vano se hubiese buscado en su fisonomía moral color alguno, pues sólo presentaba medias tintas y sombras. A nada con más propiedad podemos comparara ese individuo de la variada especie humana que a un día de calma y nublado que carece de sol, de brillo y de calor, de rosada alegría en su oriente y de purpúrea majestad en su ocaso.

Finalmente, don Anacleto, por lo material y poco elevado de sus aspiraciones, lo estrecho y positivo de sus ideas y lo mezquino y personal de su círculo de acción, por su completa inaptitud para comprender y apreciar lo bello, así en la esfera social como en la física, tenía pleno derecho a personificar lo anti-ideal.

Nunca habría pensado este original señor en casarse, a no haberle propuesto un amigo suyo, corredor, un casamiento, desde el interesante punto de vista de un negocio.

-La hija de don Fulano conviene a usted por estas y otras razones -dijo este corredor universal a don Anacleto-; cásese usted.

-No tengo inconveniente -contestó éste, que nunca había visto a la propuesta novia.

Ésta, que era la más impasible de las americanas de escalera abajo, y que tampoco conocía al novio que la propusieron, contestó en los mismos términos, y al mes estaban unidas estas dos sosas y secas medias naranjas. A los tres días convinieron en paz y concordia en apartar aposentos, porque don Anacleto, que no conocía la pereza, se levantaba temprano, lo que incomodaba a su mujer, y porque la señora, que todo lo hacía tarde, hasta el acostarse, incomodaba con ello a su marido.

Pensamos que nuestros lectores no dejarán de conocer personas que se asemejen al tipo que hemos diseñado, aunque tengan mejor educación y que por su más frecuente roce con la sociedad hayan adquirido ese barniz que disimula lo áspero de la corteza y el cinismo en la forma de su espantosa vulgaridad.

La antítesis de la vulgaridad es la nobleza, de la que ha dicho un autor francés que, después de la santidad, es la flor más bella del alma. Pero ¡qué pérdida anda! Vamos a buscarla; ¿podremos hallarla? No la encontraremos, por cierto, tan a mano como hemos encontrado la vulgaridad.

- V -

En el antes descrito estado, entró en el dominio de su nuevo dueño la hacienda de la Paz, que los herederos de su joven amo, muerto en la guerra de la invasión de Napoleón, le vendieron. Pero un año después, nadie la hubiese reconocido; tal era la transformación que en ella había obrado el hábil y acertado restaurador don Anacleto Ripio.

Veíase ahora el caserío deslumbrado con el descarado y económico blanco de la cal; admirábanse sus grandes y pesadas rejas negras, pintadas de un verde del mes de Abril, como viejas compuestas; habíase achicado su grandiosa portada, porque, ruinoso como estaba, habría ocasionado un gasto tan cuantioso como inútil consolidarla, habiendo quedado sólo los dos pilares y caja de umbral, necesarios a la sujeción de la puerta, lo que le daba, cuando ésta se hallaba abierta, la amena y pintoresca apariencia de una horca. Había quedado, por consiguiente, suprimido el nicho y la imagen de Nuestra Señora de la

Paz que contenía, la que fue recogida con gran devoción por la familia del capataz, y colocada en su habitación en una urna de caoba y cristales, que imponiéndose gozosa mil privaciones, le costeó. El nombre de la Paz, que de dicha efigie tomó la hacienda, había sido substituido por el de La Abundancia, que simpatizaba más a su nuevo dueño, que lo había mandado escribir en el umbral con humo de pez, sobre la quebradiza superficie de la cal. Las armas del dueño anterior, esculpidas en mármol y colocadas sobre la puerta de la casa, se habían quitado, porque, daban, al parecer de don Anacleto, un aire de antigüedad y vejez nada ventajoso al edificio, y gravaban sus muros con innecesario peso.

En el interior no era menos notable el tino, acierto y buen gusto de la restauración, dirigida por el ínclito nuevo poseedor.

Las tapias, a las que habían arrancado todas las floridas plantas hijas de sus entrañas mal remendadas, mal enlucidas y coronadas de pedacitos de cristal para que no se pudieran escalar, desafiaban todo asalto como las murallas de Sebastopol.

En el gran corral, las zarzas, higueras, adelfas, solanos, malvas, amapolas y demás intrusos habían sido desterrados sin piedad, ocupando su lugar un liliputiense sembrado de cebada, cuya cosecha, según esperaba su amo, bastaría durante un año a la manutención del mulo del capataz.

Las gallinas habían sido constituidas prisioneras en un sombrío y estrecho corral. El herodes de su dueño había dispuesto otro 28 de Diciembre para los inocentes conejitos. Los alados músicos habían sido ahuyentados con tiros y algún espantapájaros, formado de una levita y un sombrero viejo del señor, con quien, por tanto, conservaba en lo garboso alguna semejanza. A la decana, por más que en señal de asombro empinó sus orejas, que aparecieron como dos enormes puntos de admiración, se le había intimado con razones de acebuche que se fuese con el ruchillo a otra parte. Los niños de la vecindad habían recibido la intimación de no dejarse ver en la hacienda por ningún pretexto, porque al nuevo amo le eran, como es de suponer, antipáticos los niños.

No miró este señor con más conmiseración a las golondrinas, cuyos nidos fueron bárbaramente destruidos. En vano le hizo presente la mujer del capataz que esos suaves e inocentes seres, queridos en todas partes, que buscan el amparo del hombre y confían en la hospitalidad como en tiempo de los patriarcas, traían en cambio ventura a las casas que se la daban; en vano le manifestó que eran tan buenas y monigeradas, que en una ocasión, habiendo sido por sus maldades excomulgado un poderoso caballero, todas abandonaron su residencia y se fueron a la de un varón justo, lo que, visto por el pecador, le hizo entrar en sí y reconciliarse con la Iglesia, volviendo entonces a su castillo las buenas golondrinas. Don Anacleto declaró con toda la altanería del positivismo (que es más detestable aún en la esfera moral que en la material) que ésas eran antiguallas y supersticiones (¡qué prosaico tonto, que confundía un inofensivo y poético aserto del corazón con las austeras enseñanzas de la fe!), que eran necedades buenas para contar a los niños, pero no a él, hombre ilustrado, que había viajado y estado nada menos que... en los Estados Unidos.

Don Anacleto coronó su obra mandando echar abajo el magnífico moral, que era, con la torre de la iglesia, la más bella y encumbrada gala del lugar. Al fin Erostrato, cuando

cometió el crimen de destruir el templo de Diana, llevaba una idea que, aunque errónea y absurda, tenía alguna grandeza; pero don Anacleto, al cometer este otro crimen, análogo a aquél, no tenía más idea (si idea puede llamarse) que la que le sugería el necio y mezquino temor de que pudieran dañar las raíces del árbol a los cimientos del pozo. ¡Antibello positivismo, cómo no recompensaste a tu adepto don Anacleto con tu medalla del maravedí pendiente de una cinta! Viose aquel moral, gloria y prez de la Naturaleza, atado con sólidos cables, que a distancia se sujetaron fuertemente en el suelo; en seguida fue su sano y robusto tronco aserrado por el pie, y mojados después los cables, produjeron al encogerse la caída del gigante, con gran satisfacción de don Anacleto, que había inventado y dirigido el aparato que lo derribó, siendo esto en lo material un traslado de los miserables medios de que se valen hoy los hombres para lograr la caída de las cosas y personas grandes y elevadas.

Cuando vio consumado su crimen de lesa majestad, y vio caída aquella soberbia y hermosa obra maestra del gran arquitecto, la Naturaleza, construida con fuertes ramas y bellas hojas, don Anacleto observó con placer que la cantidad y tamaño de aquéllas produciría más cantidad de leña de la que había calculado. Los chiquillos del capataz se abalanzaron a coger con toda comodidad sus frutos, sin considerar, en su ávida ansia y loca alegría, que serían los últimos que daría; la capataza dijo: «¡ Qué lástima de moral, que me daba sombra cuando sacaba agua del pozo!», y sólo los pajaritos le hicieron el duelo viniendo a posarse, pitando tristemente sus elegías y endechas fúnebres, sobre sus ramas muertas, como habían cantado alegremente sus idilios y bucólicas sobre sus ramas vivas. En cambio, se había levantado a una pequeña altura un mazacote brocal alrededor del pozo, formándole una gran boca con que aplaudía este vulgar desacato, como todo lo que es bajo aplaude la caída de todo lo que es elevado.

No faltará quien piense que el que ha descrito el abandono y la restauración de esta hacienda es algún apóstol de la desidia y de todas sus consecuencias. No tal: quien esto escribe es amigo como el que más de lo útil, pero no quisiera separarlo de lo realmente bello, porque no es necesario, y sólo pueden querer hacerlo espíritus estrechos y vulgares y la ávida y estúpida codicia. La belleza reclama su parte en la vida externa del hombre, como en la interna reclama la suya la expansión del alma, que se deleita en meditaciones en unos y en alegría en otros. Por eso las fiestas de buen origen son una necesidad en el pueblo, por más que entre millares de gentes inofensivamente alegres se halle algún díscolo o perverso que en ellas se porte como quien es.

- VI -

Don Anacleto pasaba casi toda su vida en su hacienda, sin tenerle apego, ni agradarle el campo, sólo con el objeto de vigilar las labores de la viña y la venta del vino que llevaban los arrieros. Su mujer pasaba la suya en Sevilla, sin que le gustase y aun sin conocerla, por no moverse de su butaca, acompañada de una negra que la había criado y hacía bien el café y los dulces. Así sucedió que sabiendo don Anacleto que esta señora no había de ir nunca a la hacienda, no dispuso el cuerpo alto de la casa, desde donde se disfrutaba una hermosa vista, para ser habitado, sino para graneros, contentándose con arreglar en el bajo para

habitación suya una salita con poca luz, contigua a una estrecha alcoba, que no tenía ninguna.

Esta habitación brindaba la ventaja de que, siendo don Anacleto bastante cominero, podía observar desde ella cuanto pasaba en la casa, las personas que entraban y salían, lo que traían y lo que llevaban.

-Pascual -le dijo un día al que había sido casero y era hijo del difunto antiguo capataz de la hacienda, a quien, a fuer de inteligente y honrado, había confiado el nuevo amo el puesto de su padre-; Pascual, ¿me querrás decir a qué entra y sale tanto aquí esa mendiga, que parece la vieja que engañó a San Antón?

-¿La tía Ana Panduro, señor?

-¿La qué... Panduro? ¡Vaya un apellido!

-No es apellido, señor; es apodo que le han puesto los muchachos, porque la pobre es tan mirada y tan humilde, que cuando el hambre la obliga a pedir pan, lo pide duro.

-Esa -dijo don Anacleto, que tenía la más profunda adversión a los pordioseros y el mayor aprecio a los hospicios, con tal de no tener que contribuir a sostenerlos-, esa no vendrá aquí a traer nada, sino chismes, y sí a llevarse todo lo que pueda.

-Señor, va su merced errado -contestó Pascual-, que la tía Ana es la paz de Dios en todas partes, y no es capaz de malmeter en las gentes; y en cuanto a llevarse, no se lleva lo que puede, sino lo que la dan. La pobre con todo lo que le sale se ayuda; limpia y hace mandados donde la llaman, y anda aunque sea una legua por un pedazo de pan. Ahora hace aquí los mandados que se ofrecen, porque como su merced no quiere tomar moza, y mi mujer tiene que hacer las haciendas de la casa y guisar, no puede salir a la calle, por aquello de que no se puede repicar y andar en la procesión.

-¿Y no tiene otra persona de quien echar nano?

-¿Por qué no vas tú?

-Señor -contestó sin arrogancia, pero con tesón, Pascual-, yo soy el capataz y no el mandadero de su merced.

Don Anacleto se tragó la altiva respuesta de su criado, que le era muy necesario por su inteligencia y honradez, sin responder, y sin que esto le costare gran esfuerzo, porque el orgullo es una de las pasiones de que, como sabemos, carecía este señor, en el que sólo crecía musgo sin raíces.

-Pues te digo que las visitas de esa vieja, que parece hecha de alambre, que está más encorvada que una alcayata, no me gustan.

-Verdad es, señor, que la infeliz parece desertada del camposanto, porque las penas acaban, y el pan de la limosna mantiene, pero no engorda. No tengo más que treinta y dos años, señor, y la he conocido cuando chaval con su pasar muy bueno y un parecer mejor todavía; pero ha sido muy desdichada, y más la han acabado las penas y las miserias que los años, Cipriana se vale de ella para hacerle ese bien.

-Que será a costa mía -observó don Anacleto.

-¡Allá va esa agua hirviendo! -repuso el capataz- No, señor, que ese bien se lo hacemos nosotros, pues en mi jornal tienen parte los pobres más pobres que yo. No sea su merced desconfiado, que la desconfianza cría canas.

-¿A que come aquí todos los días?

-No, señor; alguno que otro lo hace, si está presente cuando vamos a comer, y yo le digo: «Siéntese usted, señora, y coma, que este plato, si alcanza para tres, alcanzará para cuatro.» ¿Pues me querría usted decir, señor, quién es quien puede comer delante del que tiene hambre y no darle parte? Además, apenas come la infeliz, que se pasa de mirada, porque tiene desgano; de lo que se alegra, porque dice que el desgano mantiene.

-¡Así está tan bien mantenida! -opinó don Anacleto, moviéndole esta desgarradora expresión del necesitado, no a lástima, sino a burla- Sabes -añadió, tomando su gran sombrero de paja para salir e ir a la viña- que no me gustan los pordioseros. En el mundo no hay un país más pobre que esta España, pues ninguno se ve más combatido de la plaga de pordioseros.

-Los pordioseros, no prueban que un país sea pobre, señor -repuso Pascual.

-Pues ¿qué prueban? -preguntó impaciente su amo

-El que hay muchos que dan limosna, señor.

-Pues no los aumentaré yo con la mía; así, ve que ninguno pase el umbral de la puerta, incluso la tía esa que me choca.

-¿Qué decía el amo? -preguntó su mujer al capataz cuando aquél hubo salido.

-Que la tía Ana le achoca, y que no quiere que aporte por acá.

-¡Pues aportará por cima de su voluntad y tres más, caracoles! -repuso impaciente su mujer-; si no, ¿quién hace los mandados, no pudiendo hacerlos yo, que estoy aquí más sujeta que un cerrojo? ¡Vaya un ipotismo! Vaya, que bien se dice que de rico a soberbio no hay palmo entero.

-Sí, esas rachas le dan; lo mismo le sucede con las cosas del campo. Yo, cuando manda una sinrazón (pues a veces para aprovechar el afrecho, desperdicia la harina) le digo que sí,

y hago lo que conviene diciendo para mi chaleco: éntrome con la tuya, y sálgome con la mía.

-¿Y no se enfada?

-Se enfurruña; pero no se arremanga, porque sabe que voy bien guiado, que es lo que le importa

-Te digo, Pascual, que el amo, con todos sus dineros, me parece muy ruin y muy ganso, y todas sus cosas muy terrestres.

-Como rico de ayer -contestó su marido-. A mí me gusta la riqueza y señorío de abinicio, y no esas medias tintas; pero lo peor de todo, Cipriana, es que no tiene caridad, como la tenían los dueños de denantes, y sin ella no quiero yo dineros, que

Si la caridad te falta,  
aunque los bienes te sobren,  
bien te puedes llamar pobre.

- VII -

En una prima noche de otoño, en que llovía de ese modo que ha dado lugar a la usual expresión de que se desgajan las nubes, entró don Anacleto en la cocina de su capataz, que halló sentado al amor de la lumbre. Lo había enviado a la viña por una de las mezquinas y superfluas providencia que solía discurrir en su estrecho cerebro; así fue que al verlo tan arrellanado, le dirigió la siguiente pregunta:

-¿Volviste ya?

-Sí, señor.

-¿Y pudiste, por lo visito, vadear el arroyo, que debe venir muy crecido?

-Señor, para tales casos, y no ahogarme, tengo yo una oración.

-¿A qué santo?

-A Santa Prudencia.

-Me alegro. ¿Y cuál es?

Pascual contestó sin perder su seriedad:

Arroyito mío,  
muy crecidos vas;  
ahí te quedas tú,

yo me vuelvo atrás.

-¿Conque esto es que no llegaste a la viña? -dijo incomodado don Anacleto.

-Señor, ni soy pez, ni soy pájaro, ni llevaba puente en las alforjas -contestó Pascual.

-Lo que tú eres es un camastrón y un zumbón del dianche, que te has figurado que no has de hacer sino tu voluntad y que no has de estar sujeto a la mía.

-Sujeto, sí; atado, no -respondió el capataz-; pero siéntese su merced un rato aquí a la lumbré, que alegra más que unas seguidillas, y no le arredre que sea en la cocina, que la tiene Cipriana tan limpia, que parece que no ha pecado.

-Aquí -añadió la capataza arrimando una silla-; en este mismo sitio se sentaba el difunto amo, que en gloria esté, y nos repartía a los chiquillos que eramos entonces motas y duendecillos.

-Mal hecho -dijo don Anacleto, ocupando, aunque malhumorado, el asiento.

-¿Por qué, señor? -preguntó la capataza.

-Porque los niños no deben jugar con dinero, que eso los hace avariciosos.

-¡Qué!... No, señor, y a la vista está que no es asina, pues ninguno de nuestra gente, aunque pobres (y puede que por lo mismo que lo somos), ha sido nunca ruin ni avaricioso. Siempre hemos tenido presente que al preguntarle a uno que había estado endemoniado cuáles eran los enemigos que hacían más daño a los hombres, contestó que eran tres, a saber: cierra corazones, cierra bocas y cierra bolsillos.

-Así les luce a ustedes el pelo -replicó don Anacleto-; toda su vida, como quien dice, han tenido ustedes de padres a hijos un buen acomodado, y no tienen ahorrado ni para mandar rezar a un ciego.

-Señor -repuso Pascual-, y no me pesa, que yo pobre nací y pobre me iré al hoyo, tan descansado y sin turbieces en la conciencia, que Dios nos crió para ganar los bienes eternos y no los de la tierra, y sus leyes, así como las de los hombres, dicen: sé honrado, pero no dicen sé rico.

-Con esas cosas que dicen -exclamó don Anacleto- y aquella otra que siempre tienen en la boca: que Dios no le falta a nadie, harían ustedes creer que Dios manda la pereza y no el trabajo, y que se debe vivir a la birla-birlonga. Bien dicen en los Estados Unidos que los españoles no son amigos de trabajar.

-Señor -repuso Pascual-, ¿cree su merced que no sabemos que, al contrario, Dios ha dicho al hombre: comerás tu pan con el sudor de tu frente? ¿Me ha oído usted alguna vez decirle que no se haya hecho alguna labor por falta de brazos, y no es su merced quien

siempre me encarga que despida trabajadores, que se quedan desconsolados cuando les falta el trabajo?

En este momento llamaron a la puerta y entró en la cocina la tía Ana, mojada, calada y tiritando de frío.

-¡Jesús! -exclamó el ya mal templado don Anacleto-, ¿hasta con esta noche viene usted aquí?

-No tenía otra -contestó sonriendo humildemente la vieja.

-Pues no haber venido.

-Y se hubiera usted quedado sin cenar -intervino la capataza-, pues la tía Ana trae el par de huevos que para su cena necesita.

-Pues qué, ¿no ponen las gallinas? -preguntó el señor, que con el temor que expresaba su pregunta, no paró su atención en el celo y eficacia con que aquella infeliz había buscado por todo el pueblo en tan espantosa noche, y conseguido encontrar, los huevos para su cena.

-No, señor -le contestó Cipriana-; desde que en lugar de andar sueltas y a su amor por toda la hacienda, están encerradas en aquel corralillo, no ponen.

-Pues matarlas -mandó su dueño.

-Tía Ana -dijo el capataz, fingiendo no haber oído la orden de degüello del déspota-, acérquese usted aquí a la candela para secarse sus ropas, que estarán caladas, y calentarse usted, que estará arrecida.

-¿A qué, Pascual? -repuso la mendiga, que se había retirado a un rincón apartado-, si me tengo que volver a mojar.

-No se mojará usted, mediante Dios -opinó el capataz-, que la luna está saliendo y va espantando las nubes. Dígole a usted que se acerque y se siente a la vera de Cipriana, que este hogar es mío, y mientras lo sea, calentará a todo el que tenga frío.

La pobre anciana se acercó tímidamente y se acurrucó al lado de Cipriana.

Don Anacleto conceptuó que era contra su dignidad de ricacho estar sentado en la misma rueda con una mendiga; pero como tenía frío y no era altanero, no se levantó, y se contentó con poner su desgraciado e insulso semblante todo lo imponente que pudo.

Pero como lo imponente es, según el diccionario, lo que infunde respeto, admiración y miedo, y al campesino andaluz se le infunde el primero fácilmente, la segunda pocas veces, y lo tercero nunca, don Anacleto hizo su ostentación de aires imponentes en balde; la conversación se prosiguió pasando estos aires desapercibidos o desatendidos.

-Señor -dijo Pascual-, ahí tiene usted a la tía Ana, que si no se hubiese emperrado en que no era muerto su marido, hubiera podido volverse a casar cuando hubiera querido, porque ha sido una hembra de las de punta, y hubiera tenido quien la mantuviese, no pasando tantas miserias como pasa. ¿Todavía, señora, está usted esperando saber de su marido y de su hijo, después de más de veinte años que desaparecieron?

-Sí, Pascual -contestó la pobre anciana-; porque siempre he oído decir que entre el cielo y la tierra no queda nada oculto.

-No queda nada oculto a Dios, señora.

-Ni a los hombres, Pascual, que aunque malicia obscurezca verdad, no la puede apagar.

-Eso no es artículo de fe, sino sentencia de los hombres, que por mucho sentido que lleve y mucha certeza que le dé la experiencia, algunas veces marra.

-Mire usted -dijo Cipriana, dirigiéndose a don Anacleto con el fin de interesarlo en la suerte de aquella infeliz mendiga- que es cosa grande, grande, grande, grande, no me canso de decir grande, lo que le ha sucedido a la tía Ana: el ver salir de su casa a su marido, que era más bueno que el pan y más noble que el oro, y a su hijo, que era el mejor mozo y la honra del pueblo, con un viaje de vino para Sevilla, como de costumbre tenían, pues eran arrieros bien acomodados, y no volverlos a ver entrar por sus puertas, sin haber sabido de ellos ni hoja ni rama, por más que ha endilgado su merced, pues no ha hecho otra cosa desde entonces, ¿no digo, señor, que esto es grande y horroroso con cien erres?

Don Anacleto no contestó, y por unos instantes sólo se oyó el acongojado llanto de la mendiga.

-¡Pobrecita! No llore usted -dijo compadecida la capataza-, que esta vida es un soplo, y en la gloria, donde a fuer de buenos aguardan a usted esos pedazos de su corazón, hemos de estar todos consolados y felices en la presencia de Dios. ¿No es asina, señor don Anacleto?

El interrogado no contestó.

Entonces Pascual se levantó, y dirigiéndose a su amo, le dijo en recia voz, pues al acercarse notó que este señor, mientras refería su mujer el terrible y extraño infortunio de la anciana, cuyos sollozos le hacían aún más conmovedor, se había dormido al amor de la lumbre:

-Señor, la tía Ana ha andado todo el lugar y se ha calado hasta los huesos la infeliz para traerle los huevos frescos para la cena; bien podía su merced darle para que comprase un almud de picón para calentarse y un bollo de pan para que cenase.

-¿No pago yo a tu mujer porque me asista? -contestó don Anacleto entreabriendo los ojos-; a ella toca, pues, pagar los mandados.

-Dice usted bien -repuso indignado Pascual-; Cipriana, dame media hogaza de pan.

Y habiéndola recibido, y dándosela a la pobre con una moneda de dos reales que sacó de su bolsillo, le dijo:

-Tome usted, tía Ana, remédiese usted por esta noche, que mañana dará Aquél que nunca se cansa de dar.

-Pascual -repuso la anciana-, Dios te lo pague, que es buen pagador; pero con la media hogaza tengo yo para tres días. Así, guarda tus dos reales, que del pobre no se debe tomar sino lo que meramente se necesite, pues justo no es que a mí me sobre y a ti te haga falta.

Diciendo estas palabras, saliose apresurada sin tomar el dinero.

-Tú, Pascual -dijo entonces don Anacleto, que a pesar de su estupidez no pudo dejar de reconocer con cierta contrariedad que la conducta de su capataz le avergonzaba-, tú tienes partidas de duque, que maldito lo que te pegan.

-No me creía yo tan remontao -contestó sonriendo el capataz-; pero ni siquiera rumbo, señor, y cuenta con que, después de valiente, es el ser rumbo lo que más encumbra a un hombre; pero eso no lo pueden ser los que como yo son pobres.

-Y siempre lo serás -repuso su amo-. ¿Por qué no ahorras en lugar de dar?

-Señor- contestó Pascual-, lo que ahorre lo dejaré por acá, y lo que dé me lo llevaré conmigo.

-¡Dale con los textos de la Escritura! Estos no te han de sacar de pobre.

-¡Pues ya se ve! No se han escrito para eso. Pero, señor, ¡qué empeño tiene su merced en que yo me afane en salir de pobre! En haciéndose un pobre codicioso,

Los ojos se abalanzan,  
los pies se cansan  
y las manos no alcanzan;

y asina se esta uno en un vivo penar. Yo estoy bien avenido con mi pobreza y no quiero afanes que me quiten el comer y el dormir, la tranquilidad de mi vida y de mi espíritu, que ha de saber usted que así en mi casa como en la portada de la hacienda de su merced, pláceme más... la paz que la abundancia.

- VIII -

-Señor -dijo pocos días después Pascual a su amo-, de resultas de la mojadura de la otra noche, tiene la pobre de la tía Ana una pulmonía, que me parece que no la ha de contar.

-¿Y yo lo puedo remediar? -dijo don Anacleto.

-Remediar el mal, no; pero aliviar a la enferma con un socorro, sí -repuso Pascual.

-¿Y quién te mete a demandante suyo? -respondió impacientado don Anacleto.

-Señor, como que tomó la enfermedad por servir a su merced y que no le faltase su cena, paréceme...

-Lo que a ti te parece interrumpió don Anacleto- es que es contra tu dignidad el hacer mandados; pues a mí me parece que es contra los intereses de mi bolsillo el costear las enfermedades de los pobres de tu pueblo. Si yo estuviese enfermo, maldito cuidado que te daría ni a ti ni a ella. No me vuelvas a pedir, que sabes que no me gusta que me pidan; basta que me pidan para quitarme las ganas de dar. Esas caridades con bolsillos ajenos son fáciles de hacer, pero son lo más chocante del mundo; conmigo no tienen resultado, pues te repito que no me gusta que me pidan.

-¡Ya se ve! A nadie le gusta que le pidan; así es que no lo he hecho para agradar a su merced, sino para ver si le podía procurar un bien a aquella desdichada, y ya que no se ha conseguido la petición mía, veremos a ver si tiene más suerte la que de su parte vengo a hacer a su merced.

-¡A mí! ¿Qué petición puede ser esa?

-Que se llegue su merced allá en caridad de Dios, que tiene que hacerle un empeño.

-¡Un empeño! Dios me asista y favorezca; ¡esto es casi peor que el limosneo! Son los empeños la plaga de este país, los falsificadores de la justicia, los socavadores de las leyes, los más impertinentes métomeentodo, los más importunos y audaces de los pretendientes, el cáncer del Gobierno, los corruptores del régimen constitucional, el puñal que los diputados ponen al pecho de los ministerios; son a la vez el abuso del favor y el del poder, ¡y querer meterme a mí, a mí, en semejante manejo inmoral e infame! ¡A mí empeños!  
¡Pues ya!

-Dice su merced bien, tan bien, que ni impentado -repuso Pascual-, que ya sabemos por demás lo que es ser ahijado de uno que va a Madrid a diputar. Pero no se trata de esa clase de empeño, señor, que hay empeños y empeños. El de que se trata es de aquéllos que suelen hacer las señoras que no piensan en diputar, sino en hacer bien, y toman a su cargo los empeños como toman los santos las peticiones de las pobres criaturas para presentárselas al que puede remediar sus malos. Estos empeños son, señor, los medianeros entre el desvalido, el olvidado, el impotente y los que pueden; son la voz del mudo, el lazarillo del ciego, las muletas del tullido, las alas del postrado, y así como la limosna es el mejor uso que puede hacer el rico de su dinero, son los empeños para los necesitados y los vejados el mejor uso que puede hacer el que los tiene de sus relaciones y de los me dios que Dios le ha dado. Si hay, como dice muy bien su merced, empeños malos, que son puñales, los hay buenos, que son ocasiones de hacer justicia y beneficios, empeños que hacen tanto bien a

los desamparados como las madres a sus hijos; y esos son aquéllos que se hacen sin más interés que el bien del prójimo desvalido, sin más estímulo que la caridad, sin más recompensa que un Dios se lo pague, y estos son los que hacen las buenas almas; de estos empeños se trata, señor, y no de sacar un empleo a un perdido.

-Pues ni buenos ni malos hago empeños; en mi vida he pedido a nadie que los haga por mí, y así no estoy en el caso de hacerlos por nadie; puedes decírselo a la tía esa, que no sabe qué discurrir para incomodarme...

-Es que el señor cura me encargó que dijese a usted de su parte que le rogaba que fuese, porque la pobrecita tiene el espíritu muy desasosegado, y eso le daña mucho.

-¿El señor cura lo dijo?

-Sí, señor; con esas mismas razones.

-Pues iré por respeto a él, pues en lo demás es una gana de incomodarme. No hay pobres más atrevidos que los españoles. ¡Caramba con ellos! ¿Cómo había en los Estados Unidos de tener pobre alguno la desfachatez de mandar llamar a su zahurda a una persona respetable? Saben que se daría aviso a la policía.

-Pues, señor, lo que aquí saben los pobres -contestó Pascual- es que hablan en nombre de Dios, y así piden sin miedo y sin vergüenza.

-Ahora sí que has dicho una verdad como una casa, que yo perfeccionaré diciendo que lo hacen con atrevimiento y desfachatez. ¿Pero qué puede tener que pedirme esa mujer?

-Eso no sé yo -contestó Pascual.

Don Anacleto, guiado por su capataz, llegó a una pobre casa, cuyo patio atravesaron y entraron en un corral en que había un cuartito pequeño, terrizo, y sin más luz que la que entraba por la vieja y desquiciada puerta, que no tenía cerradura ni pestillo.

Sobre unas tablas levantadas del suelo por unos ladrillos colocados unos sobre otros, estaba un mal jergón de paja, y en él, cubierta con una manta raída y agujereada, yacía la pobre mendiga. Una silla basta y medio rota, y una caja vacía, que colocada boca abajo servía de mesa, componían todo el ajuar de aquella miserable vivienda.

En la pared, sujeta con cuatro clavitos, estaba una estampa de la Virgen, y sobre ella pendía una cruz de madera, en la que se veía, enclavado un Señor hecho de metal, única prenda que conservaba su dueña del buen ajuar y de los bienes que en otros tiempos había poseído.

Un objeto había, no obstante, que brillaba entre aquella miseria como una estrella en la noche, y que a otro que no hubiese sido don Anacleto habría llamado la atención.

Sobre el cajón que servía de mesa hallábase colocado otro pequeño que se había cubierto con un paño muy blanco, y sobre éste aparecía sentado en un primoroso silloncito de caoba, un Niño Dios, de soberbia escultura, ricamente vestido con una túnica de tisú de oro bordado de perlas y un cingulo, también de perlas, con borlas de lo mismo. Lo más notable era el que en la mano tenía un precioso bastoncito de doctor con puño y contera de oro y sus cordones y borlas de seda negra.

Era esta lindísima efigie propiedad de un convento de monjas, y tenía infinitos devotos que ansiaban por tenerla a su lado cuando se hallaban enfermos de gravedad. Las monjas a ninguno negaban este consuelo, de manera que el amado y reverenciado Dios Niño iba así a las casas de los ricos como a las de los pobres, pues sólo la religión entiende y practica, no la soberbia, sino la santa igualdad.

Al mirarlo así tan cándidamente investido de las insignias de doctor, se sentía la dulce ilusión de estar en los tiempos primitivos de la fe de Cristo, cuando ésta tenía toda su pureza, eficacia y afectividad, por la reciente comunicación y contacto de Dios con el hombre a quien creó. ¡Con qué dulce emoción le parece a uno oír a las monjas decir a su Santa Imagen, al substituir en su mano a la bola de oro coronada de una cruz, que figura el mundo, el mencionado bastón: Ve Señor mío; ve, Niño de mi alma, a la casa del pobre enfermo que te llama. Cura sus dolencias si le conviene, y, sobre todo, cura y salva su alma, que por Ti ansía, y nunca el Dios Niño había desatendido las súplicas del enfermo que lo llamaba y de sus devotas intercesoras.

¡Conventos, arcas santas de la fe cristiana, asilos de la pureza de corazón, de espíritu y de costumbres; cuando vemos a vuestras moradoras al través de sus rejas tan tranquilas, tan alegres, al frente de nosotros los atribulados y afligidos, no halla nuestro conmovido corazón a qué compararos, sino a esos inocentes canarios que en la iglesia cantan alegremente en sus jaulas, mientras por fuera rugen las tempestades y las demás aves no encuentran en su angustia ni amparo ni refugio contra sus embates!

La enferma tenía sus ojos fijos en la sagrada efigie, mientras sus labios articulaban repetidas veces esta oración:

Niño Jesús, por tu Padre,  
por tu Madre, por tu Cruz,  
en la hora de mi muerte  
dame luz.

-Dios premie a usted, señor don Anacleto, la caridad tan grande que tiene en haber venido a tan pobre y humilde casa -dijo con débil voz la enferma.

Don Anacleto no contestó, y Pascual fue el que repuso a la anciana:

-Tía Ana, ahora poco entró aquí Dios.

-Ya -dijo la buena mujer-, para Dios no hay ricos ni pobres.

-Verdad es, señora, que para su Divina Majestad no hay sino buenos y malos -contestó Pascual-; pero diga usted, tía Ana, el empeño que quería hacer al amo.

-Señor -dijo la interpelada haciendo un esfuerzo para incorporarse y apoyarse sobre su codo-, desde el día en que nada sé de mi hijo ni de mi marido, he ido muchas veces a la Audiencia de Sevilla por ver si la justicia había descubierto algo sobre su paradero. Siempre en aquellas oficinas me hicieron buena acogida y me contestaron con buen modo, que así lo tienen mandado los señores del Tribunal; ¡Dios se lo premie! Pero la respuesta que me dieron fue siempre la misma: que nada se sabía. Hace algún tiempo, señor, que me han ido faltando las fuerzas para llegar hasta Sevilla a pie, que es como iba. Ya que su merced, según dice, se vuelve allá mañana, era mi empeño, señor, que tuviese la caridad de llegarse a la Audiencia a preguntar si algo se ha descubierto de ellos, y que mandase la respuesta por escrito al señor cura, que me la dará a mí; porque no me quisiera morir sin saber qué ha sido de ellos.

-Yo no conozco a nadie en la Audiencia, porque, a Dios gracias, nunca he tenido nada que ver con los tribunales -contestó don Anacleto-; pero la enferma no lo oyó, porque arrastrada por el anhelo de su corazón, había abusado de la palabra, sobreviniéndole en su consecuencia un violento acceso de tos.

-Poco le cuesta a usted prometerle a esta pobre mujer lo que pide -dijo a media voz el cura a don Anacleto-, y aun hacerlo, porque para tomar informaciones en los tribunales no se necesita tener conocimiento con las personas a cuyos cargos están sus dependencias.

-¿Qué me dice su merced? -preguntó con visible agitación la enferma a don Anacleto.

-Que se hará -contestó éste, que en seguida añadió-: ¿se le ofrece a usted otra cosa, que no tengo tiempo para detenerme?

-No, señor; no, señor -respondió la anciana-, sino decirle con toda mi alma que de tan buena obra como hace, sea Dios el premio.

Don Anacleto saludó al cura y salió del cuarto y de la casa sin detenerse, y sin decir a la enferma siquiera un usted se alivie.

-Oye, Pascual -dijo en el patio una de las vecinas al capataz, que seguía a su amo-: ¿qué quería la tía Ana?

-Pedir al amo que tomase en Sevilla noticias de su hijo y de su marido.

-¿Y qué dijo él?

-Dijo que sí, que lo haría; pero ya sabes, Andrea, que mensajero frío, tarda mucho y vuelve vacío.

-¿Y le ha dado algún socorro a la infeliz? -preguntó otra.

-¡Dar! Ni una hiel -contestó Pascual-; pues por no dar, no da su merced ni los buenos días.

-¿Pues para qué quiere sus dineros?

-¡Toma! Para Juntarlos y que procreen.

-Pues si tiene las voces de ser un señor bueno y de conciencia si los hay.

-Andrea, mujer, ¿ahora te desayunas tú que siempre han corrido, y en el día corren que es un contento monedas falsas por el mundo?

En este momento pasó cerca de los que hablaban al cura, que salió y alcanzó a don Anacleto.

-A que va a pedirle un socorro para la pobre tía Ana -dijo una de las mujeres, observando lo que pasaba del lado de fuera de la casa-; y mira, atiende, Pascual, dicho y hecho, tu amo mete la mano en el bolsillo y le da una moneda.

-¿Que le da una moneda? ¡Pues dígote, mujer, que al cura se le puede rezar como a santo, pues hace milagros!

El cura entraba en este momento, y entregó la moneda a una de las vecinas que más particularmente cuidaba de la asistencia de la desvalida anciana.

-María, ¿es de oro? -preguntó la que había hablado con Pascual.

-¡Qué había de ser de oro! -dijo éste-. ¡Es una peseta!

-¡Y napoleona! -añadió con desaliento y considerándola la mujer que de las manos del cura la había recibido.

- IX -

Necesario se hace ya el que no dejemos por más tiempo al lector en la misma incertidumbre en que lo estaba la pobre anciana sobre la suerte de su hijo y de su marido.

Hacía entonces veinte años, es decir, que era por los años de 1824 o 25, cuando caminaban dos hombres bien portados, de semblantes honrados y enérgicos, tras una recua de mulos y burros; el sonido agradable y monótono de las esquilas que de sus cuellos pendían, se esparcía por la soledad y por el silencio del campo, como los suaves rayos de la luna al través del silencio y soledad de la noche. Caminaban hombres y animales con un paso tan sostenido, uniforme y acompasado, que parecían las ruedas de un mismo reloj que recorre su esfera en armonía sin alterarse ni pararse.

-Padre -dijo el más mozo de los arrieros a su compañero-, ¿trata su merced, a pesar de lo que hemos platicado sobre el asunto, de pagar esta vez también el impuesto que ha establecido por su propia autoridad el escribano de Mollares?

-Como que es poca cosa, hombre -contestó el interrogado-: más vale hacer lo que los otros: pagar, por no meterse en cuestiones.

-Verdad es -repuso el mozo- que es poca cosa; pero como somos muchos los arrieros que por el pueblo éste tenemos que transitar, se ha creado ese malvado escribano un mayorazgo a costa de nuestro sudor, sin que derecho alguno le asista, y sin que nosotros hagamos valer el que tenemos de no pagarle, y cosas hay que tan gordas se ven, que no se pueden roer.

-Razón llevas, hijo, que esta es una vejación de las enormes; pero hablé con los compañeros, y dicen toos que mejor quieren pagar los maravedís que meterse en dimes y diretes con los escribanos, y señaladamente con éste, que es un hombre malo si los hay, con más ipotismo que un Nerón, más soberbia que Lucifer y más vengativo que todo lo que se diga.

-Pues, padre, mi parecer es que de los sufridos se hacen los atrevidos, y que no paguemos más esa socaliña, ni pasemos la plaza de tontos engordando a ese bribón con nuestra sangre. ¿No ha preguntado ya su merced en las oficinas de Hacienda y le han enterado de que no hay semejante derecho establecido?... ¿Qué más quiere usted?

-Hijo, eso necesita pensarse; ese hombre es mal enemigo, y si no pagamos se va a poner con nosotros de malas. Yo no quiero despertar al león que duerme, ni contiendas con gente de pluma.

-Déjemelo usted a mí, padre, que aunque venga hecho un toro de fuego, yo sabré pararlo, porque la razón tiene más fuerza de lo que parece.

-¡Qué había de tener, hijo! La razón es una para los hombres de bien y es otra para los pícaros, que se quedan encima, porque tienen más malicia y más malas tretas que aquéllos.

-Pues acudiremos a los tribunales.

-Y no adelantaremos nada.

-Señor, ¿y por qué?

-Porque en los tribunales sucede lo que en la pila: el que no tiene padrino no se bautiza.

-Pues entonces que nos coja él la delantera poniéndonos por justicia por no pagarle su impuesto, sin meternos en dimes y diretes.

-No lo has pensado malamente, hijo. Vamos a probar a ver por dónde las toma; pero no te metas tú en el asunto, que tú tienes la sangre caliente y podrías subirte a mayores si él se propasa, como no dejará de hacerlo cuando nos neguemos al pago; déjame a mí y no tercies tú, que siempre se ha dicho que un sordo oye mejor al que le habla quedo que no al que le grita.

Poco después de este coloquio llegaron a Mollares, en donde, como de costumbre, les salió al encuentro el escribano, reclamando su arbitrario impuesto.

-Perdone usted, señor escribano -dijo con templanza, aunque con tesón, Juan Isidro Alfaro, que era el arriero de más edad-; nosotros no lo pagamos.

-¡Que no lo pagan ustedes! -repuso el escribano sorprendido y con tal expresión de encono, que demostraba a las claras el trascendental interés que para él encerraba la primera negativa a pagar el arbitrario impuesto que había creado (negativa que al divulgarse podría a un tiempo privarle de la pingüe renta que gozaba y descubrir tan criminal proceder)-; ¿que no pagan ustedes? -repitió-, ¿y por qué?

-Porque he inquirido en las oficinas de Hacienda que semejante impuesto no está mandado.

Al oír mencionar las oficinas de Hacienda, el escribano se inmutó; pero serenándose luego, dijo fingiendo calma:

-Es claro que allí no consta, porque éste es un impuesto municipal que no atañe a la Hacienda, sino al Ayuntamiento.

-Señor -repuso el arriero-, yo seré tonto hasta donde me ha hecho Dios, pero no hasta donde me lo quieran hacer los hombres; los transeúntes no están bajo el dominio de los Ayuntamientos de los pueblos por donde transitan.

-Dejémonos de cuestiones, Juan Isidro, y respetemos lo establecido -dijo el escribano con aparente calma-; ustedes la gente del campo son avaros y ladinos, y por dejar de pagar, por poco que sea, sacan razones hasta del centro de la tierra; paguen ustedes como lo hacen todos y ustedes han hecho hasta aquí, y sigan su viaje en paz y gracia de Dios.

-Y así lo seguiremos -interrumpió indignado el joven arriero-. ¡Oiga! ¡Conque nos afrenta usted con decirnos avarientos y ladinos porque no queremos pagar lo que no debemos pagar! ¿Pues me querrá usted decir cómo llamará al que cobra sin deber cobrar y engaña para conseguirlo, señor escribano?

El apostrofado clavó la vista un rato en el joven arriero con una mirada preñada de todo el encono, de toda la rabia y de toda el ansia de venganza que hervían en su mala alma, y dijo después con honda voz y tardas palabras:

-¿Conque ustedes no pagan?

-No, señor -contestó el mozo-; y si usted insiste, a fe que acudiremos a la justicia para que le haga a usted devolvernos los dineros mal cobrados, que pleito claro no ha menester letrado.

-Mala lengua tienes, muchacho -repuso el escribano con mal reprimida ira-, y más te valiera enfrenarla, que a mí nadie se me ha subido a las barbas, y juro a Dios que te ha de pesar haberlo hecho.

-¿Amenazas? -dijo con desdén el mozo.

-Y ten entendido -prosiguió el escribano- que las mías se cumplen.

-Señor -interrumpió Juan Isidro-, ¿hay razón para eso?

-Déjelo usted, padre -repuso su hijo-; con amenazas se deslía la bolsa y se amedrenta sólo a los cobardes.

-Te engañas -dijo el escribano-; las mías no se hacen ni para amedrentar ni para procurar el pago, sino para vengar un agravio, y tocan a tu persona de más cerca, y júrote que cumplidas se han de ver.

-Señor -exclamó el padre-, mala jura en piedra caiga. Vámonos, hijo, vámonos -añadió arreando los mulos.

-Voy, señor -contestó obediendo el hijo, preparándose a seguirle; pero antes, volviéndose arrogante al escribano- si es así -dijo-, y que sólo a mi persona tocan las amenazas, descuidado voy, porque mi navaja tiene un letrado que dice. Soy defensa de mi dueño.

- X -

Aquella tarde el escribano, que conocía a cuantos desalmados y perdidos había por aquellos contornos, tenía convocados a su casa a un desertor y a un cumplido de presidio, y les participaba que al día siguiente pasarían por allí, en su viaje de retorno, el arriero Juan Isidro Alfaro y su hijo con una crecida suma, producto de la venta de sus pellejos de vino, añadiendo que a la salida del pueblo atravesarían un espeso olivar, que podría ocultar para siempre, no sólo un robo, sino a los robados.

Almas que por desgracia están dispuestas al crimen, de poca instigación necesitan para cometerlo; son la pólvora en la escopeta. ¡Ay de aquél o aquéllos que para mal fin la disparan!

En el olivar indicado por el escribano a sus cómplices entraban al día siguiente, según lo había anunciado aquél, el honrado Juan Isidro Alfaro y su hijo, bien ajenos de que nunca habían de volver a salir de él, y sin sospechar que el sonido suave y triste de las esquilas

que llevaban sus acémilas era en aquella ocasión para ellos el fúnebre toque de una terrible agonía, y que los que la llevaban habían de ser los mudos testigos del horrendo crimen que terminaría tan trágicamente su tranquila existencia.

-Nada nos ha pedido el escribano, y ni se ha dejado ver -dijo su hijo al arriero-; ¿ve usted padre, cómo vence por sólo su poder, que no hay quien le contrarreste, la razón a la sinrazón? Señor, el que se hace de miel se lo comen las moscas.

-Ese hombre -repuso el padre meneando la cabeza- nos la ha jurado, y será nuestro enemigo mientras el cuerpo le haga sombra.

-Estoy para mí que no se la hace -repuso riendo el hijo- y que le sucede lo propio que al marqués de Villena, que por tratar con el diablo se quedó sin ella. ¡Pues eso faltaba! -añadió con energía-, el que por ser insolentes y provocativos los pícaros tuviesen avasallados a los hombres de bien.

-Pues, hijo, eso ni más ni menos sucede en el mundo, y lo verás, porque la cosa no queda asna, y nos ha de jugar una mala pasada como lo tiene jurado.

-Palabras y plumas se lleva el viento.

-Amenazas de pícaros, no, hijo.

-Con amenazas se come pan.

-Es que las cumplirá.

-¡Qué! La mano cuerda no hace todo lo que dice la lengua; además, señor, tanto vale un hombre como otro, ¡y ya se guardará!

-¡Hijo! No vive más el leal que lo que quiere el traidor.

En este momento partieron simultáneamente dos bien asestados tiros de detrás de dos olivos. Oyose en el silencio que sucedió la caída de dos cuerpos al suelo, y dos voces que a un tiempo gimieron:

-¡Dios me ampare! ¡Me han matado!

-¡Jesús me valga! ¡Soy muerto!

En vano aguardó aquella noche la que era madre del uno y mujer del otro arriero a los dos seres que con tan entrañable cariño amaba. Pasaron días, pasaron meses, pasaron años sin que ninguno trajese noticias de ellos. Por más gestiones que hizo la justicia, por más que se afanó en inquirir informes, aquella infeliz mujer ¡nada supo! Un misterio, oscuro como una noche sin estrellas, recóndito como los centros del mar, impenetrable como lo porvenir, daba al dolor que ésta sentía un desasosiego y un espanto que no dejaban al

tiempo ejercer sobre él su influencia calmante, ni a la infeliz a quien destrozaban el consuelo de rezar sobre la paz de una tumba.

En tanto, la justicia perseveró en sus siempre infructuosas pesquisas; pero las gentes, arrastradas por el curso de nuevos sucesos, cesaron de ocuparse del que tanto les conmovió al acaecer, y nada quedó de él sino un dolor constante en el corazón de la madre y esposa, una remota y vaga esperanza, la que, cual la pequeña áncora, resto de una naufragada nave, se mantenía enclavada en el fondo de un mar de amargura.

Destrozada por su dolor, aniquilada por los pasos que sin cesar daba para adquirir informes, abatida por la creciente miseria en que se hundió, después de haber vendido cuanto poseía, sin fuerzas y sin salud para poder trabajar, acudió a lo que el pueblo, en su cristiano y poético lenguaje, llama la bolsa de Dios, bolsa que, como de quien es, nunca se ve vacía.

Más de veinte años habían pasado, y aquella infeliz, en su lecho de muerte, suplicaba a un hombre sin corazón que le hiciese la caridad de dar algunos pasos para inquirir y ver si podía darle, antes de entregar su martirizada alma a Dios, alguna noticia de los que tanto amaba. Hemos visto de la manera que recibió el encargo o súplica, siempre sagrada, de un moribundo, aquel buen sujeto que nunca había tenido que ver con la justicia.

¡Qué terrible contraste forman, cuando están frente a frente, la angustia y la indiferencia! Son el fuego y el hielo. En la naturaleza física, el fuego derrite el hielo; pero en la moral, el fuego de la angustia y el hielo de la indiferencia se tocan, y es tal la dureza de este hielo, que el fuego ardiendo no lo derrite!

¡Dulce compasión! Si, como lo hemos dicho, el amor hace bello al objeto que lo inspira, tú haces más que aquél, pues lo haces querido; de modo que el ser más abyecto y aun el animal más inmundado, si sufren y gimen, no te rechazan ni hastían, ¡Divina compasión! Danos, por amargas y corrosivas que sean, tus lagrimas, pues sirven, si no de alivio, de consuelo a los sufrimientos y de agrado al Dios-hombre, que nos enseñó a verterlas.

- XI -

Después de la partida de su amo, tuvo que ir Pascual a Sevilla para llevarle las cuentas. Al despedirse para regresar al pueblo, le dijo:

-Conque, señor, ¿se ha acordado su merced de su promesa?

-¿Qué promesa? -repuso don Anacleto.

-La que hizo a la tía Ana de inquirir en el Juzgado si, alguna luz había habido sobre la muerte de Juan Isidro Alfaro y su hijo.

-¿Hablas con formalidad, Pascual?

-¿Por qué me hace su merced esa pregunta?

-Porque parece chacota el suponer que una vieja que está maníaca me hiciese a mí, con toda mi formalidad, ir a preguntar en los tribunales por unos tíos cualesquiera, de quienes no se sabe hace más de veinte años ni, se sabrá nunca.

-Eso está por ver, señor, que dice la tía Ana, y dice bien, que aunque malicia obscurezca verdad, no la puede apagar.

-Parece que la tía esa te ha pegado su chochera -repuso don Anacleto-. Anda, Pascual, dile si la encuentras con vida, que sí la encontrarás, porque los que no sirven más que de estorbo no se mueren nunca...

-Eso es porque Dios, a los que tienen esas vidas arrastradas e infelices, no se las quita, para que tantos padeceres y trabajos les sirvan de provecho, y la paciencia con que los lleven, de mérito para la vida eterna -dijo el capataz.

-Erraste la vocación, Pascual -repuso su amo-; debías ser cura, pues eres más místico que los santos padres, y sabes más textos de la Escritura que un predicador.

-¡Qué, señor! ¡Si no sé más que la doctrina!

-Pero la metes en todo como el tomate.

-Señor, para eso se nos dio -contestó Pascual.

-Pues bien; tú que eres místico, dile que para saber de su gente le pida a Dios que haga un milagro.

-Así lo hará, señor -contestó Pascual a su antipático amo.

Emprendió el capataz su viaje de vuelta, y al pasar por Mollares notó una extra efervescencia entre las gentes del pueblo. La causa que la motivaba era la siguiente:

Habiendo salido del lugar aquella mañana una bandada de chiquillas, que con sus espuestas colgadas del brazo iban alegres a coger espárragos al cercano olivar, ufanas se diseminaron en él, pues abundante se les presentaba la cosecha, habiendo sido muchas y tempranas las aguas de otoño.

-Tengo más de media espuerta llena -dijo a poco una de ellas-; al pie de aquel olivo cogí más de veinte.

-Oye, ¿por qué crecen las esparragueras siempre al pie de los olivos? -preguntó otra.

-Porque allí las siembran los pájaros que se posan en sus ramas.

-¡Qué espilfarro! -opinó la mayor de todas.

-¿Pues por qué es?

-Porque los arados no pueden llegar tan a la vera de los olivos que los arranquen.

-¡Si tú eres marisabidilla, que todo lo sabes! -opinó la primera que había emitido su opinión.

-Para eso -respondió la otra- que tú no sabes nada sino menear la lengua para espotricar y las quijadas para engullir.

-¡Acudid, acudid todas! -gritó de repente con azorada voz una de las chiquillas que a alguna distancia exploraba las espesas esparragueras que rodeaban el pie de un olivo-, ¡venid y veréis qué espanto!

Las muchachas corrieron al sitio, y al desviar las ramas de las esparragueras, vieron con asombro salir de la tierra el dedo de un hombre, que, derecho e inmóvil, parecía señalar al cielo.

Sobrecogidas y horrorizadas, soltaron las espuestas y se echaron a correr, llegando desaladas al pueblo; y llenas de terror y con los semblantes desencajados, llevaron cada cual a su casa la noticia de lo que habían visto.

En breve se formaron corrillos en las calles, y todos se reunieron luego en casa del alcalde para participarle lo ocurrido y pedirle que fuese con la justicia a cerciorarse del hecho y averiguar su causa.

El alcalde hizo avisar al escribano, al cirujano y al alguacil; convocó personas que sirviesen de testigos y trabajadores con azadas, y marchó, seguido de una porción de gentes del lugar, entre las que estaban las niñas para que indicasen el sitio en que habían visto aquel objeto de terror.

En este momento llegaba Pascual al pueblo, y encaminándose la justicia y su séquito en la misma dirección que él llevaba, se agregó a ellos.

Caminaron de prisa y llegaron en breve al indicado lugar, pudiendo todos convencerse de que las niñas habían dicho verdad. Negro, y como curtido por la intemperie, con la uña disformemente crecida, se veía salir de la tierra un dedo humano, como para señalar dónde yacía el cuerpo de que formaba parte.

Un estremecimiento de horror, mezclado de lástima, de interés y de grave y ansiosa curiosidad fue sentido por los concurrentes, que, tuvieron la lúgubre convicción de que al pie de aquel olivo se ocultaba un criminal misterio, y el solemne presentimiento, de que se preparaba un juicio de Dios severo y patente.

El alcalde mandó que en el acto se apartase la tierra para que fuese descubierto lo que pudiese ocultar.

Cumplida esta disposición, presentose a la vista de todos un esqueleto, a cuya descarnada mano derecha estaba adherido el dedo, que, secado y curtido por el viento y por el sol, había quedado en estado de momia, con la extraña circunstancia de haber seguido creciendo la uña después de la muerte. A su lado se halló otro esqueleto de las mismas dimensiones que el primero.

Un hosco silencio reinó por algunos segundos; entonces las mujeres entonaron unánimes la oración por los difuntos, a la que, descubriendo sus cabezas, se unieron en honda voz los hombres.

El respeto es la cosa que con la castidad asemeja más el hombre a los ángeles; pero cuando ante una tumba se unen el respeto a lo divino y el respeto a lo humano, alcanza éste su sublime apogeo, y sobre cada descubierta cabeza y sobre las cruzadas manos descende, a no dudarlo, una paterna, y complacida mirada del que crió a los hombres, no para que hiciesen de la tierra un paraíso, sino para merecer el eterno.

-Señor alcalde -dijo el cirujano, que fue el primero que habló-, el estado de estos esqueletos indica que pasa de veinte años el tiempo transcurrido desde que dejaron de pertenecer a cuerpos con vida.

-¡Jesús! ¡Jesús! -exclamaron las mujeres-; ¡más de veinte años que los cuerpos de dos cristianos no descansan en tierra santa!

-Visto se está, señores -dijo una anciana-, que aquí ha habido una gran maldad oculta, hasta que Dios se cansó de no verla castigada, y envió a estas inocentes para que, por medio de ellas, fuese descubierta.

-¡Juicio de Dios! ¡El dedo de Dios! -exclamaron todos.

-Descubiertos han sido unos esqueletos; pero nada más, tía María -dijo el cirujano-. ¿Quién sabe si son del tiempo de los franceses de Napoleón, y no hay ni semejante maldad ni semejante misterio?

-Esta gente -añadió el escribano- siempre quiere hacer de cada cosa un romance o un milagro. Este descubrimiento, ya lo verán ustedes, es meramente una casualidad.

-Es que hay casualidades que parecen providencias -repuso una de las mujeres.

-Francés de Napoleón no ha sido éste -dijo uno de los hombres que apartaban la tierra-, porque aquéllos no gastaban marsellés.

Y esto diciendo, alzó de la fosa una chaqueta de las así denominadas, que estaba medio deshecha.

-¿Un marsellés? -dijo el alcalde al mirarlo-; verdad es, y así está claro que su dueño fue español, y de la tierra nuestra.

-Muy deshecho está -observó el que tenía el marsellés en la mano-; pero la faltriquera, que es de lienzo, se conserva entera; y mire su merced, señor alcalde, dentro tiene un papel.

-A verlo -exclamó el alcalde alargando la mano; y cogiendo el papel, lo desdobló, añadiendo-: Es una carta de seguridad como entonces se llevaban. Señor escribano, léala usted, que necesariamente traerá el nombre de su dueño.

Y así diciendo, se la entregó al interpelado, a quien todos rodearon ansiosos.

Pero apenas hubo aquél echado la vista sobre la carta, cuando exhaló su pecho un gemido parecido a un rugido, giró alrededor de sí sus desencajados ojos, se echó hacia atrás y cayó al suelo desplomado.

-¿Qué es eso? ¿Qué ha visto? -exclamaron todos con asombro.

El alcalde, que se había apresurado a recoger el papel, leyó en alta voz:

«Carta de seguridad a favor de Juan Isidro Alfaro.»

-Jesús María! -exclamó Pascual-; ¡ese es el arriero de mi pueblo que desapareció con su hijo hace más de veinte años!

-Visto se está que él y su hijo deben haber sido muertos aquí, y aquí mismo enterrados -opinó el alcalde.

-Se debe inferir -añadió el cirujano- que aquí se ocultaba un crimen que hoy arroja de su seno la tierra.

-¡Y decía el escribano -exclamaron las mujeres- que en todo veíamos milagros de Dios! ¿Qué dirá ahora?

-Lo que hay que hacer ahora es llevar este hombre a su casa, señor alcalde -dijo el cirujano, señalando al accidentado escribano-; no lo creía yo hombre de tan poco espíritu.

-No es poco espíritu, es otro juicio de Dios para castigarlo de no creer en ellos -repuso una mujer.

-Puede, puede que sea eso -añadió pensativo y preocupado el alcalde-. Señor -añadió dirigiéndose a Pascual-, haga usted el favor de ayudar aquí y prestar su mulo para llevar sobre él a este hombre al pueblo... ¿Pero qué hace usted ahí? -prosiguió viendo que aquél a quien se habían dirigido cortaba y pulía dos desiguales trozos de una rama de olivo.

-Una cruz, señor -respondió Pascual-; y no me iré sin haberla dejado clavada en este olivo, para que reclame en favor de estos infelices las preces y sufragios de que por tanto tiempo han carecido sus almas.

- XII -

El escribano fue llevado a su casa, recibiendo en seguida la asistencia que reclamaba su enfado; pero apenas recuperado de su accidente, fue acometido de una violenta calentura con delirio, en el cual se estremecía, sin dejar de repetir:

-¡Yo, no! Yo no he sido! ¡Mis manos están limpias de sangre! ¡Juan Cano y José Salas han sido! ¡Ellos, ellos, que yo no!

Estas palabras, que a gritos repetía, fueron recogidas por las personas presentes, las que se vieron precisadas a testificarlo en la causa que sobre el descubrimiento de los dos esqueletos enterrados en el olivar al momento se instruyó.

Sin demora y con sigilo fueron aprehendidos los que en su delirio nombró el escribano, cuyos nombres eran ya conocidos en los tribunales. Cual si todo en este desenlace lo guiase a las claras la mano potente de la Providencia para que patentizase un hecho sepultado en el misterio, en el olvido, en la impunidad, estos hombres, al saber que era el escribano la causa de su arresto, sin la circunstancia que se les ocultó de ser involuntaria su delación, declararon a su vez toda la verdad, manifestando cómo por un deseo de venganza habían sido inducidos por el escribano a perpetrar el crimen.

Incomunicados los reos, hallados conformes en sus respectivas declaraciones, hasta en los más mínimos pormenores, y unido a esto las de otros arrieros, que declararon recordar que por aquel mismo tiempo habían tenido Juan Isidro Alfaro y su hijo palabras y desavenencias con el escribano por una tarifa arbitrariamente impuesta por éste, la convicción del crimen y de sus causas quedó patente ante los ojos de los jueces. Así fue que en breve se substanció la causa, recayendo pena de muerte para los asesinos, y de cadena perpetua, después de presenciar con argolla la justicia de sus cómplices, para el escribano.

La pobre mendiga apenas empezaba a convalecer, cuando llegó a su conocimiento haber sido hallados los restos de su marido y de su hijo, vilmente asesinados en la espesura de un olivar.

Veinte años de angustia y de temores no habían preparado bastante todavía aquel amante corazón de esposa y madre a recibir la infausta nueva de tamaña desgracia, que la sobrecogió y llenó de amargo desconsuelo, como lo habría hecho el mismo día en que aconteció.

El ser moral del hombre tiene una aptitud inmensa para el sufrimiento, así como para soportarlo tiene su ser físico no menor resistencia, por lo cual la pobre anciana, que todos comparaban a una pavesa, no murió, no tuvo recaída, sino que, al contrario, parecía haberla

vigorizado el dolor para hacerla sufrir más; ¿o era acaso que Dios la conservaba por tenerla destinada a ulteriores miras?

Todo lo providencial que había en el hallazgo de los esqueletos y en el descubrimiento del crimen y sus autores excitó de nuevo y con más intensidad el latente interés de todos los convecinos de la infeliz anciana. Viose sin cesar rodeada de buenas, rectas y compasivas almas, que la prodigaban a porfía expresivas muestras de compasión e interés, consolándola, llorando con ella y demostrando con energía su profunda indignación por tan cruel e inaudito delito, hijo de una vil e injusta venganza.

Un día, varios vecinos se habían reunido con este objeto a su lado en su miserable vivienda.

-Se creían quizás esos malvados -decían con esa energía y esa vehemencia que en su modo de sentir y expresarse tiene el pueblo, hijas de su caliente corazón-, se creían libres y seguros porque estaba oculto su delito; pero se habían olvidado de que Dios consiente, mas no para siempre.

-¡Y pensar -exclamaba la una- que esos perversos, reteperversos, han visto las lágrimas y la miseria de usted, tía Ana, durante veinte años, y se han quedado tan frescos y como si tal cosa! ¡Si esto clamaba al cielo, y el cielo lo oyó!

-¡Si con cien vidas que tuviese no pagaban! -opinaba otra.

-Hasta el día que los vea sentados en el banquillo -añadía un hombre- no creeré yo que hay justicia en este mundo.

-Pues no tardarán en estarlo, que la causa va viva -dijo Pascual, que se hallaba presente-; y asina había de suceder siempre, y no dormirse los jueces, como suele acontecer; bastante tiempo han andado esos villanos libres y olvidados de que Dios puede más que el diablo.

En este momento entró en el miserable albergue de la desconsolada anciana el cura, acompañado de otro sujeto, y después de saludar a la mendiga, le habló en estos términos:

-Tía Ana: sabido es que por las benignas y cristianas leyes de España influye en el rigor del castigo de los delincuentes el perdón de los ofendidos, esto es, de las personas más allegadas a las víctimas de los crímenes cometidos por aquéllos. No parece sino que los religiosos legisladores que las hicieron quisieron a un tiempo dar ocasión a los unos de hacer una obra de piedad insigne, y procurar a los otros un alivio en su pena que la justicia no podía concederles sin faltarse a sí misma. ¡Qué magníficas, qué nobles, qué generosas son las instituciones humanas, en cuyo establecimiento ha predominado el espíritu religioso en toda su calma y en toda su pureza! Este señor que me acompaña ha llegado a mi casa para que con él viniese a la de usted, con objeto de preguntarle si como buena cristiana, que gracias a Dios es usted, perdona a los que dieron muerte a su marido e hijo y a quien los indujo a ello.

-Sí, señor -contestó sin detenerse, sencillamente, sin esfuerzo, como sin ostentación, la afligida anciana.

Ninguno de los que estaban presentes, ni aun los que antes con más vehemencia clamaban contra los culpables extrañaron, contrarrestaron ni menos motejaron la respuesta dada por la buena cristiana.

El perdón para el católico pueblo español es, no solamente una cosa moral, generosa, noble y debida: es una cosa sagrada. Habrá quizás, arrastrado por la pasión, quien no lo ejerza pero nadie que por tal no lo tenga.

-De manera -dijo, el que venía con el cura- ¿que no tendrá usted dificultad en ratificar ante los tribunales el perdón que dice usted al señor cura que otorga?

-No, señor -contestó la interrogada.

-Tía Ana -dijo el cura-, ofrezca usted a Dios el perdón que concede en sufragio por las almas de los que llora; más les aprovechará que el castigo y última pena que sin él sufrirían los reos.

Al día siguiente era conducida la pobre mendiga en una buena mula, con todo miramiento y cuidado, a Sevilla, e introducida en el palacio de la Audiencia.

Después de exigirla el juramento, viendo el juez que la anciana no podía sostenerse en pie, tales eran su debilidad, su cansancio y su conmoción, mandó que se trajese una silla, sobre la que cayó, la infeliz desplomada.

Preguntóle el juez solemnemente:

-Señora, como agraviada, ¿perdona usted a Juan Cano y a José Salas, asesinos convictos y confesos de su hijo y marido, y al escribano N. N., convicto de haberlos inducido a cometer el delito?

-Sí, señor -contestó conmovida y hecha un mar de lágrimas la infeliz anciana.

Entonces, y mientras se estampaba este perdón en la causa, perdón que libraba la vida a los dos asesinos, conmutando esta pena en la inmediata de presidio perpetuo, y al escribano de la ignominia de presenciar con la argolla al cuello este suplicio, el sujeto que había ido el día antes con el cura a la casa de la anciana, y que era próximo pariente del escribano, se acercó a ella, y excitado por la satisfacción de ver a su familia libre de la última infamia, la dijo:

-Señora, no tema usted ya por su porvenir, que, como es justo, corre de nuestra cuenta, y a fe que de aquí en adelante no pedirá usted más limosna, pues recibirá el pago del bien que a otros ha hecho.

Pero todos los presentes fijaron sus sorprendidas miradas en aquella miserable, agobiada y anonadada pordiosera, al ver que, levantándose derecha y erguida, alzaba su inclinada cabeza, y que recobrando sus amortiguados ojos toda la vida y animación perdidas, los fijó en el que había hablado con una mirada en que ardían el más arrogante desdén y la más noble indignación, exclamando:

-¡¡¡PAGO!!! ¡ESO, NO! YO NO VENDO LA SANGRE DE MI HIJO...

- XIII -

Pasadas unas semanas que tuvo precisión de permanecer en Sevilla, regresó don Anacleto a su hacienda.

-Señor -le dijo el capataz el primer día de su llegada-, sepa su merced que no he encontrado quien me haga los mandados de balde o por un pedazo de pan, como los hacía la pobre tía Ana; todos quieren que se les pague su trabajo con dinero.

-Pues y la tía Ana, ¿por qué no los hace? -preguntó don Anacleto.

-No puede hacerlos: la infeliz está postrada, y no se puede mover ni aun para salir a pedir limosna; bien pudiera su merced socorrer esta necesidad, que es de las mayores que se ven.

-¡Yo!... -exclamó indignado don Anacleto-. ¿Yo había de cometer la necedad de socorrer una necesidad voluntaria, que puede tener alivio y lo

rechaza? ¡Pues ya!

Pascual miró con asombro a su amo, y por la primera vez en su vida no halló réplica.

-No estimulo soberbias -prosiguió don Anacleto- ni paso la plaza de tonto.

-¡Soberbia! -exclamó Pascual-; ¡señor, si la tía Ana es más humilde que la tierra!...

-Pues si no lo es rehusar el socorro que le ofrecen los que causaron su daño y tienen obligación de prestárselo, será rencor.

-¡Señor! -exclamó Pascual-, si a la tía Ana, visto se ha estado, le rebose el perdón en el corazón como a la reina.

-Pues será por tontería -opinó don Anacleto.

-No es, y mucho le falta para ser tonta a la tía Ana -dijo Pascual.

-¿Pues qué es ese aferramiento en no querer tomar lo que le dan aquéllos que deben hacerlo, me querrás decir?

-Es nobleza, señor -contestó Pascual en voz grave y con la dignidad del que tiene y comprende la nobleza de alma.

-Por vida del diablo tonto (que también los hay) -exclamó don Anacleto-; pues si le ha dado la chochez por ahí, que perezca de puro noble.

-No perecerá -replicó el capataz-; hasta hoy no le ha faltado el pan, ni le faltará hasta su muerte, que somos muchos en el pueblo que, aunque pobres, si antes le dábamos como uno, ahora le damos como dos, con el fin de que el perdón que otorgó tan sólo por caridad cristiana lo lleve a la gloria puro y santo como lo concedió.

## Epílogo

Hemos dicho al principio de este relato que buscábamos la nobleza, y no por haberla hallado entre los harapos de una mendiga hemos de dejar de ponerla, con veneración y entusiasmo, a la luz del día.

El Cristianismo, no sólo enseña e inculca lo bueno y lo santo, sino también lo bello y lo elevado.

Los soberbios aspiran en vano a la nobleza, que no se puede amalgamar con el vicio, que de todos es el más descarado y despótico. Los humildes la tienen, sin buscarla, practicando las virtudes cristianas.

## La corruptora y la buena maestra

Al Excmo. Sr. D. Cándido Nocebal  
Señor y amigo:

Cuando hace algún tiempo escribí el adjunto bosquejo, había pensado, antes de darlo a la estampa, haber hecho del bosquejo un cuadro con detalles más concluidos y con colores más vivos, pero en vista de que una reciente enfermedad me tiene por ahora con las fuerzas perdidas y el ánimo caído, mando a usted el bosquejo tal cual lo escribí, semejante a un capullo al que un norte frío y seco ha pasmado, sin dejarlo dilatarse y tomar colores. La idea en que se funda está demostrada; si esto basta, reciba usted este pobre y débil

«sietemesino» con esa indulgencia, hija de su amistad, que tanto complace, favorece y honra a su agradecido amigo

Fernán Caballero.

- I -

Parose ante la puerta de una casa principal, en una de las calles más céntricas de Madrid, uno de esos ligeros carruajes para uso de los jóvenes ricos y fastuosos que bien o mal guían sus propios dueños. Saltó al suelo el de este carruaje, entregando al lacayo las riendas del magnífico caballo extranjero que de él tiraba, y se dirigió a la casa.

Era un joven alto, bien parecido, cuya elegancia en el traje no tenía más defecto que su misma exageración; la exageración en todas materias es el ímpetu que traspasa el blanco.

En el portal se encontró frente a frente con otro joven que llegaba a pie a la misma casa. Su físico era agradable; grave y dulce la expresión de sus ojos negros, vestido bien, aunque con mucha más sencillez y modestia que el primero.

Apenas se vieron, cuando, con una exclamación de gozo, cayeron en brazos uno de otro.

-¡Isidro! Provinciano inamovible, ¿tú en la coronada villa? -preguntó el del carruaje.

-¿Y tú, injerto parisiense? ¿Cómo tú por estos vulgares Madriles, privado de todos los encantos en las orillas del Sena? Verte por aquí me causa a mí igual extrañeza -contestó el interrogado.

-Hijo mio -repuso éste-, dicen los franceses, y mi padre y yo somos de la misma opinión, que los negocios ante todo, y a Madrid me trae uno muy atendible: me voy a casar.

-¿Y a eso llamas negocio? -dijo su amigo.

-Y él más trascendental de la vida.

-No hay duda -repuso sonriendo su interlocutor-; pero la calle no es lugar más a propósito para confidencias de esta clase, y en vista de que vivo en esta casa, sube a mi habitación y hablaremos.

-¿Que vives en esta casa? No sabía que hubiese en ella pupilería alguna, que si la hay, será desconocida y de poco fuste.

-Eso es cierto, por lo cual conviene a mi posición, a mis aspiraciones y a mis gustos, cosas que, por suerte, están en mí completamente de acuerdo. Vive en el tercer piso una buena señora, que por muchos años tuvo casa de huéspedes y ya no la tiene. En aquella época hospedó a mi padre, que pudo prestarle algunos ligeros servicios, y quedó con ella en

tan buenas relaciones, que exige siempre que mi padre o yo venimos a Madrid que paremos en su casa, en la que nos asiste con esmero.

Así hablando, habían llegado los dos jóvenes al tercer piso y entrado en una habitación que, sin participar del lujo moderno, estaba cómoda y aseadamente alhajada. Sentáronse en un sofá de cojines forrados de damasco amarillo; pero antes de seguir escuchando el diálogo que prosiguieron sentados en él, diremos en breves palabras quiénes eran estos dos amigos.

Ambos habían nacido en Salamanca, Isidro era hijo de un profesor, hombre sabio y virtuoso, que, dedicado a la enseñanza, se esmeró siempre en cuidar de la de sus hijos.

Amaro, tal era el nombre del elegante, era hijo de un tendero bien acomodado, hombre emprendedor y de mucha suerte, que por una serie ascendente de ventajosas especulaciones había llegado a la sazón a ser uno de los capitalistas surgidos en la palestra de la especulación.

Isidro y Amaro habían concurrido a la misma escuela, y después a los mismos cursos en la Universidad, los que sin concluir abandonó Amaro para reunirse a su padre, que se había trasladado a Madrid, donde podía ensanchar su círculo de acción.

Isidro fue recibido abogado y hacía cinco años que ejercía su facultad con poco común acierto, aplicación y honradez, cuando habiendo llegado a ser ministro un amigo de su padre, ofreció a éste un juzgado para su hijo, del que excelentes noticias tenía, con el fin de que ingresase en la carrera de la magistratura. Isidro dejó su bufete a cargo de otro abogado que había casado con una hermana suya, y vino a Madrid para activar el despacho del ofrecido nombramiento.

Isidro participó a su amigo esta última parte, que ignoraba, quejándose de que, tan pródigo en esperanzas, fuese este negocio tan nulo en resultados.

-Puede -añadió- que cumplan lo prometido; pero estas dilaciones a veces son más crueles que una negativa, que impide nacer y crecer las esperanzas, las que, si vivas nos sonrían y halagan, muertas son el tormento y desencanto de una vida que sin ellas habría sido buena y tranquila.

Cuando Isidro hubo concluido de hablar, le dijo Amaro con tono amistoso, pero asaz fatuo:

-Deja a mi cuidado el pronto despacho de tu nombramiento, me encargo de obtenerlo.

-¿Pues que -repuso Isidro-, eres amigo del ministro de Gracia y Justicia?

-No, no le conozco; pero te harás cargo que mi posición me da influencia, así como se la da a mi padre.

-Mucho te agradeceré que en esta ocasión la emplees en mi favor -repuso Isidro-. Mi cuñado ha caído enfermo, y mi padre me escribe que es precisa mi asistencia allá en estos momentos. Además, Amaro, yo también deseo casarme, lo que sólo pienso y puedo efectuar teniendo mi nombramiento.

-Mucho lo celebro, sobre todo si te trae ventajas. ¿Y es de Salamanca la futura jueza? ¿La conozco yo?

-No es de Salamanca ni la conoces. Al llegar hace dos meses aquí, mi buena patrona doña Pepita no cesaba de hablarme con entusiastas elogios de una joven que con su madre ciega vivía en la buhardilla. Esta pobre señora, hija de un coronel, al quedarse muy joven huérfana, se casó con un oficial del regimiento, su pariente, que no tenía grado que diese opción a su mujer a viudedad. Ascendió a comandante y murió en la gloriosa guerra de África, dejando a su mujer y a una hija sin recursos. La hija desde entonces se aplicó de tal suerte a la costura, que ha mantenídose a sí y a su madre, pobre, pero decorosamente, no teniendo más ayuda sino la que le proporciona un tío pobre y avaro, que sólo les paga el alquiler de su miserable morada. Al principio no paré mientes en cuanto me decía la buena doña Pepita, la que unas veces se enternecía refiriéndome los tiernos cuidados con que la huérfana rodeaba a su madre; otras eran su juicio, su modestia y sus laboriosidad el tema de sus celebraciones, y otras se indignaba contra la avaricia del tío o contra las exigencias impertinentes de la señorita rica para la que trabajaba la huérfana, que hacía desbaratar muchas veces las cosas sólo por puro capricho, y esta caprichosa pollita, como doña Pepita la denomina, que es hija del dueño de esta casa y vive en ella...

Al oír estas últimas palabras, Amaro soltó una carcajada, diciendo:

-Esta censurada pollita es la que va a ser mi mujer; y me parece que el amor que siente tu doña Pepita por la costurerita la lleva a ser demasiado severa con la que, si paga bien, desea ser servida a su gusto; pero observa, Isidro, una verdad patente, y es que muy pocos hay entre los ricos que no sean compasivos y caritativos con los pobres; pero entre los pobres, no hay uno solo que deje de ser ingrato y hostil hacia los ricos. Pero prosigue, pues nada me has dicho todavía de quién sea la que has elegido para unirte a ella.

-Mucho te he dicho -repuso Isidro-, porque habiendo al fin conocido a Elena, que ese es el nombre de la hija del comandante muerto en África, y viendo cuán ciertos y fundados eran los elogios que de ella me había hecho doña Pepita, comprendí que la mujer que tales virtudes practicaba era destinada a hacer la felicidad de un hombre honrado, debiendo ser, la que tan buena hija era, buena mujer propia y buena madre de familia.

-¡Con una costurera! -dijo con mal disimulado desdén Amaro.

-La hija de un valiente tiene los timbres de su padre, y Elena tiene además los suyos personales, que son la aguja y el dedal.

-¡Una mujer sin un cuarto! -prosiguió Amaro.

-Los españoles rancios o provincianos no hemos hecho todavía del casamiento un negocio. Elena tiene, quizá debido a su misma triste situación, los mismos gustos que yo, que amo la sencillez como hermana de la verdad y de la inocencia, y odio el lujo, que es el cinismo de la vanidad.

-Tu alma en tu palma, Isidro -dijo Amaro-.

Tú siempre has sido un poco filósofo y algo montado a la antigua, tomando las máximas morales a la letra como las leyes, y aplicando la austeridad a todas las cosas, como la Gramática al lenguaje. Hijo mío, no tienes actualidad, y esto es lo peor que te puede acontecer: a los pobres inamovibles seres como tú los ridiculizó para siempre el gran Cervantes en su Don Quijote.

-Que tan justo fue -dijo Isidro-, que si los ridiculizó, hízolo sin despojarlos de su honradez, de su nobleza y caballerosidad. Pero dejemos esto, y dime a tu vez algo de la que has elegido por compañera.

-¡Oh! ¡Ya la verás! Es un hada, un ángel, una sílfide...

-No ponderes tanto, Amaro -dijo Isidro sonriendo-, que dice De Maistre que la ponderación es la mentira de las gentes honradas.

-¡Tate! -exclamó Amaro-. ¿Tú lees a De Maistre? Mis amigos en París le llamaban el gran preste del obscurantismo.

-Pues sus escritos forman una de las lecturas preferidas de mi padre.

-Por lo visto, pues, ¿eres neocatólico?

-Si leer éste y otros autores cristianos con preferencia a Renán y a filósofos anticristianos coloca al que los lee en esta categoría, lo seré.

-¿Y te atreves? -exclamó escandalizado Amaro.

Isidro le miró asombrado, y repuso:

-Dime, ¿tenemos acaso una inquisición anticristiana?

Amaro contestó riendo:

-Hablando francamente, creo que algo hay de eso. Pero a mí ¿qué me importa ni lo que dice De Maistre ni lo que dice Renán?

Y así era, porque Amaro pertenecía a la gran falange que ha creado el indiferentismo, ese indiferentismo que ahoga el sentir, el pensamiento y la reflexión, y sólo deja el cálculo, sin más incitativo que la vanidad, sin más anhelo que obtener los medios de satisfacerla y sin más Dios que su cuerpo.

En este momento asomó a la puerta la cara vulgar, viva y benévola de doña Pepita, que dijo:

-Vamos, don Isidrito, ¿no sube usted? Las vecinitas nos estarán echando de menos, y ya don Tristán ha subido.

Pero al notar que Isidro, contra su costumbre, no estaba solo, añadió, dirigiéndose a Amaro:

-Caballero, usted perdone; creí que no había en el cuarto más que mi huésped.

-Si es la hora en que tienes costumbre de visitar a tus vecinas, no te detengas -dijo Amaro a su amigo-; haz más: dame el gusto de presentarme a esas señoras, que siendo tu mejor amigo, tengo derecho y deseos de conocer.

-Sí, sí -exclamó doña Pepita-; suba usted a conocer las palomas de mi palomar, que no dará usted por perdido el tiempo que eche y la molestia que se tome en subir unos cuantos escalones.

Nada tuvo que objetar Isidro; y aunque contrariado por el temor de que en la situación desgraciada y aislada en que se hallaban Elena y su madre no les agradarían visitas, con poco contento suyo, pero mucho de doña Pepita, subieron los tres a la buhardilla.

Cerca de la ventana estaba sentada una joven, tan atareada en la costura que tenía entre las manos, que apenas fijó la atención en el amigo que introducía Isidro. No era bella, pues una extremada delgadez y un color pálido y amarillento robaba toda frescura a sus facciones correctas, pero no finas; no obstante, su aire triste y modesto prestaban a su persona un singular interés.

En el ángulo inmediato, y apartada de la luz, estaba sentada una señora anciana, de fino y noble continente, en cuyo abatido rostro se abrían unos grandes ojos pardos, pero sin vista, lo que la hacía semejante a la estatua de la resignación. Esta señora, a un excelente carácter, unía un entendimiento muy claro, y ese espíritu religioso verdadero que prescribe e infunde una completa conformidad en las desgracias, lo que impide que se agrie el ánimo y asimismo el vivir rebelado contra su suerte, que es el modo de empeorarla. Hacía esto que esta señora nunca hablase de sí ni de sus quebrantos, lo que, naturalmente, es enojoso para las personas que no se interesan en ellos.

Entre su madre y Elena estaba sentado el tío de ésta y cuñado de aquélla, que era un viejo flaco, mal vestido, hasta rayar en desaseo; de nariz acaballada, de ojos hundidos, tristes e inquietos, de escasos y canosos cabellos, tan poco unidos entre sí como pobres en cotarro. Era este señor un ex intendente militar, el que en sus tiempos había formado parte de una expedición enviada a América, en donde había adquirido fama de poco buena cabeza, o cosa peor; en fin, de haber hecho con los naipes y otros medios poco honrosos una buena fortuna. Pero a su regreso a España tuvo la desgracia de perderla por quiebra de un Banco de Norte-América, en que había depositado sus fondos.

Desde entonces este señor se había convertido en el tipo de la miseria llorona, la que se ostentaba con motivo de este revés de una manera repugnante y ruin.

Doña Pepita sentó a Amaro junto a doña Manuela, se puso a su lado, teniendo a su izquierda a Isidro, que cerraba el círculo, lo que le colocaba cerca de Elena.

Después de los primeros cumplidos, dijo a media voz el ex intendente a su sobrina:

-Deja la costura, Elena, y ven a tomar parte en la conversación, como lo exige la política.

-Tío, me es imposible -contestó la pobre niña-; tengo que concluir esta chaquetita de embutidos, alforzas y buches para Blanquita Aranseguí, que la quiere para mañana, y que no gusta de que le falten, aunque pida lo imposible.

-¿De manera -repuso con queda y azorada voz su tío- que no me habrás puesto para mañana el cuello nuevo en la camisa vieja?

-No lo tema usted, señor -contestó la joven-; velaré esta noche para que a usted no le falte su camisa.

Isidro, que había oído este coloquio, fijó, sobre las abatidas y fatigadas facciones de Elena una mirada llena de interés, de compasión y de cariño.

El intendente lo notó, y exclamó con tono compungido:

-Vea usted, don Isidro, a qué extremo me ha traído la desgracia: ¡si no fuese por la laboriosidad de mi sobrina, no tendría mañana camisa que ponerme! Porque ha de saber usted, caballero -añadió, dirigiéndose a Amaro-, que el fruto del trabajo de toda mi vida, que a mi regreso de América puse en un Banco... ¡Banco maldito!, que no parecía sino aguardar el coger mi dinero para declararse en quiebra y dejarme por puertas. Pero a mi sobrina la remunerero el trabajo que la pido, pagándola, a costa de mil sacrificios, la habitación que ocupa, que yo desearía fuese un palacio. ¿No es verdad, Elenita?

Elena contestó sonrojándose:

-Usted nos socorre, tío; pero no me remunera mi trabajo; si esto creyese, lo haría con menos gusto del que tengo en hacerlo.

-¡Por vía de los gatos! -murmuró doña Pepita-. ¡Remunerar! ¡Socorrer! ¡Cuando sólo le paga el alquiler de este miserable chiribitil!

-¿Pero por qué -preguntó Amaro- no se lleva usted estas señoras a vivir consigo a su casa?

-¿Pues acaso tengo yo casa? ¡Ni aun en casa de huéspedes vivo! -exclamó en tono de lamento el intendente- Estoy recogido en un mal entresuelillo en un barrio pobre y solo, con la viuda anciana de un sargento, que nos asiste a un sobrino suyo, sacerdote, y a mí; y aunque pobremente, lo paso bien por la economía y sosiego que logro, pues en las casas de huéspedes desuellan a uno...

-¡Es lo que me queda que oír! -exclamó indignada doña Pepita-. ¡Desollar! ¡Perder una el capital que tiene que emplear en montar una decente casa de huéspedes, los que en ellas se creen todo permitido y lícitas todas las exigencias, teniendo cada cual diferentes gustos, y si son extranjeros, no digo nada! Estos lo quieren todo guisado con manteca de Flandes, lo que no gusta a los de por acá, y menos si son andaluces, que todo lo quieren guisado con aceite. En una ocasión tuve un huespedito francés; era pintor y se decía artista, lo que en su tierra por lo visto quiere decir guasón, porque así lo llamaba otro huésped andaluz. Éste no se cansaba nunca de hacerme todos los días la misma pregunta, que era si estaba en Madrid muy caro el aceite, pues para lechuza no tenía precio mi andaluz. Un día en que les puse una pescada cocida, recordando la peregrina pregunta de mi andaluz, al aliñarla la eché abundantemente aceite; aquel día no se presentó éste a la hora de comer, y serví al francés la pescada. De allí a poco oí una voz lastimera que me llamaba: «¡Madama Pipelet, madama Pipelet!», que era como me nombraba, porque decía que a las Pepas así se les decía en su tierra. Acudo, y dejo a la consideración de usted cómo me quedaría, y el asombro que se apoderó de mí, cuando me encuentro el comedor a oscuras, con todas las puertas y ventanas cerradas como a media noche. Sobre la mesa estaba mi pescada, acostada en su plato como en un ataúd, y todo alrededor de ella, en el aceite, ardiendo, cuantas mariposas había hallado el dichoso niño en una cajita que yo guardaba en el cajón de la mesa.

Doña Pepita no pudo proseguir por atolondrarla las ruidosas carcajadas de Amaro y de Isidro, y a las que se unieron la suave risa de Elena y aun la de su madre. En cuanto al ex intendente, no se reía nunca.

-¿Ustedes le hallan a esto gracia? -prosiguió doña Pepita - Pues yo, ni la hallé entonces ni la hallo ahora maldita la gracia.

-Ni yo -añadió el ex intendente-. ¡Qué dolor de aceite!

-Y añada usted ¡qué dolor de pescada! Porque las mariposas la sollamaron y pusieron tan negra, como si hubiese salido del mar Negro; de manera que sólo los gatos la pudieron comer; estas son las ganancias que dejan las casas de huéspedes, señor mío.

-Pues usted no se puede quejar, amiga; usted, que habiendo hecho su agosto, se ha retirado a vivir de sus rentas como una propietaria.

-Gracias a que heredé de un tío alguna cosilla -repuso doña Pepita.

-¡Quien hizo un viaje a China fui yo -prosiguió en tono llorón el ex intendente- con poner mi dinerillo en el Banco que quebró!

-¡Déjenos usted ya de su Banco! -se apresuró a decir doña Pepita-, que en tomando usted el tema del Banco, es preciso sentarse en el de la paciencia los oyentes.

-¡No, que usted con las cuitas de su casa de huéspedes!...

-Eso tiene lances -dijo interrumpiéndole doña Pepita-, y si no, vea usted cómo el señor decía que se las refiera.

Efectivamente, Amaro, divertido con los percances y cuitas de doña Pepita, le preguntaba:

-Y el andaluz, ¿dio a usted también sobrenombre?

-Sí, señor; me llamaba la Gran Capitana, y su paisana, pues era de Córdoba; creí al principio que era esto alusivo a que mi marido había sido capitán; pero no, señor; se refería a mis cuentas el muy ingrato, que dejaba sin satisfacer gran parte de lo que me debía.

Mientras doña Pepita contaba sus pasadas tribulaciones a Amaro y disputaba con el ex intendente, Isidro decía a Elena, que le interrogaba con la vista:

-Lo más olvidado que hay en el ministerio, Elena mía, es mi nombramiento. No lo extraño, la política lo absorbe todo, y no es éste mi mayor pesar, porque Amaro me ha prometido activar este negocio y lo puede hacer mejor que yo; lo peor es que he tenido carta de mi padre, en la que me dice que la enfermedad de mi cuñado, que se ha agravado, hace indispensable mi regreso a Salamanca.

Elena hizo un gesto de sorpresa y de dolor, exclamando:

-¡Oh! ¡Isidro, por Dios, no te vayas!

-Me lo dice mi padre -repuso Isidro-; además, tú conocerás que no sólo está en mis intereses el volverme cuanto antes y ponerme al frente de mis abandonados negocios, sino que es el regresar un deber de familia y de gratitud, del que no puedo desentenderme.

Mientras Isidro hablaba, tenía Elena que secar con su pañuelo las lágrimas, que unas a otras se seguían, gruesas y rápidas como las gotas de lluvia de aquellas nubes que llevan tantas que no las pueden retener.

-No quiero -murmuraba- que caigan lágrimas sobre esta prenda. Blanca quiere recibir sus atavíos tales, que parezca que no les han tocado manos; con cuánta más razón exigirá que no los ajen las lágrimas; no las ha vertido nunca, y no sabe que es a veces imposible contenerlas.

-¿Y por qué las viertes? -dijo con interés y cariño, pero con la moderación propia de su carácter y educación, Isidro.

-Si otra causa no tuviesen, me las haría verter esa pregunta -contestó Elena-; ¿tan poco cruel te parece el dolor de la ausencia?

-Siempre es triste la ausencia -repuso tranquilamente Isidro-; pero cuando es tan corta como lo será la nuestra, no desconsuela; es como la voladora y pequeña nube que esparce una pasajera sombra, pero no empaña el cielo.

-¿Y si olvidas a esta pobre y arrinconada desvalida?

-¿Eso temes? -preguntó entre asombrado y sentido y con su inmaculada honradez Isidro-. ¿Qué dirías de mí si yo respecto a ti abrigase semejante temor?

-Tal cosa no sería dable -respondió Elena-, porque mi poco mérito, mi situación y mi modo de vivir, encerrada y solitaria, hacen imposible para mí un cambio, aun dado caso que no lo hiciese imposible mi corazón.

En este momento se levantó Amaro, y después de despedirse de su madre, se acercó a Elena, a la que dijo:

-Permítame usted que así como Isidro me ha proporcionado el placer que he sentido al conocer a la digna joven que ha escogido por compañera, que tenga también la satisfacción de que mi mejor amigo conozca y sea conocido de la que va a ser la mía, deseando que mi elección pueda agradarle tanto como a mí me ha agradado la suya.

Isidro no pudo negar a su amigo su amistosa petición, y ambos salieron, dejando a doña Pepita y al ex intendente en una nueva y más acalorada disputa, por oponerse la primera a que Elena, a la que había visto llorar, cansase más sus ojos poniéndole el cuello nuevo a la camisa vieja de su tío.

Los dos amigos, entretanto, bajaban al cuarto de don Jaime Aransegui, futuro suegro de Amaro.

En un fastuoso salón hallaron reunidos al padre, a la hija y a la aya de esta señorita, inglesa e inofensiva autómatas, llamada miss Sibila.

Don Jaime, en cuanto no se rozaba con negocios, era todo un buen señor; en su hogar era el buen padre, el hombre limitado y bonachón que lo había hecho la naturaleza; pero en su escritorio era el hombre poco escrupuloso, inmoral y duro, que de él habían hecho la codicia y el espíritu de su época.

Blanca era preciosa y muy joven, pareciéndolo aún más por haber pasado sin sentir, en una vida regalada, sin enseñanza ni sujeción, de la edad de niña consentida a la de joven mimada. La riqueza y su humilde paje, la adulación, habían, cual la cizaña, impedido desarrollarse al buen trigo en su corazón. Sobre su inteligencia, luz a la vez fija y vacilante, no se habían cuidado sus guías de poner el firme cristal que le diera dirección y estabilidad, ni la suave pantalla de la modestia, que quebrase los descarados rayos de la arrogancia, esa vana espuma de todo poder.

Blanca estaba mirando unos figurines de moda, mientras el padre leía los periódicos y el aya hacía una labor de gancho.

Amaro introdujo a su amigo, primero con don Jaime y después con Blanca, que lo miró de arriba abajo, y que después de esta inspección, y de hacer, quizá sin ella notarlo, un imperceptible gesto desdeñoso, siguió ocupándose del periódico de modas.

-¿Qué opinan ustedes -preguntó don Jaime a los dos amigos- de ese hurón del Japón, que no quiere abrir sus puertas a las naciones cultas, y de la actitud que va tomando la Prusia?

Y por un rato siguió sobre este tema discurrendo del modo más necio don Jaime, hasta que un bostezo muy sonoro de Blanca avisó a su padre que la aburría aquella conversación.

-Blanquita, hija mía -le dijo éste-, ¿es posible que no te interesen estos eventos palpitantes de interés y llenos de actualidad?

El lenguaje de los periódicos, que era la única lectura que en su vida había hecho don Jaime, se había infiltrado en su lenguaje como gotas de ponche en un gazpacho.

-Ni poco ni mucho, padre -contestó Blanquita, que se complacía en mortificar a don Jaime, llamándole padre en lugar de papá, denominación que este buen señor hallaba mucho más elegante, más sonora y más fina.

-Hija mía, la Prusia es una gran potencia, patria de Federico el Grande.

-Será, señor -respondió su hija-; pero ello es que Federico el Grande, y el chico, y su mujer, y sus hijos, y toda la gente de Prusia, se me figuran azules, así como los del Japón todos muñecos de porcelana y laca. Déjese usted, padre, de Prusia y del Japón, y vamos al Prado, lo que tiene mucha más actualidad, como usted dice.

-¡Qué gracia! -exclamó don Jaime-; vamos, si esta hija mía es la más espiritual de las herederas de Madrid.

-No me diga usted espiritual, padre, que las gentes que no leen periódicos ni sus folletines traducidos, me van a tomar por beata, y puede que a fuerza de oírsele a usted decir se me antoje serlo.

-Si tal intentases -exclamó don Jaime, haciendo esfuerzos para aparecer majestuoso-, te aviso que emplearía toda mi potestad paterna...

-¿Qué habla usted de potestad paterna? -le interrumpió Blanca-. ¿Qué antiguallas son esas? Sepa usted que eso de la potestad paterna no tiene actualidad ninguna, Padre, me voy a poner el abrigo y el sombrero; vuelvo al instante; esté usted pronto cuando vuelva, y no me haga usted aguardar.

-Una niña bonita y déspota -dijo don Jaime cuando su hija se hubo alejado- es lo más delicioso que existe. Si fuese dable que a mi edad pensase en volverme a echar las duras cadenas del matrimonio, arrastrado a ello por una pasión volcánica, sería con una niña como Blanquita, excéntrica como una heroína de novela, caprichosa como las auras de la primavera; que fuese un ángel en la forma, con algo de diablo en la esencia, porque este es el tipo de la mujer que nos ha de enloquecer, según lo afirman los que lo entienden.

Isidro oía a don Jaime asombrado. Tales dislates, emitidos por un estudiante, le hubiesen extrañado menos; pero oírlos en boca del que llevaba guarnecida su frente de una bella corona de canas, le indignó.

-¡Pobre hombre! -pensó-, ¡al que un poco de mala política y otro poco de mala literatura, traducida o imitada, han embrollado las ideas, haciendo de él un ente absurdo!

-Los señores me permitirán que escriba una esquela antes que venga Blanquita, que si no me halla listo para salir, se va a enfadar -dijo don Jaime entrando presuroso en el gabinete.

Cuando estuvieron solos ambos jóvenes, preguntó Amaro a Isidro:

-¿Qué te ha parecido Blanca?

-Muy bien de cara, y muy extraña de maneras -contestó Isidro.

-Estas maneras sans façon y de mujer emancipada están al uso del día y son de buen tono.

-Concedo -repuso Isidro- que sean de buen tono; pero no de que éste sea bueno.

Entró Blanca elegantemente prendida; al ver que su padre no estaba presente, se acercó a la puerta de su gabinete, gritándole:

-Todavía no ha acabado usted, Padre Eterno.

-Voy, voy, Blanquita, hija mía; sólo me queda que poner a la carta el sobre,

-Envíela usted sin él.

Don Jaime, al llegar al coche, ofreció un asiento a Isidro, que atentamente lo rechazó; le ofreció con española urbanidad su casa; le dio a la inglesa un vigoroso apretón de manos y subió al coche, en el que, con un movimiento a la vez indolente y brusco, le había precedido su hija.

Un año había pasado; un año en la vida pasa más o menos pronto, pero un año en los libros pasa entre dos renglones.

Isidro lo había pasado afanado en los acumulados negocios que le proporcionaban su bufete y el de su cuñado, al que, a su vez, reemplazaba en su desempeño, en vista de que la enfermedad que le aquejaba se había agravado. Los ratos de descanso los empleaba Isidro en aliviar a su hermana en los cuidados y la incesante asistencia que requería la enfermedad de su marido, los que con tan admirable celo, inteligencia y abnegación prestan las mujeres españolas a los enfermos que asisten.

Así sucedía que, como una vida exclusivamente ocupada por el trabajo y por los cuidados y deberes de familia deja los intereses personales en segundo término, Isidro no se entregó a toda la inquietud y desasosiego que debían producir en su ánimo dos circunstancias que, si bien paulatinamente, vinieron a herir su delicadeza y a lastimar su corazón.

Era la primera la falta de celo y eficacia de Amaro en activar el despacho de su nombramiento de juez. Al principio de su ausencia le había escrito algunas cartas dándole cuenta de algunos pasos sin resultado que con el referido objeto había dado, tropezando siempre con dificultades, ya por cambios de ministros, ya por anteponerse a lo justo y a lo prometido injustificables exigencias de diputados y periodistas, viendo con dolor que no es la senda marcada por la ley y la justicia la que conduce al logro.

Las cartas de Amaro fueron escaseando y haciéndose cada vez más lacónicas.

Isidro, que no tenía orgullo ni amor propio, y que, por lo mismo que carecía de esos vicios de almas inferiores, tenía la primera virtud de las superiores, la dignidad intransigente, no le volvió a escribir ni a recordar su promesa, diciéndose a sí mismo con tristeza, pero sin encono, que cierto es el refrán pesimista: «a muertos e idos no hay amigos».

La otra causa de dolorosa extrañeza que tenía era el que las cartas de Elena, que en los primeros días de ausencia habían sido largas, sentidas y apasionadas, se habían trocado después en cortas y ásperas, conteniendo sólo quejas amargas por su prolongada ausencia, mostrándose en ellas decidida y aferrada en no admitir como válidas ninguna de las razones que motivaban la necesidad apremiante de la permanencia de Isidro donde se hallaba.

En vano fue que procurase éste disipar los fantasmas que se forjaba la imaginación de una mujer, que era, por carácter y por causa de su situación precaria, celosa y desconfiada.

Al fin del año, el cuñado de Isidro se restableció, lo que coincidió con la reposición del amigo de su padre en su importante destino, por lo cual Isidro, sin desatender a sus deberes, pudo satisfacer sus vivos deseos de trasladarse a Madrid.

Al llegar a dicho punto, se encaminó, como es de suponer, a su acostumbrado hospedaje en casa de doña Pepita.

Al verlo ésta demostró la mayor alegría, y después de darlo mil bienvenidas, le dijo con una sonrisa significativa:

-Cuánto se ha hecho usted aguardar, don Isidro; por fin, viene usted a dar el pésame; pero ya viene tarde, pues las lágrimas (caso que las haya habido) mucho ha que se han secado.

-¿Qué pesame? -preguntó Isidro alarmado.

-Vamos, vamos, camastroncillo -repuso doña Pepita-; que se hace usted el desentendido y sabe tan bien como yo lo que pregunta.

-Nada sé, señora.

-Pues qué, ¿ignora usted que murió casi de repente el triste don Tristán, y que ese avariento, miserable, sin entrañas, que veía sin apiadarse a su sobrina trabajar de día y de noche ha dejado una inmensa fortuna? ¿Usted no lo sabía?

-Yo, no.

-¡Pero cómo es esto posible! ¿Ni tampoco sabe usted que la disfruta Elena, porque su dueño no se la pudo llevar al otro mundo; de manera que como no tenía más heredera legal sino esta sobrina, todo ha recaído en ella?

-¿Y de qué murió? -preguntó Isidro.

-De un accidente -contestó doña Pepita- Su buena patrona mandó inmediatamente a avisar a doña Manuela la novedad; no pudiendo ir allá la pobre señora, me suplicó que acompañase a Elenita para que prestase a su tío la asistencia debida. ¡Ay, don Isidrito! ¡No se me olvidará mientras viva lo que allí presencié, que fue la muerte de un avariento que no ha pensado en su vida más que en su dinero, y esta muerte es espantosa! ¡Qué sabia es la Iglesia en haber colocado a la avaricia entre los pecados capitales o mortales! ¡Yo que lo creía más inocentón que los otros seis, y es tan malo o más, pues aunque mete menos ruido y es menos escandaloso que los otros, estoy para mí que aparta más el alma de Dios! No, no, don Isidrito, no quiero riquezas, si han de enterrar mi alma en metales antes que mi cuerpo en tierra.

-Dice usted bien, y como una buena cristiana que es, que no olvida que, tiene un alma que Dios nos comunicó con su soplo después de haber formado nuestro cuerpo del polvo de la tierra; pero prosiga usted su relación.

-Cuando Elena y yo llegamos a la zahurda que su tío habitaba, vimos tendido sobre un catre de tijera a su dueño, cubierto de sucios jirones, el que permanecía sin sentido; una mala mesa de pino, dos sillas rotas y un gran arcón de hierro con doble candado era todo lo que allí se encontraba. El médico estaba a la cabecera del enfermo, sin haber dispuesto otra cosa sino que se llamase al sangrador y que se trajese el Santo Oleo, el que apresuradamente había ido a requerir el buen sacerdote que en la misma casa vivía. Pero ni

el auxilio espiritual ni el corporal llegaron a tiempo, pues a poco de haber entrado el médico y nosotras abrió aquel hombre casi cadáver desmesuradamente los ojos, los que, desatentados y saliéndose de sus órbitas, se fijaron en el arcón de hierro y solevantando su exhausto cuerpo sobre el codo, con las ansias de la muerte, y sin apartar sus ya quebrados ojos del arcón, hizo un último esfuerzo, y con voz ronca y acento desesperado gritó: ¡Ahí queda!, y cayó horrible y desfigurado cadáver sobre su inmundada almohada.

Isidro, a pesar de su carácter sereno y contenido, hizo un gesto, de repulsa, diciendo en seguida:

-¡Dios se haya apiadado de esa alma degradada!

-Ya le dije a usted, don Isidro -prosiguió doña Pepita-, que lo que allí vi no lo olvidaré mientras viva. No padezco de nervios, como las damas enfermas o niñas románticas; pero la muerte de ese hombre tan olvidado de su alma, de otra vida y de un Supremo Juez que de ésta nos pedirá cuenta, me horrorizó, a punto de sentir una congoja y temblor nervioso, que traté y pude dominar con la oración, que aparta el espíritu de las cosas terrenas; pero ocho noches estuve sin poder dormir, porque siempre tenía ante mis ojos aquel espanto.

Apenas murió, cuando Elenita y yo quisimos retirarnos; pero la patrona y el clérigo que en la misma casa vivía no lo consintieron, pretextando que, como era de suponer que tuviese el difunto la llave de aquel arcón (su solo pensamiento en vida y en muerte) debajo de su almohada, suplicaban a los presentes que no se moviesen de allí hasta que llegase el juez del distrito, al que ya habían mandado a llamar para contrastar e inventariar lo que el difunto dejaba.

A poco llegó el juez, trayendo testigos. La llave del arcón se halló, efectivamente, debajo de la almohada del muerto, cuya cabeza parecía retenerla todavía con su peso.

El arcón fue abierto por el juez, que hizo formar un inventario de lo que contenía, que todos los que estaban presentes firmaron como testigos.

Mentira, mentira lo de la quiebra del Banco, don Isidro. En el arca estaban los documentos que acreditaban que por el tiempo de su regreso de América había puesto cien mil duros en el Banco de Inglaterra y otros cien mil en el de Francia. Metidos en talegos, en buenas onzas de oro, tenía todos los réditos de este dinero, año por año; de manera que estaba el capital más que doblado. Además, tenía casi todo lo que como jubilado había cobrado del Tesoro, puesto que nada gastaba.

En lo demás, ni notas, ni cuentas, ni testamento se hallaron; de manera que, no teniendo hermanos ni más sobrina que Elenita, ésta ha sido declarada heredera universal, y ha sido puesta en posesión de ese enorme caudal. Si no se lo ha escrito a usted es porque desea sorprenderle, y para no quitarle esa satisfacción, no se dé usted por entendido de que lo sabe.

Lo que había oído dejó a Isidro parado. Había en su alma noble y digna un sentimiento indefinido que lo llevaba a repeler la idea de que él, pobre en la actualidad, con un porvenir

que todo lo más llegaría a ser desansado y honroso, pero nunca opulento, se uniese a una mujer poderosa.

-Vamos, ¿qué me dice usted de su buena suerte? -le preguntó doña Pepita.

-Yo hubiese deseado -contestó Isidro- que su tío hubiese dejado algo a su sobrina; pero que fuese menos, que fuese poco.

-¿Qué está usted diciendo? -exclamó la buena señora, incapaz de comprender las elevadas, razonables y delicadas ideas que habían inspirado a Isidro lo que acababa de decir.

Éste se sonrió, y repuso:

-Señora, digo que soy tan lugareño y tan vulgar que no me deslumbran ni deseo grandes riquezas, que suelen ser más provechosas a la vanidad que a la dicha.

-¡Jesús María! -exclamó doña Pepita-; desde las que oía a mi andaluz y al artista, no he oído proposiciones más descabelladas. ¡No querer mujer poderosa! Don Isidro, el romanticismo y sus extravagancias han pasado de moda; ahora lo está el dinero y el lujo, que llaman género positivo.

-Voy a ver a esas señoras -dijo Isidro levantándose.

Y añadió distraídamente:

-¿Viven aún en el cuarto piso?

-¿Qué está usted diciendo, señor? -repuso doña Pepita-. Viven en el principal, en el cuarto que ocupó don Jaime Aransegui; como que Elena compró la casa cuando se vendió.

-¿Que se vendió la casa? -preguntó asombrado Isidro.

-Sí, pues fue labrada y era propiedad de don Jaime, por lo que fue vendida poco después de su muerte, porque a pesar de la bambolla con que vivía, dejó las cosas tan enredadas, que su hija ha quedado por puertas.

-¡Pobre Blanquita!... -dijo compadecido Isidro-; con la educación que ha recibido, con las costumbres que la han hecho adquirir debe sufrir mucho con ser pobre; pero esto es transitorio, porque en casándose con Amaro...

-¿Casarse con don Amaro? -interrumpió doña Pepita-; ¡buena hora es! Este señor no piensa en cuanto a dinero como usted; no desea poco, sino mientras más, mejor; y como se casaba por conveniencia, como se dice hoy y según dijo el boquifresco pretendiente y las circunstancias han cambiado estaba libre de todo compromiso.

-¡Pobre Blanquita! -repitió compadecido Isidro.

-Sí y no -repuso doña Pepita-. Ella no ha sentido el proceder de su amigo de usted, pues por lo visto no le quería. Como Elena es tan buena, la ha recogido y la tiene a su lado; pero con el cargo de asistir y acompañar a su madre.

-¡Ya! -dijo Isidro; y ese ya que la buena doña Pepita no supo evaluar, hacía descender mucho de la altura en que doña Pepita la colocaba la bondad de Elena.

-Vaya usted con Dios -dijo ésta a su huésped, que tomaba su sombrero-. Allí encontrará usted a su amigo, que es el tu autem de Elenita. El la compró la casa, y ha colocado su dinero. Sus dos hermanas, de las cuales una es viuda, se han apoderado de ella, a quien acompañan y llevan a todas partes, en vista que su pobre madre no puede hacerlo.

Isidro estaba confuso, atolondrado. Las noticias que le había dado doña Pepita, ciertas en lo concerniente al fondo de las cosas, eran superficiales y daban sospechas sin seguridad, y ésta era la que deseaba Isidro cuanto antes tener, por lo cual se apresuró a bajar a la habitación de su prometida, a la que le precederemos.

En el testero de un suntuoso salón, sobre un rico sofá, estaban sentados Elena y Amaro. Aquélla vestía aún un luto lujoso, adornado y alegre.

Amaro la decía en aquel momento:

-Mi padre era el que estaba empeñado en que me casara con Blanca, la que nunca me agradó, así como yo no tuve la suerte de hacerme querer.

Desengañado al fin mi padre de que este matrimonio no me haría feliz, y teniendo por otro lado fundadas quejas de don Jaime, desistió de su empeño, dejándome libre de elegir compañera, según me inspirase mi corazón. Ahora bien, Elena, ya le he dicho a usted que desde que vi a usted... (pondremos aquí un etcétera para evitarnos repetir, y al lector leer, el empalago de las palabras de un amor salido del arcón de hierro del miserable avaro) me propuse -prosiguió Amaro-, como leal amigo de Isidro, no volver a ver a usted; pero puesto que él se ha portado tan inicualemente, faltando a su palabra y olvidando sus compromisos, puedo, sin faltar a la delicadeza, seguir los impulsos de mi corazón. Además, Elena, el mundo es mundo, y el, el mundo vivimos; bueno o malo, hijos somos de nuestro siglo; si la suerte destina a usted a ser uno de los astros que brillen en las altas regiones de la capital con la esplendidez que le proporcionan sus riquezas, sería un suicidio irse a un villorrio a ver firmar sentencias a su marido.

-¡Eso nunca! -dijo con decisión y desdén la flamante millonaria.

-Elena, a usted corresponde un partido adecuado, que aumente y no eclipse el brillo de su posición.

Al pie del salón estaba sentada doña Manuela en un sillón apartado de la luz del día, y a su lado estaba Blanca, cubierta de un sencillo y triste luto, leyendo en alto.

-Ya estarás cansada, hija mía -le decía con cariño y dulzura doña Manuela-; deja, pues, la lectura, te lo pido.

-Señora, permítame usted que prosiga -respondía Blanca-; ¡lo hago con tanto placer!, no sólo porque a usted se lo causo, sino por lo que a mí me interesa la lectura. Mi pobre padre (que Dios dé gloria) me quería tanto, que nunca me obligó a ocuparme de nada serio, y me crió como la mala hierba, sin cultivo. ¡Cuánto he aprendido desde que tengo la dicha de estar al lado de usted! ¡Cuánto, por sus lecciones, por su ejemplo y por las buenas lecturas espirituales, instructivas y amenas en que repartimos el tiempo!

-Las lecturas, hija mía -repuso doña Manuela- deben instruirnos, aclarar nuestro entendimiento, formar el buen sentido, refinar el gusto, ennoblecer los sentimientos, reprimiendo sus excesos para que no se desboquen en pasiones, y avivar los amortecidos para que no se emboten en la inercia, para lograr de esta suerte que la razón domine en la juventud...

-Y la bondad y la austeridad en la edad madura, como en usted, señora, se ve - interrumpió Blanca.

En este momento entró Isidro.

Amaro se levantó sorprendido al verlo; pero dominando cierto embarazo, causado, no por su conciencia, sino por consideraciones mundanas, fue a su encuentro y le dijo:

-Bien venido: ¿cómo no has avisado tu llegada?

-Nunca lo he hecho -contestó fríamente Isidro, que se acercó a saludar a doña Manuela.

Ésta le recibió con las más sinceras demostraciones de satisfacción y de cariño. Saludó igualmente a Blanca, preguntándole si había olvidado al amigo que Amaro había introducido en su casa.

-No, señor -contestó Blanca; y añadió, sonrojándose-: ni tampoco he olvidado la manera inconveniente y descortés con que lo recibí; era muy niña y muy necia entonces.

Isidro se acercó a saludar a Elena. Toda la dulzura, timidez y modestia con que la pobreza y su triste situación habían hecho tan simpática y atractiva la persona de Elena, habían desaparecido; había envanecido, lo que contribuía a dar a su talante erguido una altanería y entono que rechazaba a las gentes razonables y cultas, que no han llegado a hallar (a la moda del día) atractivos y gracias, en vicios, defectos y rarezas. Sus cejas negras, que eran muy pobladas, se unían en este momento, formando un entrecejo duro y desdeñoso. Todos los santos y poéticos atractivos de la virgen cristiana se habían desvanecido al soplo del orgullo y de la vanidad, del deseo de lucir y de dominar.

-Elena -le dijo Isidro con tristeza-, ignoraba vuestro cambio de situación; lo, celebro si os hace feliz; pero, por mi parte, mucho he sentido no subir a aquella modesta habitación, que encierra para mí tan gratos recuerdos.

-Pues mucho he celebrado yo dejarla -contestó Elena-, porque para mí no tiene más recuerdos que las muchas lágrimas que por distintas causas en ella he derramado; no siendo las menos amargas el olvido y abandono que sufrí cuando era pobre y que...

Elena iba a añadir: «y que si cesa no será debido al amor»; pero Isidro, que adivinó el final de la frase, la interrumpió, diciendo:

-No prosigáis, señora, ni penséis que sea necesario el insulto para alejarme; basta desearlo.

Lo que diciendo se alejó. La indignación hacía hervir su sangre; pero no por eso le abandonó esa calma y esa sangre fría que, cuando no es debida a una naturaleza insensible y floja, es la varonil fuerza de voluntad, patrimonio de naturalezas superiores, y la que se mira propiamente simbolizada en esos grupos de la estatuaria griega, en que se ve un hombre fuerte y hermoso que sujeta por el freno con vigorosa mano cuatro fogosos caballos que se encabritan y tascan el freno.

Isidro se acercó a doña Manuela para despedirse.

-¿Se va usted ya, don Isidro? -le dijo con profunda tristeza la buena madre, que presentía lo que acababa de suceder.

Isidro se disculpó con los quehaceres que le traían a la capital; pero prometió volver.

-¡Sí, sí, vuelva usted! -rogó la excelente señora, que tan capaz era de apreciar lo que valía Isidro-. De noche vienen sus amigas a llevarse a Elena al teatro o a sociedades numerosas, y (a no venir doña Pepita) estamos solos con esta pobre niña, que en vano me esfuerzo por consolar de la muerte de su padre; tráigale usted consuelos.

-¿Consuelos por la muerte de un padre? ¿Acaso los hay? -repuso Isidro-; pero admito con gratitud el permiso de acompañar a ustedes en sus horas de soledad, que lo son también para mí.

-¿Recuerda usted a mi padre? -preguntó Blanquita-. ¡Mi pobre padre, cuánto sufrió en su cuerpo y en su espíritu! ¡Y yo, niña egoísta y loca, no veía apenas sus padeceres ni sospechaba la causa! Cuando quería introducir alguna economía, que el estado de sus negocios hacía necesaria, ¡Dios mío!, yo me oponía con ese despotismo de niña mimada, que es la serpiente del labrador que le dio vida en su seno. Veía sufrir y desmejorarse al mejor de los padres, y en lugar de consolarle y de provocar una confianza que me hubiese hecho compadecerlo y cuidarlo, forzaba al padre amante, que no sabía resistirme, a llevarme a paseos y teatros, en los que tanto se aumentaban sus sufrimientos! ¡Oh, Dios, qué conducta! ¡Ella contribuyó ciertamente a acelerar su muerte! ¡Y su recuerdo graba en mi alma tal dolor y tan acerbos remordimientos, que han de amargar toda mi vida! ¡Los buenos hijos pueden hallar consuelo; los malos, no!

A Blanca cortaron sus sollozos la palabra.

-Hija mía -le dijo doña Manuela-, tu reciente dolor por la muerte de tu padre hace que exageres tus faltas, que no han sido hijas de tu corazón, sino de tu viciada educación; y la prueba es la esmerada y cariñosa asistencia que tuviste a tu buen padre cuando, al agravarse el mal, no te lo pudo ocultar. Pero, para ti, Blanca mía, ha sido la primera desgracia de tu vida (como dice un autor) el rayo que derribó a San Pablo.

Isidro miraba y oía con admiración a aquella joven, tan completamente transformada por la desgracia; aquel orgullo necio y frívolo que antes ostentara, anonadado por la pobreza; aquella fría indiferencia, ahogada por las lágrimas; aquel espíritu frívolo, sentado y madurado por la instrucción y buenas lecturas; aquel completo vacío del corazón y de la cabeza, ocupado por la reflexión y los sentimientos religiosos, que son las alas que alzan el sentir y la mente a aquellas altas regiones por las que el alma ansía. ¡Qué contraste formaba con Elena, esa mujer que abusaba del lujo como legítima pobre enriquecida; aquella mujer que aban aquella mujer que daba oídos al hombre rico y aquella mujer y elegante, pero villano, que abandonaba a su prometida al verla empobrecer, que buscaba un pretexto para deshacer su compromiso con un hombre que valía y la había amado pobre y desamparada!

- III -

En una tarde de Noviembre, fresca, precursora de los alegres días de frío y de los tristes temporales que gimen y lloran, se hallaba en un olivar poco distante de la estación que cerca del pueblo de Posadas tiene la vía férrea de Córdoba a Sevilla, una cuadrilla de cogedores de aceituna, las que, como es sabido, se componen de mujeres, niños y ancianos, conducidos por el manijero que dirige la cogida, y por el veedor, que es el que lleva la cuenta de las fanegas de aceituna recogidas.

Toda recolección es un trabajo bien retribuido, y en el que se reúnen multitud de trabajadores; y así, por penoso que sea, es un trabajo alegre para el pobre, el que, además siente instintivamente el amor y amparo del Todopoderoso en los dones que expende a sus criaturas. Sólo el dueño, si es avaro frunce el ceño cuando aún le parece corto el beneficio de Dios.

Habíanse sentado los cogedores a la orilla del camino para descansar, cuando vieron acercarse, viniendo de la estación, a una señora de edad, gruesa, que traía en la mano un saco de viaje, una caja de madera redonda y una cartonera colgada del brazo. Tenía puesto sobre un vestido color de castaña un abrigo ceniciento, guarnecido de verde, una cofia negra con lazos de cinta amarilla, y por cima un velo de tul, que a duras penas se retenía de las embestidas de un viento largo, que se empeñaba en llevárselo por trofeo.

-Esa hembra no es de por acá -dijo al verla uno de los cogedores, anciano derecho y acartonado.

-¿En qué lo conoce usted, tío Bumbum? -preguntó una de las muchachas, que admiraba el visual atavío de la forastera.

-En que aquí las ancianas no andan tan acicaladas ni llenas de colorines y moños como conejo de rifa.

-Cuando lo dice el tío Bumbum, que ha soldado y ha andado todas las partes del siglo y todos los que han sido puertos de mar, y se remontó hasta donde está el ruso y los osos blancos, verdad será -opinó un viejo pequeño y encogido, gran admirador del tío Bumbum, que llamaban, por ser muy moreno, el tío Caoba-; cuando él lo dice, verdad será -repitió por segunda vez.

Llegó en este instante la señora aludida muy sofocada, y dijo con afabilidad y acento madrileño:

-Buenas tardes tengan ustedes.

-Venga usted con Dios; ¿se encamina su mersé al pueblo? -respondieron los cogedores.

-Sí, y quisiera que algún chiquillo me llevara este saco; ¿me lo quieres llevar tú -prosiguió la forastera, dirigiéndose a un chiquillo que la miraba con la boca abierta-, y te daré seis cuartos?

-Sí -respondió el muchacho, que al oír la suma prometida, cerró la boca y abrió tamaños los ojos.

-Se dice sí, señora, rudo -dijo al muchacho una de las cogedoras.

-¿Y sabrás también -prosiguió la forastera- llevarme a la casa del juez?

-Pues no ha de saber -dijo una de las mujeres-; ¿quién no sabe en caa del juez, donde los pies se van solos, pues allí, si el marido es speculum justitiae, la mujer es consolatrix afflictorum?

-¿Conque tan buenos son? -preguntó con semblante muy complacido la forastera.

-Para celebrar al juez, nadie pone más que la boca -dijo el tío Bumbum.

-Un juez como han de ser los jueces, más cabal que las pesas -dijo un hombre.

-Más derecho que el dedo de San Juan -añadió otro, que prosiguió mirando a la caja y a la cartonera que la señora traía-; ¡a ese le pueden venir con regalitos! ¡Como que a uno que le fue con un empeño y le llevó seis gallíabas lo metió en la cárcel, en la que cada día le mandó una de las gallíabas muy retebién guisada, y hasta que se comió las seis no le dio carta de libertad!

-¡Pero y bueno! De eso no se ha visto; y si no, lo que acaeció a la tía Pae Santa.

-¿Pae Santa ha dicho, usted? -preguntó la forastera, poco acostumbrada a oír los apodos con que se nombran y conocen los campesinos en Andalucía.

-Sí, señora, asina la dicen, porque a su padre, que era un hombre retebuenísimo y muy arrimado a la Iglesia, le pusieron el Pae Santo, y ella ha heredado el nombre, que le viene de molde, pues es tan buena como su padre. La pobrecita, en las noches de verano, se pone a rezar el rosario a la puerta de su casa, y como todas estamos también sentadas al fresco a las puertas, lo rezamos con ella. Después del rosario, reza a todos los santos de la corte celestial, y cuando ya no le queda en la memoria ninguno, le reza al monte Tabor.

-¿Sabes -dijo otra mujer- que la pobrecita está muy malita?

-¿Qué me dices? Mucho lo siento, aunque a esa, antes de morir, se la llevan los ángeles al cielo.

-Y ¿qué es lo que acaeció a esa buena mujer? -preguntó la forastera, para la que todo lo que se rozaba con el juez tenía gran interés.

-Murió un hombre rico -refirió la interpelada-, y dejó una limosna de doce onzas para los doce pobres más necesitados del pueblo. Entre éstos señaló el cura, que era el encargado de nombrarlos, a la tía Pae Santa, que tiene tres vejeces: una de penas, otra de trabajos y otra de años, sin más que un día sobre otro. Pero el albacea, que está muy retebién acomodado, pero que es más duro que los guijarros de Villamalsilla, y más agarrado que las piñas del Segura, no había forma que le entregase la manda, y no le daba más que entretenederas. Venga usted mañana, vuelva usted pasado... Tía Pae Santa, le decíamos todos, si no echa usted por otro camino cobrará usted cuando lluevan pasas; no tiene usted más remedio que acudir al juez. Y tanto le dijimos, que la pobre, aunque es más encogida y metía en su concha que un galápago, porque la miseria amilana mucho, se presentó a su señoría y le dio su queja. El Juez le dijo con muchísima de la crianza que se sentase, y mandó llamar al tal. Cuando llegó le preguntó, con esa cara tan hermosa y respetuosa que tiene, si era verdad lo que aquella desdicháa le había dicho. ¡Ya se ve!, no lo pudo negar; pero como no tiene ni chispita de carmín en la cara, le respondió con la frescura del mundo que el difunto no había señalado plazo para la entrega de las mandas. La pobre tía Pae Santa, que ve muy cercano el día de su muerte, se echó a llorar por su cara abajo. Entonces el juez se levantó, sacó una onza, que le dio a aquella infeliz, y encarándose con el alma de corcho del albacea, le dijo: «De aquí en adelante me debe usted esa onza a mí»; y le volvió la espalda. Digo a usted, señora, que es el juez un San Lomón, con una cabeza atestada de laitines y unas entrañas llenas de piedad.

-Verdad es -opinó una mujer-; pero si él es piadoso, su mujer es misericordiosa. Señora -añadió dirigiéndose a la forastera-, ¿trae su merced por acá algún asunto con la justicia?

-Calla, Josefa -le dijo el tío Bumbum-, que el preguntar lo que no se nos dice es descortesía; la curiosidad tenedla para lavar la ropa, hija mía.

-Pero escanse su mersé, que viene muy acansinada -dijo una de las mujeres-; siéntese en el chueco de este olivo, que se ha de hallar más a gusto que en los butacos que han traído a la estación.

La forastera se sentó para descansar un rato, y preguntó:

-Señores, ¿me querrán ustedes decir por qué nombran a ese su compañero el tío Bumbum, que ese apodo me ha llamado la atención?

-Yo se lo diré a su mersé -repuso una vieja-. Años atrás, cuando volvió de la guerra del francés, trajo un cante que no se le caía de la boca, y este tenía por remate el bum bum de los cañones. Tío Bumbum, bien podía usted cantárselo a la señora, ande usted.

El interpelado no se hizo de rogar, y cantó en una bonita tonada con voz fuerte, aunque cascada, esta antigua canción del tiempo de la guerra de la Independencia:

Napoleón tuvo un hijo,  
y lo quiso coronar;  
por corona le pusieron  
una piedra de amolar.  
Qué gran bobazo, bum, bum,  
que quiso a España,  
y se llevó chasco; bum, bum.

-Bum, bum -gritaron los muchachos, imitando tiros.

-Otra, otra, que una no es ninguna -pidió riendo el auditorio.

-Pues vaya otra -respondió el anciano cantador:

Entró con alevosía,  
y nos quiso avasallar;  
pero se salió de prisa,  
volviendo la cara atrás.  
Qué gran bobazo, bum, bum,  
que quiso a España,  
y se llevó chasco, bum, bum.

La forastera, que estaba muy divertida, dijo entonces al veterano:

-¿Sabe usted como tienen ahora en Francia otro Napoleón?

El veterano contestó:

-¿Y a mí qué me se da? A ver como no tienen veinte.

-Y si éste viniese a España, ¿iría usted a combatirlo? -preguntó la señora.

-Yo ya no puedo náa, sino atizar -respondió el veterano-; pero ahí están mis hijos y mis nietos, que darían su sangre por Isabel II, la más noble y generosa de las reinas.

-Suénase que este Napoleón también va a hacer guerra por allá por el Norte -dijo la forastera.

-Pues dígoles a usted -dijo una pobre mujer, que había perdido un hijo en Navarra y otro en África- que las tales guerras son una barbaridad, si las hay. Bien se dice que al ver el Señor el amargo dolor de Adán cuando Caín mató a Abel, se compadeció y le dijo: «Adán, no te desconsueles, que de ti nacerán muchos pueblos que poblarán el mundo entero; vuelve el rostro, que haré que puedas ver la órbita del mundo entero, y que tu vista traspase el velo que cubre lo venidero.» Adán se levantó, y largo rato estuvo mirando el cuadro que a su vista se presentó. Poblado estaba el mundo; numerosos pueblos lo cubrían por doquier; pero a todos los miró en guerra unos con otros; por todas partes muertos y sangre. Entonces, tapándose el rostro con ambas manos, le dijo sollozando al Creador: «SEÑOR, SEÑOR, DEJADME LLORAR A ABEL».

-¿Con lo que quiere usted poner el caso -dijo el veterano- que toditos los que van a la guerra son unos Caínes?

-Los que las disponen, cabales.

-Pues que callen las señás mujeres, por las que entró el pecado en el mundo, y con él todo lo malo -dijo sentenciosamente el tío Bumbum.

-¿Me podrán ustedes decir -preguntó la forastera- si se ve desde aquí el pueblo de Cantillana, que está en la línea del ferrocarril de Córdoba a Sevilla?

-No, señora -contestó el tío Bumbum-; está a catorce leguas de aquí, y no se ve sino cuando pasa a su vera el ferrocarril, porque está metido entre arbolado, como un rebaño entre matorrales.

-Pues tengo la curiosidad de verlo -dijo la forastera-, porque leí hace pocos años en un periódico una novela muy bonita, aunque a vueltas de hacer encarnizado escarnio de Andalucía, y que dedicaba, por escarnio también, el autor (que se firmaba autora, pero que a nadie engañó, y el que lo quiso saber supo quién lo había escrito) a un escritor andaluz, que como lo hacen cuantos la han visto, celebraba esta hermosa provincia de España, que tanto han llorado y lloran los moros. En dicha composición, a la que el autor no da nombre, venía a contar el origen de la conocida frase de el obispo está en Brenes y el diablo anda en Cantillana, y quisiera ver la casa que labró el indiano, y...

-Señora, ¿qué está usted diciendo? ¿Y qué tiene que ver indiano alguno con el dicho del diablo en Cantillana? -le dijo el tío Bumbum.

-¿Pues no ha de tener? Lo he visto impreso en letra de molde.

-¿Y eso qué prueba? -repuso el tío Bumbum-; ¿no ha oído su merced el refrán de miente más que la Gaceta? Pues eso imprentado está. Señora, el dicho ese aquí tuvo principio, y aquí sabemos de unos en otros el cuándo y el cómo fue, que por entonces no había Indias ni indianos por el mundo.

-¿Y me lo querrá usted referir? -replicó la forastera.

-¿Por qué no? -contestó el veterano, que no deseaba otra cosa que contar, y empezó de esta suerte su relato:

«Salió en una ocasión el rey don Pedro, al que los grandes pusieron el Cruel y los pobres el Justiciero, a cacería, y tiró río arriba hacia Cantillana. Habíase separado de su séquito, y apresándole iba la sed, se entró en una viña en que vio trabajar a un hombre. Pidióle de beber, y el hombre, aunque sin conocerlo, fue a su sombrero y le trajo una talla de agua. Mientras bebía observó el rey que aquel hombre estaba muy triste y caído de ánimo, por lo que le preguntó qué era lo que le aquejaba. El infeliz le respondió que tenía una pena de las más grandes; pero que como nadie la podía remediar, no tenía por qué decirla.

»-¿Quién sabe? -le dijo el rey-; cuente usted, que penas participadas, si no se curan se alivian.

»Y por aquello de que corazón que se halla herido a pregonero se mete, el desdichado refirió al rey que era el mesonero de Cantillana, y que el escribano del pueblo había engañado a su hija con palabra de matrimonio, palabra que no quería cumplirle, alegando que no podían casarse porque eran primos, y que esto no era más que una mala disculpa, puesto que podía pedir la dispensa al obispo, que cabalmente se hallaba haciendo la visita en el cercano pueblo de Brenes.

»-¿Y cómo no se ha quejado usted al alcalde? -le preguntó el rey.

»-Pues ya se ve que me he quejado al alcalde -contestó el pobre padre-; pero el alcalde y el escribano son compadres y están compaginados en todas las cosas, por lo cual el alcalde no ha hecho maldito el caso de mis quejas.

»El rey se despidió y se fue de un tirón y sin perder la derechura a Cantillana.

»Entró en el mesón; habló con la mesonera y su hija, y, habiéndose convencido de la verdad de lo que el hombre de la viña le había relatado, le dijo a la mujer que fuese a decir al alcalde que había en su mesón un hombre que tenía precisión de hablarle.

»El alcalde, más tieso que un don Pedro de palo, y con la cabeza más erguida que un gallo castellano, se presentó en el mesón, con su vara empuñada y su sombrero encasquetado.

»-¿Me conoce usted? -le dijo don Pedro.

»-Yo, no -respondió muy en sí el alcalde.

»-Pues sepa usted, mal alcalde, que soy el rey -dijo don Pedro.

»La vara se escurrió de las manos del alcalde, que se encogió como una pasa y echó a temblar como un azogado.

»-Escuchad bien lo que os voy a decir -prosiguió el rey-. Que se levante ahora mismo la horca en la plaza, y que mañana a estas horas esté casado su compadre el escribano o colgado en ella, y cuidado como a nadie decís que he estado aquí.

»El rey salió, dejando al alcalde más muerto que vivo.

»Apenas se recobró, cuando echando una carrera en pelo, no paró hasta llegar a la casa del escribano, en la que entró gritando:

»-Compadre, cásele usted y sobre la marcha.

»-¿Está usted ido de sentido? -contestó asombrado el escribano.

»-Compadre, en su interés y en el mío se lo pido: ¡cásele usted!

»-Que no.

»-Pues le digo a usted que no tiene más remedio que cumplir en seguida la palabra que ha dado, y casarse. ¡Al avío! ¡Al avío!

»Y el alcalde, azorado, le empujaba hacia la puerta.

»-Compadre -dijo amostazado el escribano- ¿qué mosca le ha picado a usted? ¿No sabe usted acaso que eso no puede ser, porque somos primos la hija del mesonero y yo?

»Entonces el alcalde, cada vez más azorado, le dijo:

»-Compadre, cásele usted, que el obispo está en Brenes y... y... el diablo en Cantillana.

»Al oír esto último, el escribano comprendió lo que quería decir el alcalde, y se casó.»

-Agradezco a usted la referencia que me ha hecho -dijo la forastera al veterano-. La novela del periódico podrá parecer al que la escribió y a otros muchos más bonita; pero del modo que usted me la ha contado tiene más visos de verdad, y esto es lo que en estas cosas vale. Ahora cuando se ha de hacer una cosa de prisa, quitando estorbos que sirven de disculpa, recordaré a don Pedro que sabía disponerlo. Pero, señores, mucho me he detenido; las tardes son las más cortas del año, y me va a nocheceer en el camino.

-Mucho más cortas son allá por el Norte -dijo el veterano-, pues a las cuatro ya es de noche.

-Las cosas que dice el tío Bumbum, tan gordas son que no se pueden tragar -opinó a media voz un zagalón escéptico.

-Calla, hormigón -le dijo severamente el veterano, que lo oyó-, que cada vez que abres esa boca, que parece un obús, es para darte a ti propio la patente de sandio. Tú no has visto el mundo más que por un agujero; así lo que tienes que hacer es oír, ver y callar, ¿estás? Cuando a ti te bautizaron hacía mucho viento y se llevó la sal.

-Muchacho, ven acá -dijo la forastera-. Cuélgate el saco del brazo, para que le puedas llevar con cuidado y sin que se traquetee esta caja en la mano. Yo llevaré la cartonera. Señores, quedaos con Dios. ¿Lloverá?

-¡Qué, señora! ¡No ve su merced que no se vislumbra una nube y que nos cobija el cielo viejo!. Vaya su merced con Dios.

Ya había anochecido cuando la señora llegó a la casa donde la condujo su guía; pagó a éste lo prometido, le tomó la caja y el saco, y llamó a la puerta.

Salió a abrirle una moza aseada y dispuesta, que quiso anunciar a sus amos la llegada de una visita; pero la forastera se lo impidió, rogándola únicamente que la indicase dónde los hallaría. La criada introdujo a la señora en una sala del piso bajo, el solo que tenía la casa, siendo el alto pajar y granero, en que dejó su estorboso equipaje, y en seguida se acercó a una puerta de cristales que estaba cerrada, pero por la que, al través de sus visos de muselina, se esparcía la viva luz de un reverbero colocado sobre una mesa de nagüillas o estufa, en una habitación más reducida que la primera.

La señora desvió un poco el viso, y una sonrisa de satisfacción se extendió sobre su bondadoso rostro al contemplar el hermoso cuadro que se la presentaba.

Sobre: un sofá, frente a la puerta, estaba un hombre, joven aún, a cuyo rostro daban una prematura, pero suave gravedad, y la perfecta calma de una buena conciencia, unida a la falta de ambición (la más roedora de las pasiones) toda la hermosura de un templado y sereno día de primavera, cuyo cielo alto y puro, está sin nubes ni celajes.

Tenía este joven sobre sus rodillas a un niño de menos de cuatro años, que levantaba hacia el rostro de su padre su linda cabecita, y parecía hacerle esas preguntas, hijas de las primeras percepciones de la inteligencia, que, a menudo desatienden aquéllos a quienes son dirigidas, en lugar de alentarlas y satisfacerlas.

Al lado del sofá, sentada en un cómodo y sencillo sillón de paja, estaba una mujer que parecía casi niña, gracias a la frescura de su alba y rosada tez, a la finura de sus facciones y a la alegría y bondad de sus ojos azules como los de la inocencia. Había sentado sobre el borde de la mesa a una niña de un año, parecida a ella, cuyos rubios ricitos, que no todos podía retener una primorosa gorrita, adornaban su nuca y sus sienes; difícil era prefijar, al ver estos dos seres encantadores, tan amorosa y exclusivamente ocupados uno de otro, aquél que con más ternura y apego amaba al otro.

-¿Cuánto me quieres, Manolita? -preguntaba la madre.

La niña, con un movimiento impetuoso, echaba sus bracitos al cuello de su madre y la cubría de apasionados besos.

La puerta de cristales se abrió, y a los atónitos ojos del matrimonio se presentó la forastera.

-¡Doña Pepita! -exclamaron ambos consortes simultáneamente.

La misma -contestó ésta, corriendo hacia la joven y abrazándola, impidiéndole de esta suerte el ponerse de pie-; quieta, quieta, que no quisiera descomponer el precioso cuadro que desde la sala contigua he estado admirando. ¡Qué hermosa y qué gruesa está usted, Blanquita! ¡Qué hermosos los niños! ¡Dios los bendiga!

-¿Pero qué es esto? -dijo Isidro, abrazando a su antigua y buena patrona-; ¿cómo está usted por estas tierras y nos proporciona la grande satisfacción de verla en nuestro modesto hogar?

-En el que no faltará a usted rica cecina, perdices, pollos, gallinas, conservas y ricas aceitunas aliñadas por mí...

-Lo que no faltará a usted -dijo interrumpiendo a su mujer Isidro- es cariñosa y buena acogida; en cuanto a lo que dice Blanca, es amor propio de hacendosa y entendida ama de casa; tiene aquí unas amigas y maestras que han hecho de ella un portento.

-Lo cierto es -repuso Blanca riendo- que satisfago a mis comensales.

-Bien se conoce que no tiene usted casa de huéspedes -dijo suspirando retrospectivamente doña Pepita.

-¿Pero cómo usted por este rincón? -repitió Isidro.

-La llegada de un hermano mío a Cádiz, donde ha caído enfermo, y desde donde me llama, me obligan a ir a aquel puerto; ahora bien: ¿cómo había yo de pasar por delante del pueblo en que ustedes viven, sin detenerme una hora para verlos y conocer a estos ángeles?

-Saluda a esta señora, que es una antigua amiga nuestra -dijo Isidro al niño, el que, obediente, aunque con pocas ganas, se acercó a la huéspeda.

-Ya nos haremos amigos -dijo besando la rosada mejilla del niño doña Pepita, la que, levantándose en seguida, corrió a la sala inmediata, de la que volvió con la gran caja redonda y la cartonera; abrióla, y apareció con ojos amenazadores una serpiente enrollada, a la que los niños miraron a distancia y recelosos; pero al ver a doña Pepita destrozarla, y a sus padres, después de dar gracias a la dadora, celebrar y comer aquel monstruo, se disipó su espanto, que al gustar aquel manjar se convirtió en agrado. El niño, familiarizado ya con

la huésped, gracias a los buenos oficios del azúcar y de la almendra, le preguntó si todas las culebras y demás sabandijas de Toledo sabían como aquella.

-Hijo mío -le respondió Isidro-, algún día sabrás cuántas cosas hay a las que la malignidad y hostilidad del mundo da la apariencia de culebras, y que son suaves e inofensivas como este mazapán.

La huésped abrió la cartonera, y de ella sacó un sombrerito de niño, adornado con un lindo pajarito con su pico, sus ojitos y su vistosa cola, y enseñándoselo al niño, le dijo:

-Para ti, hijo mío.

Este lanzó un grito de alegría y quiso echar mano al pajarito; pero su madre se lo impidió. El niño, desesperado por esa defensa arbitraria de su madre, que hollaba su derecho de propiedad, que él sostenía gritando: «¡Es mío! ¡Es mío!», se puso tan pesado e insistente, que su madre, incomodada, le dio un cogotazo; entonces los gritos, quejas y lloros del niño sonaron a toda orquesta. Doña Pepita, torpe consoladora de niños (como lo son muchas personas que, por extirpar en ellos lágrimas saludables, les infunden ideas nocivas), tomó al niño sobre sus rodillas, diciéndole:

-¡Pobrecito mío! ¡Si tú tenías razón! Lo que ha hecho Blanquita contigo es una crueldad; vamos, esa manilarga no es tu madre.

-¿Que no es mi madre? -preguntó el niño.

-No lo puede ser.

-¿Que no es mi madre? -repitió el niño.

-No.

-Pues si no es mi madre -dijo el niño-, le digo buta (bruta).

Doña Pepita y la misma Blanca se echaron a reír a carcajadas; pero su padre, reprimiendo su hilaridad, dijo al niño:

-Vaya usted inmediatamente a la cama, desobediente, rabioso y mal hablado, y pida a Dios perdón por su mal comportamiento.

Doña Pepita, al ver la cara contrita y afligida del niño, quiso intervenir; pero, como es de suponer, fue inútilmente.

El niño, con el corazón encogido, le dio las buenas noches, besó la mano a su padre y a su madre, pidiendo su bendición, como de costumbre tenía, y se encaminó a la puerta. Llegado que hubo al umbral, recordando la tan repetida palabra de las sesiones de Cortes que leía su padre a su madre, volvió la cara, y dirigiéndose a su padre, dijo en tono resignado: «Al orden, al orden»; atravesó después la sala; llamando con voz plañidera:

-Chacha, chacha, acuesta a este niño, que ha sido malo.

-¡Angelito, qué rigor! -dijo entonces doña Pepita.

-Lo necesita -repuso Isidro; tiene mucho genio, y es necesario doblegarlo desde temprano.

-Hablando de su entereza -añadió Blanca-, dice la cocinera, madre de nuestra criada, con las graciosas ponderaciones andaluzas, que es capaz el niño de darle tres patadas al sol y quedarse preparado para darle otra a la luna. ¡Pero si viera usted, doña Pepita, lo gracioso que es! ¡Las ocurrencias que tiene y las preguntas que hace! ¡Cómo nos entretiene y encanta las prima-noches! ¿Qué teatros ni qué bailes podrían proporcionarnos más grato solaz?

-Blanca -opinó Isidro-, esto no lo comprenden los que no tienen hijos.

-Pues yo sí lo comprendo -repuso doña Pepita-, y la felicidad de tener una criatura tan hermosa como Manolita, que se ha dormido en las faldas de su madre como un pajarito en su nido, y más si recuerdo la vida tan aislada de corazón de Elenita... ¡Pero quién hubiese jamás creído que don Amaro, que tan apasionado estaba o aparentaba estar de usted, Blanquita, se hubiese enamorado de Elena! ¡Qué cambio tan repentino!

-En el que él ha ganado -repuso Blanca, que añadió sonriendo a su marido- y yo no he perdido.

-Dice usted bien que no ha perdido -repuso doña Pepita-; pero no acierta si piensa que él ha ganado. ¡Si supiese usted qué mudada está Elena! ¡Cada vez que recuerdo lo modesta y fina que era cuando habitaba su buhardilla, no hablándome jamás sino para dirigirme frases laudatorias y afables, y ahora tan altiva, tan burlona!... Cuando yo bajaba para acompañar un rato a la pobre doña Manuela, que está siempre tan sola, me veía precisada a vestirme como si fuese a Palacio, y me ponía aquel vestido de seda tan bueno de color de castaña; si llegaba alguna vez a encontrarla en su casa, como yo digo que se ha vuelto tan despreciativa y burlona, la emprendía con mi vestido, al que llamaba por viejo y por su color el general Castaños. Un día me incomodé y la afeé ese tono burlón y desdeñoso, que por cierto no gastaba antes; me contestó que ese era el tono de la sociedad fina, moderna y aristocrática que trataba, y que se conformaba a seguirlo por no parecer zalamera ni anticuada.

-Y decía bien -observó Isidro-, pues ya no existía en su corazón la benevolencia y la modestia, aun la urbanidad que inspiran las demostraciones finas y bondadosas, que ella graduaba de zalameras y anticuadas.

-¿Pero es feliz? -preguntó Blanca.

-Está contenta, pero no es feliz; está contenta, porque sobrepuja a sus amigas en lujo; está contenta, porque se divierte, gasta y triunfa y hace lo que quiere.

-¿Pero y su marido? -preguntó Isidro.

-Está casi siempre en Francia o en sitios de baños, en que juega y pierde de una manera escandalosa. Cuando regresa es para echar en cara a su mujer sus locos gastos, sus fabulosas cuentas de las modistas de París; ella a su vez le reconviene por su vida ociosa y disipada; hay amenazas de divorcio y de separación de bienes. Esta amenaza, por parte de Elena, aterra a Amaro, que se mete en el primer asiento que halla en el camino de hierro, y se vuelve a París a... a lo que generalmente se va a la capital más civilizada del mundo. Ella da gracias a Dios cuando él se ausenta, y sigue su mismo método de vida; ¡pero si viese usted qué mudada está! ¡Qué delgada! ¡Qué amarilla! ¡Qué ajada! Ya se ve, esa vida tan agitada, tan desarreglada, esas trasnochadas...

-¡Qué cosa tan justa y tan profunda ha dicho el Gran obispo, como es denominado el que lo es de Orleans -opinó Isidro-, al aseverar que tendría buena opinión de un pueblo cuyos habitantes se acostasen y levantasen temprano!

-Verdad es -añadió con su buen sentido, llano y certero, doña Pepita-; a no ser velar a un enfermo, ¿qué cosa buena se hace de noche? Ninguna. La pobre doña Manuela, en su soledad y aislamiento, pasa la más triste vejez; teme que su hija enferme, en lo que lleva razón.

-¿Pues acaso padece Elena? -preguntó Blanca.

-Recién casada, y a causa de una imprudencia, tuvo un mal parto, en el que no se cuidó, y no ha quedado buena. Además, su madre prevé que si siguen de esta suerte los despilfarros de la mujer y el derrochar del marido, se van a arruinar inevitablemente.

-¡Pobre Elena! -dijo Blanca con tristeza-; cuando uno es feliz, quisiera que lo fuesen igualmente todos.

-¡Qué cosas se ven en el mundo! -prosiguió doña Pepita-. Elena, con su grande y tan codiciado caudal, fastidiada, achacosa en sus suntuosos salones, apartada de un marido que sólo pensó al pretenderla en sus millones; y usted, Blanquita, tan acostumbrada a grandezas, tan feliz, tan afanada, tan hermosa, tan unida a su marido, tan contenta en un insignificante pueblecito, en el que tanto bien hacéis y tan buenos consejos dais, por lo que todos (lo he oído) tan de corazón os aman, respetan y bendicen.

-Esto -dijo con voz sentida y grave Isidro- prueba una grande y patente verdad.

-¿Cuál? -preguntaron ambas señoras.

-La de que suele ser la riqueza una corruptora y la pobreza una buena maestra -contestó Isidro.

## La maldición paterna

Vamos a, referir un hecho cierto, sin nombrar el lugar en que sucedió ni las personas a quienes acaeció, trasladando el hecho a otro punto y dando otros nombres a las personas que en él actúan.

Lo que nos mueve a darle publicidad es el considerar el poco o ningún aprecio que se hace, y la solemnidad que ha perdido hoy día, tanto la bendición como la maldición paternas. Verdad es que no puede esto extrañarse, en vista de la influencia que necesariamente deben ejercer en el espíritu de un siglo en el que la indiferencia religiosa de los gobiernos y asambleas gubernativas (que son los tutores de los pueblos) han permitido a los hombres de talento predicar la abolición de la familia, negar la divinidad del Redentor y ensañarse descaradamente contra su Iglesia, de la que dice el sabio Augusto Nicolás «que es Dios reconocido y servido por la humanidad, siendo la revolución la humanidad emancipada de Dios, revolucionada contra Dios, atacando a Dios».

Y, no obstante, se ven y se tocan los efectos de la maldición paterna, y más generalmente en el pueblo; lo uno porque siendo éste más enérgico y menos contenido que las clases cultas, la lanza siempre que la cree merecida; lo otro porque el pueblo es franco, y cuenta y deja contar lo que le acontece, y con más razón si en los sucesos reconoce la inmediata intervención divina, para que sirvan de lección o de escarmiento.

La hermosa y robusta fe del pueblo español -y quien dice fe dice religiosidad, porque sin fe no puede haber ninguna clase de religiosidad ni tampoco sentido común- respeta y tiene en tanto el poder de una maldición o anatema dimanada de la autoridad espiritual, que unida a su sentido poético, lo extiende hasta sobre lo inanimado. De esto hemos traído una prueba en el prefacio de la colección de cuentos y poesías populares, en el siguiente relato:

«En la iglesia de un pueblo fue robado un vaso sagrado; fulminado el terrible anatema de la Iglesia contra el sacrílego criminal y sobre el encubridor que retuviese en su poder el santo objeto substraído, el anatemizado reo, en su angustia, escondió el hurto en el hueco de un olivo. Tan luego éste perdió su savia, su lozanía y se secó, y cortado que fue, se halló en su concavidad el vaso robado. « Demos por sentado, añadíamos en dicho prefacio, que el olivo se secó por la casualidad; no motejemos por eso, sino envidiemos al pueblo que cree sin cortapisas esa fuerza e inocencia de su fe voluntaria y no exigida, que cree al olivo encubridor secado por el terrible anatema de la Iglesia, y no ridiculicemos con acre e impío sarcasmo esta superabundancia de fe. Si se arroga el escéptico e impío espíritu del siglo presente el derecho de condenar las sencillas, candorosas y fervientes creencias de pasadas épocas, se hará el Herodes de los inocentes.

En la provincia de Córdoba, a seis leguas de la capital, a orillas del río Guadajoso, se halla el pueblo de Castro. Por privilegio concedido por el rey Alfonso XI, en Écija, año 1351, mandó el soberano que tomase nombre Castro EL LEAL, por los que fueron en dicho lugar de Castro, guardaron muy bien la verdadera lealtad e servicio de los reyes ende yo vengo e el mio Señorío. -Ignoramos si algún día usó el honroso privilegio concedido a su nombre, añadiéndole por epíteto el de la más noble de las virtudes, pues es la lealtad estrella fija y brillante en el cielo de las virtudes; pero en cuanto a hoy, se denomina con el distintivo material e insignificante de Castro del Río.

En 1565 compró D. Alonso Fernández de Córdoba, primer marqués de Zelada, al rey don Felipe II el pueblo de Castro en ciento y tantos millones de maravedises. Estaba este magnate casado con doña Catalina Fernández de Córdoba, tercera marquesa de Priego y décimonovena señora de Aguilar.

Los habitantes de Castro, que querían permanecer realengos, llevaron muy a mal esta venta. Desde últimos del siglo XVII se halla unido el marquesado de Priego a la casa de Medinaceli, en cuya época sostuvo el pueblo grandes pleitos con el duque de este título, solicitando la reversión a la Corona.

Hasta aquí la historia, que no es de nuestra incumbencia, pero cuyos hechos hemos presentado para que se pueda comprender el origen de las tradiciones y cosas que vamos a referir, pues lo antedicho explicará una frase muy conocida y usada por los vecinos de los pueblos colindantes de Castro, que para mortificarlos les dirigen en tono de broma preguntándoles, y es ésta: «¿Usted será de los que dicen: viva el duque, mi señor?» Esto lo miran los interpelados como un insulto, y el castreño que la pronunciase afirmativamente, esto es, que reconociese al duque por su señor, no sólo lo mirarían sus convecinos como deshonorado, sino que sería cruelmente castigado por ellos.

Tal sucedió a un pobre despreocupado, que por una libra de tocino que le prometieron prorrumpió en vivas al duque, su señor. Sabido esto por sus paisanos, le dieron un manteo de tal calidad, que salió de él con un ojo y algunos dientes menos. Campesinos de los cortijos inmediatos al término de Castro han intentado obligar a los zagalillos de ganado a pronunciar la anatematizada frase, y no han podido conseguirlo ni aun colgando con brutal crueldad a los pobres niños por los pies a un árbol, y encendiendo debajo una hoguera de hojarasca, cuyo humo los habría sofocado a no haber hecho cesar a tiempo la bárbara prueba sin haber logrado su intento.

Esta tenacidad secular en no querer reconocer otro señor que el rey ha dado lugar a lances serios, y lo ha dado también a chistes y burlas, como no podía menos de suceder en Andalucía, y no es menos gracioso el asegurar los burlones que cuando los castreños rezan las letanías, en llegando el que, lleva el rezo a la advocación de la Virgen, Janua Coeli, entendiendo los demás que dice Medinaceli en lugar de ora pro nobis, responden en voz grave: pase pase.

En el patio de una de las casas más humildes de Castro del Río se hallaban las dos vecinas que en ella vivían, ocupadas la una en planchar la ropa de su marido, la otra en remendar la de sus hijos.

-¿No te se han enfriado todavía las planchas desde anteayer que te sirvieron -dijo esta última a la primera-, y estás otra vez de plancha?

-Sí, hija -contestó la interrogada-, que Dios nos manda la pobreza, pero no la porquería; ayer volví a lavar, que mañana va mi Juan a Córdoba en caa de sus amas, y no quiero que le abochorne algún zumbón, preguntándole si su mujer no sabe lavar; además le precisa hablar con la señora, que me ha encargado moza de mi satisfacción, y la diga que se la he hallado que ni pintada.

-¿Sí? ¿Y quién es?

-Es Rafaela, la sobrina del tío Prisco, que desde que nació ha sido la prosulta de la desdicha. Al nacer ella se murió su madre y fue criada a traguitos. Pero después murió su padre, que era un infeliz, un pan perdido, de resultas del manteo que le dieron cuando se supo que el muy sinvergonzón, por una libra de tocino que le aprometieron, dijo: «¡Viva el duque, mi señor!»

-Y merecido que lo tuvo -observó su interlocutora con indignación.

-No digo que no -prosiguió la otra-; pero el desdichado estaba muerto de hambre, y el hambre tiene mala cara, y asina me pienso que en aquel trance diría para su chaleco: «La vergüenza pasa y el tocino queda en casa», que asina piensan más de cuatro encumbrados.

-Pues le acaeció al revés, que el tocino se lo comió, y la vergüenza, en cuanto le quedó de vida, no se la pudo quitar.

-Pero cuando murió el padre, ¿no recogió el tío Prisco a los dos hijos que dejó, que lo eran de su hermana?

-Sí, los recogió el tío Prisco, que está rodeadito y no necesita trabajar, pero que es el más díscolo y desamoretado del pueblo, con un genio de Barrabás, que por todo se encabrita como potro cerril y parte como banderilla de fuego. Les ha dado a los sobrinos más hiel que pan; y ahora, para que nada le falte a la pobre Rafaela, le ha caído soldado su hermano, que es una prenda.

-Verdad es; esas voces tiene -dijo la vecina-. Cuando muchacho, le tomó el señor cura de monaguillo, y como le vio a la par tan humildito y picudillo, y se enteró que sabía las letras, aunque no las juntaba, le enseñó la leyenda y la pluma, y salió muy aventajado, por lo que dijo su mercé, cuando supo que le había tocado la suerte, que poco había de tardar en salir a sargento y en hacerse sujeto.

-Lo que no quita que el tío esté hecho un veneno, porque le va a faltar el jornal que entraba en su casa, pues el sobrino es un trabajador de los de punta; y con eso tenía a los sobrinos siempre con sed de dientes, sin hacerse cargo de que la mano es menester de que coma. La pobre Rafaela, que es un jardín de virtudes, con tantas tribulaciones se ha puesto tan delgada, que parece está estudiando para tabique. Yo la he dicho que para huir del

bracono de su tío se meta a servir, que yo la llevaré en casa de mis amas a Córdoba, que son unas usías legítimas de antaño, y no de esas medias tintas del día, que gastan mucho papel y poco tabaco. Aquella casa es una casa de bendición, en que, como en la de San Basilio, todos son santos, hasta el aguador, y en la que es tal la caridad, que resucita a los muertos.

-¿Y qué dice ella?

-Ella desea ir; pero su primo Matías, que la quiere, no lo consiente; por más que hace ella por convencerlo, él se retranca y se está en sus trece.

-¡Qué! ¿La habla Matías? -exclamó la interlocutora.

-Ellos lo niegan por miedo del padre, que si lo supiese se pondría hecho un toro de fuego; pero no me se ha escapado a mí.

-Vaya, mujer, que tienes punzones en los ojos que todo lo penetran; bien dice el refrán: «No lo que ve la suegra, sino la vecina que todo lo escudriña.» Paréceme que ella hace malamente en someterse de aquesta manera a Matías, que es tan espino majoleto como su padre; a mí no me atan tan corto, que corto la soga.

-¡Y qué quieres, si ella es un pan de rosas, y cada uno vive con su genio! -repuso la otra-. A Matías le quise aconsejar por su bien de ambos; pero él se retrepó y me dijo, volviéndome las espaldas: «El que no tiene calentura no necesita médico.»

Expuestos quedan en el referido diálogo los antecedentes de la muchacha que pocos años después se hallaba sirviendo, querida y atendida de sus señoras, en una de las principales casas de Córdoba.

De cuando en cuando la venía a ver su protectora, la mujer del guarda del campo de sus señoras, y siempre acompañada de Matías, que seguía queriendo a Rafaela como quiere el campesino, cuyo primer amor se entreteje en su existencia de manera de no poderse separar el amor y la existencia; es este amor como un árbol arraigado en el terreno que le es propio; bien podrá el tiempo ajarle sus flores (¿qué amor carece de flores?), pero no puede ser trasplantado; su tronco es inamovible, sus raíces indesprendibles: este es el amor que la Iglesia consagra y bendice.

El tío Prisco, cuyo genio malo y despótico le hacían contrario a toda voluntad ajena, a toda cosa que no fuese dispuesta por él, había rabiado por haber salido soldado su sobrino, había rabiado por haberse ido a servir a Córdoba su sobrina, que le era muy útil en su casa, y más que por todo rabiaba por los amores de su hijo con ésta, de los que se había enterado.

Teniendo Matías un genio tan violento como el de su padre, nada le había dicho éste a su hijo sobre el particular, aguardando la ocasión propicia para hacerlo de un modo solemne y terminante.

La mujer del guarda, patrocinadora de esos amores, decía en su enérgico lenguaje a su vecina: ambos, padre e hijo, callan porque saben que dan duro con duro, y saben que ninguno ha de cejar, y procuran no encontrarse en la vereda.

De esta suerte pasó tiempo; entonces, por medio del cura, pidió Matías a su padre licencia para casarse, licencia que le fue negada de la manera más terminante, y si no lo fue con ira e insulto, fue debido al respeto que inspiraba la persona intermedia.

Viendo la obstinación de su padre, y conociendo que ésta sería inmutable, se decidió Matías a dejar pasar algún tiempo, y entonces acogerse a las leyes eclesiásticas y civiles, las que, para evitar mayores males, pasado el plazo señalado por la ley, conceden al hijo que es mayor de edad el tomar estado sin este requisito cuando razón de valía no se oponga.

Rafaela, que no había sentido ni inspirado más amores que el de su hermano, que había marchado con su regimiento a la Habana, y el de su primo Matías, quería a éste con ternura, y con ésta y la suavidad de su carácter sabía templar los violentos arranques de su genio, por lo cual la mujer del guarda solía decirle: «Matías, si no fuese por Rafaela que es tu buen ángel, tan bravío y fiera eres tú como tu padre.»

Rafaela, entretanto, había ido empleando su salario en reunir su ajuar con la satisfacción que se siente en poseer y disfrutar los bienes adquiridos con el propio honrado y trabajo; pero antes que en lo agradable, había pensado Rafaela en lo útil. No se había comprado vestidos ni pañolones de espumilla, sino que había convertido sus salarios en el ruidoso almirez, amado ruiseñor de nuestras maritornes culinarias, el que competía en brillo con el velón; éste, con sus cuatro piqueras, que miraban a los cuatro puntos cardinales, parecía, en amor y compañía de los periódicos, esparcir sus luces sobre las cuatro partes del mundo. La caldera para colar la ropa y las planchas para alisarla, esos indispensables auxiliares del aseo; algunas tazas, platos, ollas y cazuelas estaban colocados con grande orden en primer término delante de una cama con su buen colchón, sábanas y vistosa colcha, que era el costoso regalo de novia de su buena señora. Sus señoritas habían ofrecido a Rafaela regalarle el vestido de novia, de lanita, lo que la había alborozado; pero no así la condición que para dárselo habían puesto, y era que al recibirlo había de decir: ¡Viva el duque, mi señor! A esto se resistía horripilada.

Un día que las señoritas volvían de haber ido a las tiendas, enseñaron a Rafaela una gran cantidad de muestras de lindas telas, para que escogiese la que más le agradase. Terrible fue para la pobre muchacha, a la que tanta falta hacía aquel vestido; pero no sucumbió a la tentación, y siguió negándose, no diremos obstinadamente, sino digna y valerosamente, pues recordaba el baldón y desgracia que sufrió en parecidas circunstancias su pobre padre.

Entonces la señora, compadecida, dijo a sus hijas.

-No insistáis, que la hacéis sufrir inútilmente; contentaos con que diga: «¡Viva don Alonso de Aguilar!»

Los lectores recordarán que don Alonso Fernández de Córdova, señor de Aguilar, que lo compró al rey Alfonso IX, fue el primer dueño y señor de Castro.

A decir esto no tuvo Rafaela reparo, ignorando los antecedentes, y prorrumpió en un sincero ¡viva don Alonso de Aguilar! Por lo cual se encontró feliz poseedora de su vestido de novia.

Hase dicho que las paredes tienen oídos, y se debía añadir que tienen bocas para repetir lo que oyen.

Aunque en la anterior descrita escena no había presentes sino Rafaela y las señoras de la casa, las paredes, a pesar de su aparente formalidad, hubieron de repetir lo ocurrido, con la malicia de aplicar el viva de Rafaela al duque, su señor.

Sabido es que nada corre más que una mala noticia, a no ser una calumnia, y bajo estas dos agilidades llegó tan luego a Castro del Río la voz de que Rafaela, por tal que la regalasen un vestido, había gritado el ominoso viva.

Pocos días después vino a verla la mujer del guarda, acompañada como siempre de Matías: pero la cara de éste, que tenía siempre, según la expresión popular, fuño, en esta ocasión estaba tan adusta y sombría, que la pobre Rafaela, pasando en un instante de la más franca alegría a la más viva inquietud, le preguntó azorada:

-Matías, ¿qué traes?

-Seis leguas andadas -respondió con aspereza el interrogado.

-No es eso lo que te encapota, Matías; algo traes cocido por dentro.

-Pues sábetete que vengo a decirte que ya no me caso.

La pobre huérfana, que tan inesperadamente vio quebrarse el solo lazo de cariño que le unía a sus semejantes, puso ambas manos sobre su corazón, que le pareció iba a quebrarse, y cayó ahogada por sus sollozos sobre una silla.

-Mira tú -le dijo la mujer del guarda-, mira tú que el muy papanatas ha dao crédito a las habladurías del lugar, que dicen que por un vestido has dicho tú: «¡Viva el duque, mi señor!»

-Es mentira, es muchísima mentira, mentira tan descarada como el sol de Junio! -repuso indignada y poniéndose de pie la acusada.

-Ya lo decía yo -exclamó con aire de triunfo la mujer del guarda dirigiéndose a Matías; pero éste permanecía mustio y desconfiado.

Entonces la pobre muchacha corrió bañada en lágrimas a suplicar a su bondadosa señora que viniese a atestiguar el que no había pronunciado la deshonrosa frase.

La autoridad de aquella noble y respetable señora era tal, tan autorizado su fallo, que Matías, que lo que deseaba era ser convencido, lo estuvo desde el momento que esta señora le aseguró que Rafaela no había dicho «¡viva el duque, mi señor!» y sí sólo «¡viva don Alonso de Aguilar!»

Pero a veces, y como haciendo paréntesis en las dulces expansiones de la reconciliación, Matías preguntaba con algún recelo: pero, Rafaela, ¿tú a qué santo dijiste: viva don Alonso de Aguilar?

-¿No ves -contestaba ella- que este nombre dijo la señora, que es tan buena, para que se contentasen las señoritas, como hubiera dicho Periquillo, Sarmiento o Juan de las Viñas?

Poco tiempo después, a pesar de la oposición de su padre, que era más violenta desde que había hallado en lo que se dijo de Rafaela una razón en qué fundar su oposición, se casaron Rafaela y Matías, y se establecieron en Castro.

Años pasaron, pero no pudieron extinguir ni aun mitigar el injusto, amargo y profundo resentimiento que abrigaba el iracundo y obstinado de ser viejo hacia su hijo y su sobrina. A pesar de ser aquél un cumplido hombre de bien y ella un dechado de esposas y de madres, no hablaba de ellos sino para infamarlos. Esto lo sabía Matías, que, a su vez, y a pesar de las cristianas reflexiones de su buena mujer, abrigaba hondo resentimiento hacia su padre.

La muerte de su madre, baldada hacía años, había traído a Matías a la casa paterna, en la que desabridamente fue recibido por el tío Prisco; esto, y en aquellos momentos, acabó de exasperar a su hijo, que iba allí a cumplir un deber sagrado, y como si lo que ya había hecho no satisficiera al díscolo y rencoroso anciano, apenas salió el cadáver de la casa, concluidas las ceremonias y cumplidos que son de uso, el padre se encaró con el hijo y le intimó que saliese, añadiendo con rudeza y altivez la orden de no volver a pisar su casa.

-El cuidado será mío -repuso irritado el hijo- que me sobra vergüenza para no presentarme donde a mí y a mi mujer, sin motivo ni razón, se nos infama y envilece.

-¿Sin razón dices? -exclamó el padre con violenta explosión de coraje-, ¿sin razón dices, tú que te has casado contra la voluntad de tu padre, tunante?

-Señor -repuso, pálido el rostro, encendidos los ojos, Matías-, tenga su mercé en cuenta que si soy hijo soy también hombre, y hombre cuya honra no ha de dejar mancillar ni aun a su padre.

-¡Honra! ¿Pues acaso la tienes? -repuso con recalcada expresión de desprecio el padre.

-¡Señor!... -gritó Matías exasperado-, cuenta con lo que habláis, que sanan cuchilladas, pero no malas palabras.

-Envilecido, sinvergüenza, ¿acaso no sabes que el que a los suyos trae la lepra los enferma y no sana, y te has casado a sabiendas con una mujer, que lo propio que su padre ha perdido la honra?

Al oír estas últimas palabras, Matías, lívido de furor, fuera de sí, se abalanzó al anciano, y su crispada mano cayó sobre el rostro de su padre, que se bamboleó al empuje que recibió, y cayendo sobre la silla en que había estado sentado, exclamó con voz ahogada y estridente:

-¡Maldito! ¡Maldito! Has puesto la mano en el rostro de tu padre; permita Dios que no vuelvas a ver más dónde la pones.

Al llegar Matías a su casa dijo a su mujer que sentía un vehemente dolor en el ojo izquierdo, dolor que se le fue aumentando al par que su angustia al sentir igual dolor en el ojo derecho; cuando llegó el médico que fueron a requerir, Matías estaba ciego.

Habían pasado años cuando tuvo que ir a Castro del Río un pariente de las señoras en cuya casa había servido Rafaela, y éstas, llenas de bondadoso interés, le encargaron que viese a su antigua criada y les trajese noticias de ella.

Llegado que hubo, preguntó al dueño del mesón por ella y por su casa.

-Y muy buena y propia que la tienen aquí a la vuelta -contestó el interrogado-. Esas gentes están muy bien arropaditas. A la mujer se le murió un hermano que tenía aguas allá, que desde soldado había ascendido a oficial, y que le dejó sus ahorros, con los que compraron unas hazas de tierra y la casa en que viven descansaditos, sin deber nada a nadie, sino su alma a Dios; tan bien están, que se han llevado a su padre de él consigo.

-¿Cómo ha sido eso? -preguntó el forastero-; mis primas creían que estaban reñidos por haberse casado Matías contra la voluntad de su padre.

-Así fue por muchos años; pero el tío Prisco enfermó, se puso perlático, y aunque era más bravío y amargo que la retama, y malo de esta que corre -añadió señalando una de las venas de su brazo-, que quien dice la verdad ni peca ni miente, la enfermedad y el desamparo lo amansaron, y ya es un sol puesto.

El cura habló a Rafaela, que es la paz de Dios; ésta habló a su marido, y fueron ambos a ver al padre y se lo trajeron a su casa, en la que lo cuidan y miman a cual más.

El caballero siguió la dirección que le habían dado y entró en una casa que, aunque pobre, tenía buenas proporciones, y en la que reinaba gran aseo y orden.

Rafaela, que lo reconoció por haberlo visto en casa de sus señoras, salió alegre y obsequiosa a su encuentro y lo introdujo en la habitación común. Allí vio sentado con semblante sereno y apacible a un hombre como de cuarenta años, al que Rafaela dijo llena de júbilo:

-Matías, aquí está el primo de mis amas, que han encargado de verme y llevarles noticias de mí; ¡mira qué bondad tan buena!

El interpelado volvió su sereno rostro hacia la puerta, dando cortésmente la bienvenida al recién entrado, el que entonces pudo notar que el marido de Rafaela estaba ciego, lo que le llevó a hacer un gesto de sorpresa. Rafaela, que lo notó, le dijo:

-Sí, señor; ¡mi pobre Matías ha perdido la vista! No se le conoce mucho por tener sus ojos sanos y abiertos; pero ¡ay, señor! son dos pesetas falsas.

En este momento entró en el aposento, sostenido por una linda niña de diez años, un agobiado anciano cuyos movimientos entrababa la parálisis.

Al oír sus pasos, el ciego se puso de pie, y Rafaela se apresuró a arrimar un tosco pero cómodo sillón de anca, en el que, ayudada de la niña, hizo sentar al anciano.

-Pero -preguntó a Matías el forastero -¿no ha consultado usted para su curación a algún hábil facultativo?

-En muchas ocasiones, señor, para obedecer a mi padre y dar gusto a Rafaela -contestó el interrogado-; pero todos los médicos de consuno han dicho que mi ceguera no tiene remedio, y yo me he alegrado.

-¡Alegrado! -exclamó el forastero.

-Sí, señor; porque mi ceguera es el dedo de Dios, es un castigo, y asina mientras más sufro y expío mi culpa, más se aligera el pesar y arrepentimiento que me inspira, y se aumenta en mi alma la esperanza del perdón que pido.

-Y yo -añadió el anciano, en el que la enfermedad y los años habían amansado su genio indómito- llevo, si no con placer, con resignación, mis crueles padeceres, que son también un castigo, pues no es el que comete la culpa el solo culpable, que lo es también el que a la culpa provoca. Ambos, señor, fuimos culpables; a ambos nos ha castigado visiblemente Dios; ambos sufrimos resignados su justicia, y ambos, arrepentidos, esperamos de su misericordia el perdón que le pedimos.

La viuda del cesante

Las murallas de Cádiz son un hermoso paseo, ancho, llano, sin el menor obstáculo ni tropiezo, en el que puede pasear descuidado un ciego, un distraído o el que, absorbido en

contemplar la vista que ofrece, anda, como aquéllos, sin brújula. Bajando por ella desde los cuarteles, se mira a la izquierda una fila de casas altas, alineadas, fuertes y uniformes como un regimiento prusiano, y a la derecha la bahía, poblada de barcos anclados, inmóviles y mustios como presos. ¡Qué imagen de la fuerza bruta es el navío! Privado de su piloto, todo lo atropella, destroza y hunde, hasta que él mismo se pierde en desconocidas playas.

La costa opuesta aparece confusa como un recuerdo medio borrado, y al frente se extiende el mar, que la cortedad de nuestra vista hace a cierta distancia unirse al cielo, no obstante de estar allí tan distantes como lo están aquí, y esto lo creemos por fe, como debemos creer otras muchas cosas que nuestra vista no alcanza ni nuestra concepción comprende, porque la comprensión del hombre, así como su vista, son limitadas.

Paseaban por esta muralla, hace de esto algunos años, dos señores. El uno era alto, de buena presencia; el otro era más pequeño, algo agobiado, y de semblante doliente y decaído.

-Paisano -dijo en tono jovial el más alto al que lo acompañaba-, usted se hace del porvenir un monte, y yo lo veo muy llano.

-Llano, sí -contestó el interpelado-; llano como lo es el camino que desde Puerta de Tierra conduce al camposanto. Usted, que tiene su porvenir asegurado, puede vivir tranquilo; pero un empleado como yo, que tiene siempre la cesantía, como la espada de Damocles, amenazando su cabeza, no puede hallar sosiego ni gusto para nada. A pesar del juicio, modestia y economía de mi mujer y de nuestra vida retirada, apenas tenemos ahorros, pues habiéndoseme en poco tiempo, destinado desde Málaga a La Coruña, desde La Coruña a Pamplona y desde Pamplona aquí, los crecidos costes de los viajes los han absorbido todos.

-¿Y por qué, con mil diablos, fue usted empleado, paisano?

-Mi padre lo era, y antiguamente los hijos seguían las carreras de sus padres, sin aspirar a más que a distinguirse y subir en ellas, y los servicios de aquéllos les servían de derecho y recomendación; pero desde que todos en España quieren empleos, y cada ministro y cada diputado tiene un ciento de ahijados que colocar, para que esos tengan cabida, se tienen que dejar cesantes infinitos empleados, por más que toda su vida hayan servido fiel e inteligentemente sus destinos... Yo no tengo protector ni me he afiliado a ningún bando político, y así estoy seguro de quedar cesante muy en breve.

-Paisano, no anticipe usted males.

-Señor don Andrés, más vale estar prevenido que recibir inopinadamente la noticia de su ruina. Si mi padre, que en descanso está, hubiese podido prever el porvenir, me hubiese enviado con usted a Lima cuando se fue; allí ha hecho usted fortuna y ha logrado la suma felicidad, que es vivir independiente.

Habían llegado a una de las escaleras por las que se desciende de la muralla... Después que la hubieron bajado, dijo don Andrés a su acompañante:

-Véngase usted a la nevería a tomar un helado.

-Gracias -contestó el invitado-. Me voy, como tengo de costumbre, a mi casa, en la que rezamos el rosario; nos hace mi hijo una lectura amena mientras cose mi mujer, o jugamos una partida de tresillo; a las diez tomamos chocolate y nos acostamos; esto es poco elegante, pero no nos cuidamos por la elegancia. No diga usted tampoco que rezamos el rosario; nos llamarían neos, lo que sería suficiente motivo para dejarme cesante.

Pocos meses después, los temores del pobre empleado se habían realizado. Cesante y forzosamente desocupado, un hombre laborioso como él lo era, sin medios ni esperanza de mejorar su suerte, cayó en un profundo abatimiento, que agravó el mal de hígado que lo había lentamente acometido, y que de crónico pasó a agudo, y en breve plazo le ocasionó la muerte.

Desgarrador fue el pesar de su amante mujer y de su excelente hijo, joven de veinte años, que se había criado al lado de su padre para seguir su carrera, la que de todo punto se le cerraba, no teniendo cabida este joven capaz, excelente y modesto, entre la infinidad de pretendientes que no tenían ninguna de sus cualidades; pero que en su lugar contaban con osadía y un protector político cualquiera.

Tres días después del entierro estaba la infeliz viuda recostada en un canapé, caída la cabeza sobre el pecho de su hijo, que la tenía abrazada, y sin atender a las benévolas palabras de consuelo que don Andrés le repetía, a pesar de estar convencido de su insuficiencia. De repente levantó la pobre viuda su cabeza, y con los ojos secos y desalentados, exclamó, cruzando sus manos:

-¿Qué va a ser de mí y de mi hijo?

-A grandes males, grandes remedios -repuso don Andrés-. Su marido de usted me decía que ojalá que su padre le hubiese enviado a Lima cuando yo fui; que vaya, pues, su hijo, yo le daré cartas de recomendación, en particular para la viuda del compañero que allí tuve; yo le costearé el viaje... y me devolverá este desembolso cuando pueda hacerlo cómodamente -añadió don Andrés al notar que la viuda apurada iba a rechazar-. Señora-prosiguió-, este sacrificio es necesario, y la única tabla de salvación que os queda en la cruel situación en que tanto el uno como el otro os halláis.

El corazón de la tierna madre se partió; pero no era posible rehusar, cuando su mismo hijo se hallaba dispuesto a seguir aquel amistoso consejo, y cual si no fuesen bastantes las lágrimas de la viuda, vinieron a aumentar las lágrimas de la madre, al ver la nave que encerraba al solo objeto que amaba en este mundo, aquel hijo amante, del que nunca se había separado, poner erguida la proa a la ancha mar, no dejando tras de sí sino una estela que borran tan luego las aguas móviles del mar, como el tiempo borra el recuerdo.

Pasaron días, semanas, meses; pasó un año sin disminuir en la pobre solitaria el dolor de la ausencia, y haciendo brotar y crecer en su corazón la más angustiosa zozobra, al ver que ninguna noticia de la llegada de su hijo a su destino recibía; y como si esto no bastase a

colmar su infortunio, presentose el cólera, y una de las primeras víctimas que escogió fue don Andrés, su único amigo, aquel por cuyo conducto esperaba recibir al fin noticias de su hijo.

La viuda había vendido cuanto tenía para mantenerse; pero siendo esto caro en Cádiz, vio con asombro que dentro de poco nada le quedaría.

Entonces hizo un paquete de lo estrictamente necesario, vendió lo restante por lo que la dieron, y se fue al muelle, en el que buscó un falucho de los que de los pueblecitos de la costa llevan frutos y legumbres a Cádiz y se embarcó en él. Durante la travesía se informó de un marinero joven de si hallaría en el pueblo alguna casa en la que le quisiesen arrendar una habitación. El marinero contestó que su madre tenía una bastante capaz, por haber sido su padre albañil y haber agregádole por la parte del corral habitaciones para que cuando sus hijos se casasen tuviese cada cual casa en que vivir, y que, estando una desocupada, no tendría su madre inconveniente en arrendársela. Y así sucedió; por ocho reales al mes tomó posesión de una salita y alcoba, y por dos reales más puso la dueña en ella cuatro sillas toscas, una mesita de pino sin pintar y una cama de bancos y tablas apolilladas. La Viuda, del poco dinero que traía, separó seis duros, pensando: «Esto compone un año de alquiler, de aquí allá sabré de mi hijo o me habré muerto. «Pero ¡ay! ni una cosa ni otra sucedió... Pasó el año, y no pudiendo ya pagar, dio la dueña por pretexto que uno de sus hijos mozos se iba a casar para obligar a la inquilina a mudarse.

Las almas nobles y delicadas se acostumbran luego a todas las privaciones, incomodidades y humillaciones de la pobreza, pero jamás a los cálculos, tretas e importunidades que engendran en las almas que no lo son, por lo que la pobre viuda, que había caído en una completa apatía en todo lo que no era el temor y la esperanza que alternaban en su corazón, no sabía qué hacer, hasta que una buena mujer, que vivía en la casa inmediata, la que no tenía más que una salita, le ofreció una covacha que había servido para guardar leña y los aparejos de la burra cuando vivía su marido. La aceptó, como el perdido en un desierto sin encontrar senda, al fin, cansado, se deja caer en el suelo. De allí no salía sino para ir a la iglesia, que aunque perteneciendo a una aldea tan pequeña, era hermosa como casi todas las de España. Allí, postrada ante el altar de una bellísima Virgen de La Esperanza, era donde únicamente podía respirar, llorar y hallar algún sosiego; muchas veces se ha dicho, pero más veces aún se debe repetir, que la desgracia nos lleva irremisiblemente a buscar consuelo en la religión, que es la única que nos enseña a sufrir con resignación y con fruto; el Señor no ha dicho: «Toma una corona de flores y sígueme»; sino que ha dicho: «Toma tu cruz y sígueme.».

Al pie de aquel altar imploraba, pues, esta infeliz la intervención de la Santa Madre de Dios para con su hijo por la vuelta del suyo, y la Virgen, que tenía en la mano el áncora, símbolo de la hermosa virtud que le habían dado por advocación, parecía enseñársela y decirle: Si te faltan las terrestres, nunca te faltarán las divinas.

Volvióse luego a su covacha. La buena vecina Josefa, el día que tenía que comer, le daba alguna pequeña parte; pero el día que no lo tenía e iba a comer en casa de una hija casada, que era tan pobre como ella, la triste viuda no probaba bocado; y días y días se sucedían, y ninguno le traía noticias de su hijo; pero ella no perdía las esperanzas, a lo que

la vecina le decía: «Por demás está visto que su hijo ha muerto»; ¿pero quién sería tan bárbaro para arrancarle sus esperanzas? Ellas la ayudan a vivir: el día que las pierda, se muere.

Pero la pobre viuda se iba debilitando por días; andaba doblada, y estaba tan delgada, que sus huesos todos parecían quererse desprender de su cuerpo, y, no obstante, se arrastraba al pie del altar.

Un día que el cura, saliendo de la sacristía, atravesaba la iglesia, desierta a la sazón, vio un bulto al pie del altar de la Señora: acercose y vio que lo formaba una pobre mujer desmayada.

Llamó el cura a un monaguillo; éste avisó a algunos vecinos, que llevaron a la inerte señora a su casa, acompañándoles el cura, que quedó asombrado al ver la desnuda y triste covacha que la dueña de la casa indicó como su albergue.

-Josefa -le dijo el cura-; yo no sabía que esta señora estuviese tan necesitada: ¿cuánto te paga por esta covacha?

-Nada, señor; ¡pues si no tiene para pan, y este desmayo le proviene de necesidad! Hace dos días que no come, porque, no teniéndolo para mí, no he podido darle un bocado.

El cura se volvió hacia el monaguillo y le mandó ir a su casa y que dijese a su sobrina que acudiese al punto, trayendo un plato de la comida que tuviera preparada para ellos y un bollo de pan.

Al cabo de un rato, la pobre viuda abrió los ojos, y al ver al cura, exclamó:

-¡Ay, señor cura! ¡Yo pensé que ya el Señor se había apiadado de mí y ponía fin a mis sufrimientos! Pero no es así, ¡cúmplase su santísima voluntad!

-Pero, señora -contestó el cura-, ¿por qué no ha hablado usted? Poco tengo, pero es bastante para impedir que ninguno de mis feligreses se muera de hambre.

Entró en esto apresuradamente una hermosa joven de catorce a quince años, que traía en un plato arroz con tomate, que sin que se lo dijese su tío presentó a la pobre viuda; ésta volvió la cabeza al otro lado.

-A comer, señora, a comer -dijo el cura-; ¡ojalá fuera otra cosa! Pero lo que importa es que usted coma; lo contrario sería ofender a Dios y afligirme a mí.

Rosalía, que así se llamaba la sobrina del cura, unió con calor sus instancias a las de su tío, y la pobre viuda cedió. A medida que aquel sencillo, pero sano y caliente alimento, caía en su desfallecido estómago, se iba la desmayada reanimando, y pudo referir al cura su triste historia.

Desde aquel día, este excelente hombre se constituyó con sus escasos medios en ser el amparo de aquella desamparada; Rosalía, por su parte, se dedicó con aquel tierno y santo amor que inspira la lástima, y que aumentó de día en día el trato dulce y tierno de la viuda, a asistirle, aliviarla y acompañarla cuando caía enferma. Cada día le traía un plato de la comida que ponía en su casa, ya patatas guisadas, ya garbanzos, y de vez en cuando pescado, cuando algún marinero, agradecido a los favores del cura, se lo regalaba. El cura reanimaba su abatido espíritu, dándole esperanzas, que él no abrigaba, de que su hijo no hubiese muerto, y que cuando menos lo pensase recibiría carta

Así pasaron años, sin que se disminuyesen ni se enfriasen, ni en el tío ni en la sobrina, los cuidados, el interés y la caridad hacia aquella infeliz. ¡Qué de virtudes y qué de buenas obras calladas, sin pretensión ni aparato, existen que el mundo ignora!... Pero Dios no las ignora.

Toda la noche había estado el cura ayudando a bien morir a un hombre que había tenido una larga y penosa agonía; había ido a la iglesia, en la que había dicho misa, que aplicó por el alma del finado, y entró en su casa rendido de cansancio y de necesidad.

Cuando estuvo en su cuarto, se quitó su viejo manteo y su sombrero de canoa, que colgó en una percha; se dejó caer en su tosco sillón de brazos, e iba a dormirse, cuando entró Rosalía, trayendo en una mano un plato de sopas y en la otra un pequeño vaso de vino.

-¡Qué es esto! -exclamó el cura, poco acostumbrado a semejante regalo-; ¿de dónde has sacado estas gollerías?

-Hoy son los días del señor López -contestó Rosalía-, que ha matado una ternera y ha mandado a usted dos libras y media de tocino, con un jarrito del vino de su viña; puse al instante el puchero para poderle dar un plato de sopas cuando entrase y antes que se pusiese a descansar, pues de ambas cosas tendrá usted gran necesidad.

-Necesidad precisamente, no -respondió el cura tomando la sopa-; pero me viene bien, Rosalía.

El cura tomó su sopa y su vasito de vino, que aunque ambos, caldo y vino, de inferior calidad, comunicaron a su desfallecido estómago un gran bienestar; dio a Dios las gracias, recomendó a su sobrina que de ambos regalos llevase su parte a la pobre viuda, y habiendo dejado caer su cabeza sobre la almohada que había colocado allí Rosalía, se quedó dormido en un sueño que hizo profundo como el de un niño su cansancio, y tranquilo como un cielo sin nubes su pura y limpia conciencia.

Dos horas haría que disfrutaba el cura de este envidiable sueño, cuando le despertó una voz desconocida que a la puerta de su casa preguntaba por él. Su sobrina se presentó para decir que estaba su tío recogido; pero ya éste se había levantado, y abriendo la puerta de su cuarto:

-¿Qué se le ofrecía a usted, caballero? -preguntó al ver a un señor joven y bien portado.

-Perdone usted si le incomodo -respondió el forastero-; pero un asunto del mayor interés me trae aquí para hacerle a usted una pregunta. En este pueblo pequeño es de pensar que tenga usted noticias de todo forastero que venga a habitarlo -preguntó el recién llegado.

-Es muy cierto, señor mío.

-Así puedo esperar que me de usted razón de si vino aquí, hace nueve o diez años, una señora viuda y sola, que tenía por nombre doña Carmen Díez de Vargas.

El cura miró con ansia a aquel forastero, y le dijo con emoción:

-¿Le trae usted, por suerte, noticias de su hijo, que hace nueve años llora por muerto?

-No le traigo noticias, le traigo a su propio hijo, pues ese soy yo. ¿Vive mi madre? ¿Dónde está? ¡Oh! señor, condúzcame usted adonde se halle... no se detenga...

Y el forastero se encaminaba hacia la calle.

-Párese usted -le gritó apurado el cura-. Su pobre madre está muy delicada; al ver a usted inopinadamente, la sorpresa y el gozo podría matarla; es necesario prepararla.

Adrián Vargas, pues era él, se sentó muy agitado en una silla, y dijo:

-Tiene usted razón, señor cura, y siendo así, suplico a usted tome el encargo de prepararla. Id, señor cura, id, que esta misión es santa y una de las pocas gozosas que tiene su ministerio.

-Voy, señor -repuso el cura- Rosalía, tráeme mi canoa y mi manteo. Pero, señor, ¿me explicará usted la causa de un silencio de diez años?

-Todo se explicará; pero ahora, por Dios, diga usted a mi madre que su hijo está aquí y ansía por abrazarla.

El cura se encaminó presuroso hacia la miserable casa y triste covacha en que habitaba la pobre viuda.

-Señora -la dijo después de saludarla-, siempre he dicho a usted que nunca se deben perder las esperanzas; son el báculo que nos ayuda a subir la cuesta de la vida, que tan agria y árida es para algunos.

-¿Qué esperanzas no se apuran en diez años, señor cura? -contestó la pobre viuda.

-Pues pasados esos diez años pueden realizarse, y sepa usted que ha llegado una persona de Lima que dice haber conocido allí a su hijo de usted, el que quedaba en dicho punto a su salida.

Un temblor convulsivo se apoderó de la débil y padecida señora al oír aquellas palabras; quiso hablar, pero las palabras quedaron ahogadas en su garganta; una lívida palidez se extendió sobre su rostro.

El cura llamó a la buena vecina Josefa para que trajese agua, y vuelta un poco en sí mediante estos auxilios, la pobre viuda pudo preguntar al cura con voz trémula:

-El que trae esas noticias, ¿hace mucho que ha llegado? ¿Dónde le habéis visto? ¿Está en el pueblo?

-No, no está en el pueblo -respondió el cura, asustado, al ver el estado convulso de la viuda.

-¡Oh, señor cura! ¿Por qué no me avisó usted para que yo lo hubiese visto y hablado?

-Porque ha de volver mañana por una fe de bautismo que le tendré buscada; mientras tanto, tranquilícese usted y dé gracias a Dios por esta inesperada merced, debida seguramente a la intercesión de su santa Madre de la Esperanza, que tanto ha invocado.

-Señor -dijo el cura a Adrián cuando regresó a su casa-, el anuncio solamente de que vive usted y está en Lima, ha puesto a su madre en tal estado de excitación, que hace imposible causarla más emociones hasta que se haya sosegado. Su madre de usted ha padecido mucho, está muy destruida, muy débil, y no puede pasar del extremo del dolor al colmo de la alegría sin grandes precauciones; es necesario aguardar hasta mañana para que usted la vea. Siento muchísimo no poder ofrecer a usted hospedaje; mi casa, como usted ve, la componen sólo esta mi habitación con una alcoba, en la que estrechamente cabe el mal catre de tijera en que duermo, y enfrente, separado por el callejón de entrada que comunica con el corral, está la cocina y otra pieccecita en que duerme mi sobrina. Mi cena consiste en unas sopas de aceite y chocolate, y aunque es mala, mucho celebraríamos acompañarse a tomarla.

El joven dio las gracias y se retiró al mesón. Poco o nada durmió, y a la mañana siguiente se fue a casa del cura, que había salido ya para ofrecer el santo sacrificio de la misa en la iglesia; allí fue Adrián a buscarlo, y cuando hubo concluido el cura con los deberes de su santo ministerio, se unió a él, y al atravesar la iglesia y pasar ante el altar de la Virgen de la Esperanza y mirándola, le dijo:

-Esta Señora es la que me introdujo con su madre de usted.

El cura se dirigió a su casa.

-¡Oh, señor cura! -exclamó Adrián- Suplico a usted no me impida por más tiempo el ir a abrazar a mi madre.

-Esto no puede ser.

-Usted le ha dicho que hoy viene la persona que me ha visto en Lima; esa persona seré yo: he variado tanto en diez años, que mi madre no me reconocerá si yo no me doy a conocer.

-Pues ya que usted lo exige, vamos -respondió el cura-; pero por Dios le suplico que sea prudente.

-Señora -dijo el cura al entrar en el lóbrego chiribitil de la pobre viuda-, aquí tiene usted al caballero que ha llegado de Lima.

-¿Y mi hijo, vive -exclamó la madre, levantándose para ir al encuentro del forastero; pero apenas fijó en él sus ansiosas miradas, cuando dio un grito agudo, vaciló y cayó en brazos de Adrián, que corrió a sostenerla.

Había perdido completamente el conocimiento.

El cura mandó a una de las vecinas que corriese a avisar a su sobrina, y cuando la viuda, gracias a los auxilios que le fueron prodigados, abrió los ojos, los fijó lentamente en los que la rodeaban, que eran la buena vecina Josefa, que la sostenía la cabeza apoyada en su pecho; Rosalía, que de rodillas la presentaba un pañuelo empapado en vinagre; al otro lado, de rodillas también, su hijo, que cubría de besos y de lágrimas una de sus manos; al frente el cura echándole aire con el sombrero de paja que traía Adrián. Apenas comprendió lo sucedido, cuando el exceso de la dicha la hizo desvanecerse de nuevo.

-Esto me temía yo; ¡está tan débil! -dijo el cura,

-¡Hijo de mi alma! -exclamó, volviendo en sí la viuda, arrojándose en los brazos de Adrián.

-Yo pensé, madre mía, que no me hubieseis reconocido; ¡estoy tan mudado! -¿Qué ojos y qué corazón de madre no reconocen a su hijo? Pero di, di: ¿cómo no has escrito y has olvidado a tu madre durante diez años que han sido diez siglos?

Entonces, de una manera difusa e interrumpido ya por preguntas, ya por exclamaciones, hizo Adrián la relación, la que en breves y más claras palabras vamos a resumir.

Cuando llegó a Lima, fue su primer cuidado presentarse en casa de la viuda del ex compañero de don Andrés, para quien le había dado éste una carta de recomendación. La viuda, que tenía poco más de treinta años y carácter vehemente y apasionado, se prendó luego de aquel bello joven, que tan notables elogios merecía del ex compañero de su marido, e hizo su secretario particular; habiendo cumplido este cargo con tanto celo como inteligencia, lo puso al frente de sus negocios. Viendo que Adrián no correspondía a las muestras de afecto que ella le daba, y que permanecía triste y metido en sí, le preguntó un día cuáles eran sus miras y sus esperanzas. Adrián contestó, con la verdad y naturalidad de su cándido carácter, que eran las de poder ganar lo suficiente para mantener a la que más amaba en este mundo, a su madre, y reunir un capitalito para volver a su lado.

Esta respuesta, que aniquilaba todas sus esperanzas, desesperó a la mujer violenta y apasionada y exasperó su pasión, al punto de mandar secretamente que se le entregase toda la correspondencia de Adrián, y así las cartas que recibía como las que escribía Adrián fueron por ella arrojadas al fuego.

Afligiase Adrián de no tener noticias de su madre, cuando se supo allí que el cólera hacía estragos en Cádiz y que una de sus víctimas había sido don Andrés. Con este motivo, un amigo complaciente de la viuda le dio a entender de una manera muy clara que su madre también lo había sido. La viuda, al ver el vivo dolor de Adrián, le prestó los más cariñosos consuelos, y él, agradecido y tan aislado en el mundo, admitió la oferta de su mano, que le hizo el consabido complaciente amigo de la apasionada viuda.

Adrián cayó desde entonces bajo el doble despotismo de un carácter y de una pasión indómitos, que sólo su templada y suave índole hubiesen podido tolerar.

Así pasaron ocho años amargos y tristes para Adrián, que recordaba la dulce paz doméstica en que se había criado y las virtudes de su buena madre.

Entonces acometió a su mujer una enfermedad aguda, que la puso en las puertas de la muerte, y ya en ellas, se arrepintió y le confesó su delito, implorando su perdón; al hacer esta revelación, el excelente joven pudo contener su ira, pero no el alejamiento y horror que le causaba la criminal, que murió desesperada.

En su testamento dejaba a su marido por heredero universal; pero él rehusó tomar dádiva alguna de la que quizá fuese la asesina de su madre, y sólo se reservó los gananciales hechos desde su matrimonio y gerencia de los negocios, que eran muy crecidos.

Los parientes, herederos naturales, le entregaron en el acto cien mil duros en buenas letras de cambio, sin aguardar los trámites legales, y él a ellos el desistimiento de la herencia legalizado, y en la primera ocasión emprendió el regreso a su patria.

Al llegar a Cádiz se dirigió a la casa de don Andrés, en la que supo la aldea a que se había retirado doña Carmen.

-Pero ahora, madre mía -acabó diciendo-, ya no viviréis en una aldea; he vuelto para dedicar mi vida a hacer dulce y feliz la de usted; soy rico por mi trabajo; iremos, pues, adonde usted quiera establecerse: a Cádiz, a Madrid.

-¡Hijo de mi alma! No, no me saques de aquí -exclamó la viuda-; tengo cariño a este pueblo, como se le tiene a un amigo que ha visto sufrir mucho; a la Virgen Santa de la Esperanza, que tantas ha derramado en mi corazón, pues sin la de volverte a ver no hubiera podido penar tanto. Y sobre todo -prosiguió, volviéndose al cura y a Rosalía-, no me separes de estos dos seres benéficos, a los que debes el hallarme viva y no muerta de miseria; ellos me han mantenido, servido, cuidado y consolado, sin desmayar un día en tan triste tarea, sin tener más esperanzas de recompensa que mi estéril gratitud. No, no me puedo separar de ellos; quiero morir auxiliada por este modesto santo y asistida por este

ángel puro, que ha pasado los primeros años de su juventud sin más afán ni más pasión e intereses que el de asistir a su excelente tío y de cuidar a una pobre enferma mendiga.

Adrián cayó de rodillas ante Rosalía, la que, ruborizada al oír las palabras de la viuda, se tapaba la cara con ambas manos, diciendo:

-No admito esos elogios ni esa gratitud que no merezco...

-¡Oh! ¡Admitidla -exclamó Adrián-, y con la mía, que es aún mucho mayor, como pobre pago de una deuda que sólo Dios puede pagar!

Algunos años después había Adrián hecho labrar una casa, no ostentosa, pero grande y cómoda; no brillaban en ella primores artísticos ni tal o cual arquitectura, pero la valoraba su solidez. A espaldas tenía un hermoso jardín, arreglado en una huerta y combinado de manera que uno de los más hermosos naranjos que había en ella viniese a estar frente de la puerta de la casa que daba al jardín. Alrededor del robusto tronco del naranjo se había colocado un ancho banco rústico. En torno de este centro se habían plantado toda clase de arbustos de flor, como lilas, mirtos, aromos, celindas y luisas; tupían enredaderas los claros que entre sí dejaban estas plantas. A la entrada de este gran cenador había colocados dos rústicos sillones. En aquel lugar perfumado, tan fresco en verano como al abrigo de los vientos en invierno, es donde se reunía por las tardes la familia de Adrián, a la sazón aumentada.

En una de estas tardes del mes de Octubre estaban sentados en el banco, debajo del naranjo, el cura y doña Carmen; enfrente, en los dos asientos mencionados, Adrián y Rosalía. Esta tenía entre las rodillas, y sujetaba con las andaderas, un hermoso niño, que pateaba el suelo con sus piecitos, meneaba los brazos, reía y gritaba al ver jugar y correr alrededor del naranjo a dos hermanitos suyos.

-No meter tanto ruido, niños -dijo Rosalía, que era su madre-, que incomodáis al tío cura y abuelita, no correr más: id a coger flores.

Los niños obedecieron, y el mayor se había empinado ya para coger una flor de adelfa, cuando les gritó la niñera, que era Josefa, la pobre y buena vecina que amparó a la viuda:

-Suelta, suelta; no cojas adelfas.

-¿Y por qué? -preguntó el niño.

-Porque son malas.

-¿Tienen espinas?

-No; pero son dañinas. Todas las flores tienen su miel y su misterio, menos la adelfa, que no tiene ninguno.

-No es -contestó el niño.

-Sí es; y si no, verás lo que sucedió en una ocasión: había un reo de muerte muy retemalo; pero como a los malos nunca les faltan padrinos, los tenía éste, que se empeñaron con su majestad el rey para que lo indultase. El rey no quería, y por no dar un no pelado, dijo que se lo daría si le llevaba un ramo compuesto de todas las flores del mundo. El reo, que sabía más que Briján, cogió un panal de miel, y en medio clavó un ramo de adelfa, porque sabía que las abejas de todas las flores sacan miel menos de la adelfa, que no la tiene.

-¿Y el rey le perdonó? -preguntó el niño.

-Por supuesto, como que tenía palabra de rey. -¿Y se comió, la miel?

-¡No que no! A todo el mundo le gusta la miel, hasta a los osos, que se pirran por ella.

-Rosalía -dijo el cura-, ¿qué es eso, que me he encontrado, en lugar de mi sillón de paja, una lujosa butaca de muelles?...

-Tío, el sillón estaba roto.

-Lo sé, y mandé que se compusiese.

-Señor, estaba todo apolillado, no se ha podido componer. Tío, va usted siendo viejecito, y es preciso que se cuide.

-¿Yo viejecillo? -preguntó con cierta extrañeza el cura-. Verdad es, niña, y tienes razón, pues nací en el siglo pasado; pero como, bendito sea Dios, no me ha dado ninguno de los achaques que acompañan a la vejez, me se ha entrado por las puertas sin sentir. Bien venida sea! ¡No me pesa!...

-¡Ay, señor cura -dijo doña Carmen-; me parece mentira la felicidad que gozo! Si antes no tenía ojos para llorar, ahora me faltan labios para dar gracias a Dios, y después de dárselas por haberme devuelto el hijo de mi alma, se las doy porque ha podido pagar con su cariño la caridad que por tantos años han ejercido usted y mi Rosalía conmigo.

-Madre -dijo con pena Rosalía-, me habíais prometido no volver a avergonzarnos con ese tema.

En este momento entró un criado trayendo el correo, en el que venían toda clase de periódicos. El cura se apresuró a coger El Boletín Eclesiástico; la viuda se apoderó de Los Ecos de María, preciosa publicación de Barcelona; Adrián cogió La Ilustración Popular Económica, que se publica en Valencia, y Rosalía rompió la faja de otro de Madrid, que con el título de El Último Figurín, trataba de literatura y de modas.

-Este es nuevo -dijo-: ¿otro periódico más, Adrián? ¡Esto es un despilfarro!...

Mujer, ¿más orden y economía quieres que tenga? -contestó Adrián-. No gastamos ni la cuarta parte de la renta que tenemos, y no ahorro por avaricia, sino para emplear lo que no se gasta en adquirir para cada uno de mis hijos un patrimonio en fincas rurales para que se hagan agricultores, mejorando y fomentando sus bienes, viviendo como honrados y modestos propietarios aquí en el campo, sin depender de nadie ni ser gravosos al Erario, que es la bolsa común de todos los españoles.

-¡Ay! -exclamó asombrada Rosalía, que había seguido leyendo el periódico nuevo-; Adrián, ¿sabes lo que trae este diario?

-¿Qué cosa puede ser esa que tanto te asombra? -repuso su marido.

-Es nuestra historia, con el epígrafe o título de La viuda de un cesante; nada absolutamente hay cambiado, sino los nombres.

-¡Dios mío! -exclamó doña Carmen-; nosotras, que vivimos tan retiradas del mundo, tan ignoradas de todos...

-¿Quién habrá podido -añadió Rosalía- contársela a la persona que la escribe?

En este momento se posó sobre una rama del naranjo un pajarito, que se puso a cantar.

Adrián, señalando, sonriéndose, a la rama, dijo:

-Ése.

## Las mujeres cristianas

En el último extremo de la calle de un pueblecito cercano al mar, se veía, pocos años ha, una casa arruinada. La parte de la derecha, cuyo techo se había desplomado, servía de zahurda a un vecino del pueblo bien acomodado; se la había arrendado el alcalde, que disponía de aquellas ruinas, cuya posesión nadie reclamaba, por importar menos el valor de la vieja y mal situada finca que lo que devengaba al Erario por tributos y contribuciones. La parte derecha tenía aún un aposento cubierto con un techo que todavía se mantenía en su puesto gracias a unas estacas viejas y toscas que el arrendatario había puesto de cualquiera manera, para que sirviera el espacio que cobijaba de albergue al que guardaba su ganado de cerda, el menos bello e idílico de los que forman los rebaños que pueblan los campos, hermocean los paisajes y constituyen la riqueza del campesino.

La ruina del edificio era menos patente al exterior, cuya pared se mantenía aún derecha gracias a sus cimientos más sólidos, como se mantiene en pie el árbol muerto y sin savia gracias a sus raíces; pero en el interior de la casa todo yacía por tierra, sin que ni aun se hubiesen hacinado los escombros en montones para facilitar el paso o no chocar la vista.

Era triste y aun lúgubre aquel lugar, antes alegre domicilio de sus dueños, a quienes había albergado y guarecido del rigor de las estaciones sirviéndoles de nido, de fortaleza, de amparo, de descanso, y que ahora, abandonado, no hallaba lo que había prestado, y caía piedra a piedra solo y olvidado como un anciano sin hijos y sin nietos.

En la sola estancia, que, como hemos dicho, se mantenía aún techada, se hallaba, en una negra y tempestuosa noche en que el huracán bramaba y las nubes lloraban con más o menos fuerza, pero sin cesar, una pobre mujer a quien apenas cubrían unas ropas hechas jirones, acurrucada cerca de una pequeña hoguera, secando en ella las destrozadas prendas de vestir de un pobre niño de doce años, que se hallaba a su lado tiritando y envuelto su desnudo y exhausto cuerpo en un cobertor.

Este niño, hijo de aquélla, era el porquero del labrador a quien estaba arrendada la casa, y ganaba, por su constante trabajo y vigilancia, media hogaza de pan y los avíos, esto es, un poco de aceite, vinagre y sal; con esto se mantenían él y su madre; en cuanto a dinero, no lo veían jamás, ni aun el de la limosna, porque ni la madre ni el hijo la pedían.

Bien dada está siempre la limosna; pero pudiera estarlo mejor si, a lo generosa, lo repetida, lo continuada y lo universal que es, añadiese, a la caridad que la inspira y al desprendimiento que la realiza, el deseo de discernir y la eficacia de averiguar la verdadera necesidad y la que no lo es y a las manos se le viene. ¡Cuán provechoso sería que ese santo dinero se impusiese, como se hace en otros casos, después de haber minuciosa y exactamente examinado el cómo se invierte!

-¿Quieres que te haga unas sopas? -preguntó la madre al pobre niño- No has comido nada caliente en todo el día, hijo mío, y estás arrecido de frío.

-No tengo hambre -contestó el niño con un estremecimiento que se notó hasta en su voz.

-Pues ¿qué te aqueja, hijo de mi corazón? -preguntó la madre, sobresaltada-. ¿Estás malo?

-No, señora, madre.

-Te has estremecido...

-Es de frío.

-Acuéstate -dijo la pobre mujer, señalando en un rincón un montón de paja-; pondré a tus pies, que están helados, una de estas piedras que el fuego ha calentado, y te cubriré con esta manta.

-No tengo sueño, madre; no podría dormir, y estoy mejor al lado de esta hoguera, que calienta mis miembros, y al lado de usted, que abriga y fortalece mi ánimo.

-Pues qué, hijo del alma, tú siempre tan animoso, ¿lo tienes acaso desfallecido?

-Sí, madre. Este temporal que oímos, y que penetra hasta nosotros por las rendijas de las desvencijadas puertas, me estremece el cuerpo y me acongoja el alma; usted, madre, me ha enseñado a temer a los temporales, que, como dice, son la rebeldía de los elementos contra el poder que los enfrena.

-Es verdad -repuso su madre-. ¿No ves la ira y la soberbia en las altivas y terribles olas del mar? ¿No ves la furia, que nada retiene ni aplaca, en los bramidos lúgubres del viento, el malestar y asombro de las nubes, que corren desoladas y lloran, y si las centellas, cual dardos de fuego, parten las negras nubes, llevando la muerte y el destrozo adonde se dirigen, seguidas del trueno, espantosa voz de la tormenta con que lanza la amonestación y la amenaza, entonces toda la Naturaleza se agita y estremece con esta muestra del poder de Aquél que, como es Criador, puede con sólo querer ser aniquilador; todos bajan la cerviz y alzan el corazón al cielo, menos el incrédulo, más soberbio que el mar, más iracundo que el huracán, más nocivo que el rayo, que, irguiendo su pequeña y ruin cabeza, se atreve a decir a Dios,: «Ni te conozco como Criador y Padre ni te temo como a Supremo y Todopoderoso juez y Señor»? Nosotros, hijo mío, por suerte creyentes y sumisas criaturas tuyas, temamos su justicia, a la que Él mismo se sacrificó, pero confiemos en su misericordia; ¿quieres, para sosegar, que leamos en el Kempis, en el que todo has aprendido, hasta leer?

-No, madre; estoy tan angustiado, que no atendería -respondió el niño.

-Nunca te he visto, hijo mío, tan afectado por los temporales; algo que me ocultas te agita el ánimo.

-¿No me ha dicho usted que algo dice el huracán que, en determinadas ocasiones, se entiende? -preguntó el niño.

-Así lo creo, hijo mío.

En este instante una bocanada del huracán pasó mugiendo y haciendo temblar las vacilantes paredes, como si fuese un lamento que, estremeciéndose, lanzasen las ruinas, extinguiéndose entre ellas exhausto, cual si le faltasen a un tiempo aliento y vida.

-¿Lo oyes? -dijo con voz trémula y estrechando contra su pecho a su hijo-; ha dicho: «¡Muere!» -y añadió con asombro y dolor-: ¡Lo mismo que dijo a tu padre!

¿A mi padre? -exclamó el niño asustado- ¿Cómo y cuándo? Nunca me lo ha dicho usted...

-Es verdad, hijo; nunca he querido entristecer más de lo que hace nuestra mísera situación tu ánimo infantil.

-Madre, no soy tan niño que puedan la falta de edad y discernimiento motivar la completa ignorancia en la que, sobre la suerte y circunstancias de mi padre, vivo; sólo sé que somos aquí forasteros; que no tenemos a quién volver la cara; que usted, madre mía, es superior a las buenas e incultas gentes de esta aldea. No me oculte usted por más tiempo nuestra suerte, dando así margen a que pueda temer que algo vergonzoso encierra este misterio.

-Si en lugar de ser «hijo» hubieses sido «hija» mía, tal sospecha ni habría entrado en tu corazón ni salido de tus labios. Sabe, pues, lo que el cariño maternal te callaba, cual impide llegue a la cuna del dormido niño ni el más sutil e inocente ruido que le pueda despertar.

Nada de extraordinario ni de novelesco tiene lo que voy a referirte; es tan sólo una de esas espantosas catástrofes de que son víctimas los marinos, que, por repetidas y generales, aunque exciten la lástima, no llaman la atención, y que, por aterradoras que sean, no son contrarrestadas e impedidas por la humanidad, porque la temeridad que hay en arrostrar tales peligros es coronada por la gloria de laureles y por la industria de encina, y ambas cosas hablan tan alto al corazón del hombre, que desoye la voz de la humanidad que las condena.

Tu padre era hijo de un capitán mercante, que pereció en un naufragio. Su niño, que llevaba consigo, atado sobre una tabla, y ya sin sentido, fue recogido por una fragata española que hacía la travesía de Manila. Siguió en el barco, y con el capitán que lo había salvado, primero de grumete, luego de marinero y después de piloto, hasta que llegó a ser capitán de un bergatín que hacía el comercio entre Barcelona y Cuba.

En Cuevitas, de donde soy natural, que conoció y nos casamos, permaneciendo yo allí mientras vivieron mis padres.

Cuando faltaron, y no teniendo allí pariente alguno, determinamos establecernos en Barcelona.

Embarcamos en el bergatín nuestra Pequeña fortuna, invertida en mercancías, y, contigo en brazos, pisé aquellas tablas, bien ajena de que nos llevaban a nuestra perdición.

No parece, hijo mío, sino que la mar y la tierra son dos enemigos encarnizados; el mar agresivo, amargo, iracundo, violento, invasor y mudable, como lo es todo lo inconsistente, provocando y embistiendo siempre al suelo firme que le resiste, ya con fuertes rocas, ya con la humilde arena, al que alguna vez invade y cubre, pero sin poder avasallar nunca; esta es la misma lucha que en el mundo moral sostienen el bien y el mal, la verdad y la mentira.

Llegamos cerca del estrecho de Gibraltar; pero al aproximarnos a estas costas se declaró un furioso temporal, que no pudo resistir la embarcación, y el cual la arrojó sobre unas rocas escarpadas. En aquella situación desesperada, los marineros se echaron al mar para salvar sus vidas a nado; pero, juguetes de las olas, los vimos unos después de otros desaparecer.

A pesar de eso y de mis súplicas y lágrimas, tu padre, después de haberme atado, teniéndote en mis brazos, sólidamente en la cofa, para que no nos arrastrasen tras sí las olas del furioso elemento, ató a su cintura una larga cuerda, cuyo otro extremo afianzó al barco, y se echó igualmente al mar, terrible pero único recurso de salvación que le quedaba.

Yo, hijo mío, al verlo luchar y agitarse entre la vida y la muerte, viendo una y otra vez que, cuando creía asirse a una roca, se estrellaba sobre él una ola gigantesca, que, en su retroceso, lo arrastraba consigo al abismo, me habría mil veces desmayado o perdido el juicio, si no hubiese recordado las últimas palabras de tu padre al ponerte en mis brazos: «¡No le abandones!»

Cuánto duró la lucha, lo ignoro; pero sé que, si hubiese durado más, habría sucumbido; tal tensión de nuestras facultades de sentir es cual la clavija que estira la cuerda de un instrumento que, a no cesar a tiempo su violencia, la quiebra.

Una furiosa y bramadora ráfaga del huracán, empujando ante sí una monstruosa ola que pasó sobre el barco, estremeciéndole, llegó al paraje en que tu padre, ya exhausto de fuerzas, luchaba aún, y lo sumergió, y la ráfaga pasó mugiendo: «¡Muere!»

La infeliz narradora calló, cruzó ambas manos sobre su exhausto pecho, y levantó al cielo su cara cubierta de lágrimas.

-¿Y mi pobre padre, no reapareció? -preguntó, llorando, el niño.

-Sí, hijo mío; cuando lo hubo matado el mar, lo echó a la orilla como despreciado despojo. Recogido por unos guardias civiles, notaron éstos la cuerda que llevaba atada al cuerpo, la que les sirvió para preparar un aparato con el que les fue posible salvar nuestras vidas, exponiendo las suyas con esa generosidad, ese valor y abnegación que tanto distingue, honra y enaltece a ese admirable cuerpo.

Nos trajeron a este pueblecito, que era el más cercano, y fuimos recogidos por un buen matrimonio anciano, que vivía aquí mismo, porque el marido era porquero del palantrín de quien hoy lo eres tú; ¡así, entre pobres ruinas materiales y humanas, hallaste, pobre hijo mío, tu primero y solo amparo en esta vida!

Una grave enfermedad, producida en mí por este terrible acontecimiento, me impidió hacerme cargo de nuestra situación en las primeras semanas que siguieron a nuestro naufragio, y consumió la no cuantiosa suma que tu infeliz padre había puesto en un bolsillo colgado de mi cuello; y cuando pude volver en mí, me hallé en un país desconocido, sin recurso alguno y hasta sin ánimo, sin aliento para intentar salir de este pueblo. Los ancianos que nos habían dado hospitalidad llegaron a morir; sus parientes recogieron su pobre ajuar. Entonces, el amo te ofreció ocupar la plaza de porquero del pobre anciano que solía llevarte consigo al campo; triste recurso, pero que era el solo que nos quedaba, y si nos faltase, ¿qué sería de nosotros?

El pobre niño, al oír estas últimas palabras, bajó la cabeza sobre su pecho, y en su rostro se, dibujó una inexplicable expresión de angustia.

La madre y el hijo se estremecieron, pues en este momento se abrió con estrépito la desvencijada puerta, y en el dintel apareció un hombre tosco que, con voz brusca y enojada, preguntó al niño:

-Me ha dicho el tío José, que ha visto entrar los puercos, que falta un gorrino; ¿es eso verdad?

El niño, que temblaba, se había instintivamente acercado a su madre, y respondió en queda voz y tono humilde:

-Verdad es, señor, que se me ha extraviado, sin que, peor más que lo he buscado, haya podido encontrarle. Señor, mañana, antes que sea de día, iré a buscarlo y parecerá.

-¡Qué había de parecer! Torpe, descuidado... -gritó con enfado el amo-; de las garras de los ladrones o de los dientes de las zorras, no se saca lo que se llevan. Lárgate, y cuanto antes, que para nada me sirves. Esto me lo estaba yo temiendo, pues, como te he dicho otras veces cuando te veía en el campo con un libro en la mano, no se hacen bien dos cosas a un tiempo, y que quien iba a pagar tus «leyendas» era mi piara. No sirves para el caso, hijo, ni para nada, y así, lárgate con viento fresco.

-¡Señor, señor! Por mi pobre madre, no me eche usted; déjenos este pobre techo que la ampere; yo pagaré a usted el animal.

-¿Pagar? ¿Y con qué has de pagar un animal que vale más que tú?

-Señor, desquitará usted su valor de mi pan y avíos.

-Sandeces; nada, lo que me importa es salir de ti para que no me suceda otra. Te he dicho ya que cuanto antes te largues, que mañana es preciso que tenga el nuevo porquero la habitación desocupada, y da gracias a Dios que no te castigo como mereces.

Diciendo esto salió el dueño, que no era un mal hombre, muy persuadido de que había estado justo y hasta indulgente, sin fijar un solo instante su mente en la desolación que dejaba en pos de sí y en la desesperación en que sumía a dos seres tan desvalidos y desamparados.

Lo que sí tenía presente era el no exponerse, el que cifraba, no sólo su interés, sino su amor propio, en que todos viesan que «entendía» su negocio, a que otros hombres «positivos» (en todas las clases de la sociedad los hay) se dijese riéndose. ¡Hombre! ¿Conque ha perdido usted un gorrino por haberse echado un porquero que se entretiene en leer porque tiene una madre «leída y escribida», y no busca otro que sea para el caso? El que se mete a porquero, que sepa serlo y sepa el «arte» de guardar cerdos, y si no, que deje el cargo.

Éstos son axiomas de la práctica para sus seides; sentencias del incontrarrestable código del positivismo; fallos de la acatada ley del embudo, en cuyo tribunal no se admiten «considerandos».

Es un efecto muy general, aunque poco palpable y poco perceptible del egoísmo, el de no ponerse en la situación de los demás; si esto se hiciese, no sólo se procuraría a nuestros semejantes mayor bien, sino que éste se haría de una manera mucho más atinada, más útil y más acreedora a la gratitud del que de la ayuda ajena necesita.

Cuando estuvieron solos, el niño se echó, deshecho en lágrimas, al cuello de la pobre viuda, exclamando:

-¡Madre, madre, no lo he podido remediar! El día estaba tan oscuro, la lluvia era tanta, que no se distinguía a dos pasos de distancia; así, sólo cuando llegué pude notar que faltaba uno en la piara; volví al campo a buscarlo: bien vio usted lo mojado, rendido y lo tarde que regresé; ¡no ha sido culpa mía, madre!

-¿Y quién te culpa, hijo de mi corazón? Lo sucedido es sólo una desgracia, la última que nos podía acontecer; predestinados estábamos a morir ahogados; no ha sido en el mar, pero lo seremos por la angustia y la miseria; ¡cúmplase la voluntad de Dios! Vamos ahora a rezar, y dejemos venir el día de mañana para salir de estas ruinas, que a otros parecen tristes y repulsivas, y ¡tan queridas y apetecidas son de nosotros, abandonados, cual ellas, de los hombres!

Se pusieron a rezar, y algún tanto calmados sus ánimos por la oración, y cansados sus ojos de llorar, el pobre niño inclinó su cabeza sobre el pecho de su madre y ésta reclinó la suya contra la pared, y ambos se quedaron dormidos.

Dulce es el sueño; es un blando descanso de musgo y hojas de beleño, puesto a trechos como etapa en la agria y penosa cuesta que viviendo subimos. ¿Será acaso el vivir un estado de sufrimiento que no discernimos, por no conocer otro mejor, y cuya suspensión, que procura el sueño, nos hace a éste tan apetecido, tan dulce, tan necesario y tan reparador?

A la mañana siguiente, cuando despertaron, el niño corrió a la desvencijada ventana, que abrió. La tormenta había pasado, sin haber dejado vestigio, como pasa la indignación en un alma noble, sin dejar rencor. El cielo, como avergonzado de sus nubes y tormentas del día anterior, echaba a profusión sobre la tierra sus luces y su brillo. Los pájaros se cantaban alegremente unos a otros la enhorabuena; las flores y el cielo se miraban y se sonreían como amantes reñidos que se reconcilian. Los árboles y las hierbas se engalanaban con las gotas de lluvia que habían conservado, y que el sol tornaba en brillantes, y hasta la mar, postrada por sus convulsiones recientes, yacía en un letargo profundo, aunque inquieto.

El pobre niño aspiró con delicia la brisa pura y embalsamada que por la abierta ventana se precipitó, y sus ojos quedaron deslumbrados por el esplendor de aquel día radiante; su oprimido corazón se dilató como el cáliz de una flor a los rayos del sol.

-¡Madre -dijo-, mire usted qué hermoso día! Este sol alegre y anima el alma, como una mirada de misericordia de nuestro Criador; oiga usted cómo una suave brisa, que baja del cielo, murmura entre las olorosas flores, «consuelo», y entre las verdes hojas, «esperanza».

La pobre viuda suspiró, y le contestó:

-¡Espera tú, hijo, espera! La esperanza es la prerrogativa de la juventud e hija de la inexperiencia.

-No, madre; usted me ha enseñado que es hija de la fe.

-Cierto, hijo mío; pero son las esperanzas celestiales.

-También las terrenas, si son para confiar en que no nos faltará el sustento que Dios nos enseñó a pedirle. Así, esperemos...

-Hasta mediodía, y no más -dijo la voz áspera de un zagalón que en aquel instante llegaba, y dio otro sentido a la frase-; mi madre queda liando el hato, y en rematando se viene aquí, sin perder la derechura, para aviar la vivienda-. Lo que dicho, se encaminó a la zahurda a hacerse cargo de los puercos puestos a su cuidado, que salieron atropellados y gruñendo unos contra otros, con tan poca armonía para entre sí como para los oídos ajenos.

La madre y su hijo quedaron silenciosos, las manos cruzadas y las cabezas caídas sobre sus pechos. Al fin reventó la opresión del pecho de la infeliz viuda en hondos sollozos.

-¡Madre, valor! Confíe usted en que Dios no nos abandonará, pues a nadie abandona. Vámonos, madre, que ya vienen a echarnos; oigo pasos.

La puerta se abrió, y en el umbral se presentó una señora.

Era ésta joven y bella; su estatura era mediana pero parecía alta por la finura de su talle y cuello, por lo plano de su espalda y perfectas proporciones de sus miembros. Su cara era ovalada y pálida, con ese blanco mate y limpio de las pelinegras, la que aumentaba la belleza con el interés y distinción que le añade. Era su nariz aguileña y sus ojos pardos y hermosos; su porte digno, noble y grave; infundía respeto, al que tan luego la bondad y dulzura de su sonrisa unía el arrastre del cariño y de la confianza, que, como un imán, es anejo a los seres benéficos.

Vestía sencillamente de negro; cubría su cabello castaño obscuro, recogido sin pretensiones en dos trenzas, que iban a unirse a su rodete, una mantilla de anchas blondas, y guarnecían su cuello y mangas magníficos encajes blancos, sujetos a aquél con un broche y a éstas con unos pasadores poco visuales, pero de gran valor.

Estos detalles debieron pasar, y pasaron desapercibidos de la madre y del hijo, preocupados con su infortunio y aturrullados con la inesperada llegada de aquella señora.

Esta les dirigió la palabra con naturalidad y suma benevolencia, en estos términos:

-¡Pobrecitos! ¡Qué desmantelada vivienda ocupáis!

-¡Ojalá -contestó la infeliz mujer- que así fuese! ¡Pero ya no es nuestra!... Nos echan de aquí y no tenemos albergue alguno.

-¿Os echan? Tanto mejor, pues hecho me encuentro lo que a hacer venía, esto es, sacaros de aquí. Pero, pobrecitos, que estáis ambos casi desnudos y no podéis salir así.

Y volviéndose hacia la puerta, hizo señas a personas que debían estar del lado exterior, y al poco rato fue traído un enorme paquete que la señora desató, y con una satisfacción que brillaba en sus ojos con el más santo de los fuegos, el de la caridad, sacó y presentó a aquellos infelices las prendas de un completo vestuario.

-Señora -exclamaba la madre al recibir aquellos dones inesperados-, ¿son para nosotros, entes desconocidos del mundo entero, estas mercedes? ¿Venís equivocada?

-No. Hace unos días que el comandante de la Guardia civil refirió en nuestra presencia el hermoso rasgo de valor y de abnegación con el que salvaron a vosotros años hace los individuos de ese admirable cuerpo. Pregunté qué había sido de la madre y del hijo tan generosamente salvados, y hechas con celo las averiguaciones que pedí, supe vuestro paradero y mísera situación, y he venido a aliviarla; así lo ha dispuesto la Providencia Divina por medios naturales, así como en otras ocasiones se sirve de medios milagrosos para amparar al desamparado. Toma -añadió la señora, alargando a la pobre viuda unas monedas de oro-: ve a la capital y aguarda allí mi próximo regreso; sé que eres hábil costurera, y cuidaré que no te falte trabajo; sé que tu hijo es estudioso, y le pagaré sus estudios en el colegio, y después en la escuela industrial.

-¡Señora, señora! -exclamó enajenada la pobre mujer-: ¿sois un ángel bajado del cielo?

La hermosa señora respondió sonriendo:

-No soy un ángel, soy una mujer cristiana.

-Será sinónimo, pues esto que hacéis...

-Es una de las obras que nos enseña y denomina de misericordia la santa doctrina de Cristo.

-¡Oh, señora! -dijo cayendo de rodillas y derramando copiosas lágrimas la enajenada madre-; decidme vuestro nombre, vuestros títulos, pues sois muy poderosa para no tenerlos, a fin de que, mientras aliente, ruegue a Dios por nuestra bienhechora.

-Entre mis títulos, el que más aprecio es el de «madre de familia»; así, ruega a Dios por mis amados hijos y por su noble padre, que son mi gloria y forman toda mi felicidad.

La señora salió, y la madre y el hijo cayeron en brazos uno de otro. Un momento después oían pisadas de caballos, el ruido de un carruaje que se alejaba rápidamente, las campanas del lugar que repicaban animadas, y alegres voces que gritaban: ¡Viva, viva la Infanta!

-¡Madre, madre! ¿Ha oído usted?... ¡la Infanta! -exclamó admirado y sorprendido el niño-; pero si no es posible que sea ella la que ha entrado en esta zahurda!

-Pues ella ha sido, hijo mío; la Infanta, la digna hermana de nuestra reina, la que, como a ésta, ha colocado Dios muy alta, para que, una sobre el trono y otra a su lado, den ejemplo a los hombres en esta mezquina era de grandeza de ánimo, de valor, de magnanimidad, de generosidad, de apego a Dios, a la religión, a la familia, al país, y de verdadero amor a los pobres.

Leonor

- I -

-Conde -decía una señora a un grande de España-, he oído hablar de vuestra galería de retratos de familia, y desearía verla, deseos que abrigan igualmente estos amigos míos.

El conde, que era un hombre tan fino como bondadoso y franco, se apresuró a acceder a un deseo que no podía menos de lisonjearle, y al día siguiente recibía en su galería, a aquellas señoras, acompañadas de algunos de sus amigos.

Mientras recorrían aquel recinto, parando su atención ya en uno, ya en otro de aquellos rostros conservados por la pintura, cuando nada quedaba existente de los originales, como si el corazón hubiese pedido al estable pincel el auxilio que le negaba la frágil memoria humana, dos jóvenes, considerando aquel conjunto de retratos, hacían reflexiones, moneda hoy muy corriente, pero en la que se encuentran piezas falsas, tanto como de buena ley.

-Yo -decía uno de ellos, gallardo oficial de caballería- pondría los ricos trajes, las cruces y las mitras con que se engalanan estos retratos a esqueletos, lo cual, no sólo sería incontestablemente propio y exacto, sino también una justa censura de las antiguallas y la vanidad, dos cosas que son un anacronismo patente en nuestra época y modernas tendencias. ¡Qué poesía y qué filosofía habría en colgar una banda y una cruz de los desnudos huesos de un pecho vacío, y en colocar esas mitras sobre huecas calaveras!

-Sí, por cierto -contestó su interlocutor-; pero tu pensamiento poético-filosófico y palpitante de actualidad, según la expresión moderna, es un plagio.

-¡Un plagio! ¿Cómo?

-Habiéndolo tenido antes que tú nuestro archicatólico y antiguo pintor Valdés, como verlo puedes en el santo Hospital de la Caridad, fundado en Sevilla por el católico don Miguel de Mañara. Desengáñate, capitán; cuanto de bueno pueda decir la filosofía, está dicho antes y mejor en el Evangelio; cuanto pueda hacer la filantropía, lo ha hecho antes y mejor la caridad cristiana. Pero, hablando de bandas y cruces, ¿sabes que me han dicho que te han negado la de San Fernando?

-¿Cómo puede ser eso -exclamó sorprendido e irritado el oficial-, si el juicio contradictorio que se ha instruido me da derecho a ella?

-Porque dice el ministro que esas distinciones son únicamente pompa vana, y que debiendo morirte algún día y volverte esqueleto, no te debes cruzar.

-¿Si habrá salido el tal ministro de la Caridad de Sevilla?

-Tal vez -contestó su amigo-, o acaso de las aulas filosóficas. Pero lo que de cierto no ha brotado de ningún sentimiento caritativo es tu encubierta y pomposa crítica sobre conservar a los retratos las distinciones que merecieron y obtuvieron los que representan. Yo haría más si fuese dueño de esta galería y descendiente del hombre a quien representa el retrato ante el cual nos encontramos en este momento; yo escribiría al pie de esta noble figura de uno de los españoles caballerosos, espléndidos y amantes entusiastas de su país y de sus reyes, que el caballero que está en él representado, y cuyo pecho decora la cruz de Calatrava, modelo de los antiguos españoles, regaló a Carlos III un navío de guerra de caoba y de ochenta y cuatro cañones, construido a sus expensas, y cuyo costo no bajó de veinte millones de reales, porque tales rasgos honran, no sólo a las familias de aquéllos que los hicieron, sino al país de que son hijos.

Mientras discurrían así aquellos dos amigos, estaba parada la señora que había deseado ver la galería ante un retrato del cual no apartaba la vista, y mientras más lo miraba, más parecía agradaarle y cautivar su interés. Representaba a una joven en traje de religiosa agustina de la Concepción; su túnica era negra, y celeste el amplio manto que caía de sus hombros; su toca blanca y plegada formaba una punta sobre su frente, y en el semicírculo que describía a cada lado de sus pobladas sienes se veían las bien dibujadas entradas de una rica y negra cabellera. Aunque la pintura mejicana de este cuadro no era buena, por carecer de sombras, tenía aquella minuciosa exactitud de detalles que nada omite y que copia fielmente; así era que los magníficos ojos negros de aquella joven expresaban a un tiempo una inocencia de corazón y una firmeza de carácter tan unidas, que no pudo el pintor trasladar al lienzo la una sin la otra. Sus cejas estaban bien dibujadas, así por la naturaleza como por el pincel; su boca era pequeña y fresca como un clavel, y su nariz, un poco corta, demostraba que a veces el capricho hace más graciosa y linda a la hermosura que una clásica y cumplida perfección.

Habiendo también este precioso retrato muy especialmente llamado la atención de las demás señoras, y preguntado al conde de quién era, díjoles éste que de una tía suya; suplicáronle entonces que les diera cuantos detalles supiese sobre la vida de tan linda

religiosa; accediendo galantemente el conde a sus deseos, les entregó un manuscrito en que estaban consignados estos hechos, que una de las señoras copió, y que vamos a comunicar al lector.

- II -

A fines del siglo pasado, Méjico, la hermosa hija de España, vivía rica y feliz, digna y próspera, asida a su bandera de oro y púrpura, sonriendo a un porvenir de paz y de ventura.

¿Quién reconocerá hoy en la ciudad que desde hace cerca de medio siglo es teatro de la anarquía, del escándalo, del desenfreno y de las malas pasiones, a aquella magnífica capital, honor y prez del continente americano, a quien España dio alma con su santa fe y vida con el noble pendón a cuya sombra creció tranquila, respetada, creyente, culta y agradecida? ¡Sí, ella es la que aún conserva lo que los hombres no le pueden quitar: su suelo privilegiado, su cielo puro, pero profanados ambos con el horrible espectáculo de la ingratitud, de la traición, de las doctrinas disolventes, anticultas y antirreligiosas, que pervierten su índole y destrozan su seno! ¡Qué no sería aquella metrópoli del Nuevo Mundo si hubiese desechado su ingrata emancipación y seguido como digna hija bajo la decorosa y suave tutela de la madre patria!

Pero apartemos la vista de lo presente y retrocedamos a aquellos dichosos días.

Descansaba el mando, en la época en que acontecieron los hechos que vamos a referir, en manos del poderoso virrey don Miguel José de Azanza, a quien autorizaba la madre patria a dar al elevado cargo que ejercía todo el prestigio, toda la fuerza y dignidad necesarias para revestirlo de la altísima importancia que revelaba su título.

Conforme entonces cada cual con el lugar que la Providencia le destinaba en el escalafón que constituye la sociedad humana, la prosperidad seguía su marcha progresiva, sin disturbios ni pretensiones destructoras del orden establecido. Era la alta clase demasiado digna y señora para ser bullanguera, y demasiado prudente para afanarse por alcanzar una flor de un día, sacrificando el arraigado tronco secular, herencia suya, al par que la clase llana estaba lejos de alzarse con pretensiones que condenaba en la superior. Tranquilo se deslizaba el tiempo como un manso río, sin que corrientes fangosas y extrañas enturbiasen sus aguas ni le hicieran salir de madre.

Pero demos principio a nuestro relato.

Hay una quinta inmediata a Méjico, en la que el arte y la Naturaleza se han unido para embellecerse mutuamente. Entre las plantas más bellas y frondosas brotan surtidores de alegres aguas, que brillan al sol, como si sonriesen a las flores antes de ir a besarles los pies. Cerca de una, de estas fuentes, rodeada de jarrones de China, en que florecían las plantas más raras y bellas, veíase sentado una tarde a un anciano sacerdote, de rostro sereno y digno, cuyos negros hábitos condecoraba la roja cruz de Santiago; a su lado se hallaba una señora joven, ricamente prendida, y ambos fijaban con indecible cariño su vista en otra

Joven, casi niña, que, vestida de blanco, se entretenía en formar un ramo con las mejores flores que aquellos jarrones contenían.

No podía darse nada más encantador que aquella joven tan engolfada en la confección de su ramo. No era alta, pero sí perfectamente formada. Su cara blanca y sonrosada parecía pequeña para contener sus grandes ojos negros, cuya mirada, alternativamente alegre como el sol y grave como la luna, pero siempre inocente y pura, se fijaba en las flores que cautivaban toda su atención; las manos que las manejaban, notoriamente pequeñas y blancas, parecían jazmines que formasen parte de los ramos. Su alba tez contrastaba con el pronunciado negro del color de su cabello, y sus prominentes y rojos labios parecían retener una alegre y maliciosa sonrisa por respeto a aquel sacerdote. Era éste su padre, el conde de Nerbas, que, después de haber enviudado, había recibido las sagradas órdenes. Tenía dos hijas, que eran las dos jóvenes que acabamos de dar a conocer al lector, la más pequeña de las cuales se llamaba Leonor, estando casada la otra, de muchos más años que aquélla, y que la amaba con la ternura de una madre, con el poderoso conde de Elgra.

-Padre -dijo la condesa al ver que el sol recogía sus últimos rayos-, ya es hora de retirarme y de llevarme a Leonor, pues es necesario que empecemos nuestros preparativos para el baile que da el virrey, al que no nos es posible faltar.

-Es cierto -repuso el conde- Id, pues, y que Dios os acompañe.

Leonor se levantó alegremente, se acercó a su padre y le besó la mano, diciendo con respeto:

-Esto como a sacerdote.

Y luego, saltando a su cuello, lo abrazó, añadiendo con ternura:

-Esto como a padre.

Ambas jóvenes desaparecieron entre los arbustos y las flores, mientras las seguían, como ángeles custodios, las enternecidas miradas del anciano.

La corte virreinal era una semejanza de la de Madrid. El virrey, que representaba la persona del soberano, alcanzaba todo el respeto y todas las atenciones que aquél en España, y los títulos de Castilla gozaban en su palacio las mismas consideraciones que los Grandes en el palacio de Madrid. El que ocupaba el virrey era un vasto edificio, situado en una inmensa plaza; aunque sin pertenecer determinadamente a orden alguno de arquitectura, era digno y notable por su grandiosidad.

Llenos estaban sus inmensos salones aquella noche de cuantas personas escogidas contenía la gran capital americana, cuando se presentaron la condesa de Elgra y su hermana Leonor. Llevaba ésta una túnica o, como ahora se denomina, vestido de dos faldas, de tul blanco, recogida la superior con ramos de jazmines; una guirnalda de éstos en la cabeza, y adornado su albo cuello con un riquísimo collar de esmeraldas. Todas las miradas se fijaron en ella, llenas de admiración. Salió el virrey al encuentro de las hijas del conde de Nerbas, y

mientras hablaba con la condesa, acercósele presuroso uno de sus caballerizas, joven teniente del ejército, para hacerle una pregunta cuya contestación urgía. El virrey dio ésta brevemente, pero el oficial no se movió; fija la vista en Leonor, absorto y abstraído, parecía que toda su atención, su inteligencia y su ser se habían reconcentrado en la mirada que tenía fija en aquella encantadora aparición.

-¿Qué os detenéis? -dijo el virrey-. Id, Camino, que nada tengo que añadir.

Alejose el oficial, pero no sin que Leonor hubiese notado aquella mirada del alma clavada en ella, y que tanto lisonjea a una hermosa cuando es hija de la admiración y no heraldo del atrevimiento.

Camino, que había llegado a Méjico con el virrey, y a quien éste profesaba mucho afecto y demostraba gran confianza, era un joven tan modesto y simpático, que se había ganado el aprecio y la benevolencia generales. Contribuía a esto la manera digna y natural con que procuraba huir de todas las ocasiones de figurar en primer término, a pesar de la importancia que le daba la marcada preferencia con que le distinguía el virrey.

Como suele suceder que la sociedad otorgue ampliamente aquello que no se exige, había ésta asignado a Camino un honroso lugar en su seno.

El sarao se animaba. La actividad del baile y la aglomeración de gentes en movimiento y distraídos por él originaban esa clase de inobservancia que suele animar a los tímidos.

Leonor había notado desde que empezó el baile que por todas partes la seguían las miradas del joven favorito del virrey, y aun sin ver al que se las dirigía, sentíalas posarse sobre ella como dos brillantes y ardientes rayos del sol. Merced a la confusión propia del baile, el joven se acercó a ella y le pidió ser su pareja para la siguiente contradanza. Concedióselo gustosa Leonor, y ya no sólo bailó con ella entonces, sino toda la noche.

Leonor, que salía al mundo sin el necesario conocimiento de sus usos, y que tenía bajo aquella suave y tranquila apariencia un carácter singularmente decidido y una voluntad muy independiente en su origen, por más que, muy sumisa a lo que conceptuaba deber estarlo, no conoció que con la preferencia concedida a Camino se singularizaba, ni mucho menos previó que esta misma preferencia debía dar pábulo a las esperanzas de aquel joven, aunque es de temer que si lo hubiese comprendido así no se hubiera detenido ante esta consideración, pues no arredraban a su fuerza de voluntad pequeños obstáculos, del mismo modo que esta misma fuerza de carácter la habría hecho someterlo todo a cuanto juzgase que exigían de ella la razón y el decoro. No es de extrañar, pues, que en aquella noche, en que brotó simultáneamente en dos nobles y firmes corazones una pasión que había de decidir del destino de su vida, quedasen unidas sus voluntades, como a veces lo están en el cielo la luz del sol y la que de éste recibe la luna.

Con disgusto observó la condesa de Elgra la ostensible preferencia concedida por su hermana al caballerizo del virrey, y apenas se hallaron solas, de regreso a su casa, cuando le hizo notar toda la inconveniencia de su comportamiento.

Oyó Leonor a su hermana con cierta extrañeza y desagrado, contestándole que no comprendía que se pudiera poner objeción seria y fundada a una inclinación cuyo término sería un enlace que no podía causar disgusto grave a su familia.

-¡Cómo! -exclamó la condesa-. ¿Puedes ni aun imaginar que un pobre teniente, cuyos antecedentes se desconocen, sea el partido que convenga a una hija del conde de Nerbas, pretendida por los primeros, más ilustres y poderosos caballeros de Méjico?

-Por lo mismo que tengo bienes de fortuna, no necesito buscarlos en el compañero que elija -contestó Leonor-. Camino es un hombre que por su mérito y valer ha sabido granjearse la amistad del virrey, y por su comportamiento el aprecio general; esto basta para que se hallen en mí de acuerdo mi juicio y mi corazón.

Todas las objeciones que hizo la condesa no pudieron conseguir que variase de opinión su hermana, ni todos sus consejos lograron hacerla mudar de propósito.

Anduvo el tiempo, y viendo la condesa que en todas las reuniones a que concurrían se entregaban los amantes sin rebozo ni recelo a la inclinación que los arrastraba, y que cada día iba en aumento, determinó dar aviso de ello a su padre.

Mucho disgustó a éste la noticia, pues aun en el caso de que su corazón le dictase no oponerse a los deseos de su hija, las exigencias sociales de su época le vedaban consentir que se enlazase con un joven que, sobre estar al principio de su carrera y carecer de fortuna, era de humilde extracción.

Las costumbres e ideas de aquella época lo traían así consigo, y le causó y debió causarle, por tanto, gran sorpresa y dolor que su hija bajase de clase en la elección que había hecho de un hombre para amarlo. Entonces los padres encumbrados exigían, para casar a sus hijas, igualdad, jerarquía y sangre noble; hoy no se exige aquélla, sino posición y dinero. Entonces el orgullo buscaba linaje; hoy la vanidad busca riqueza; ambas cosas son nacidas de malos padres, pero la primera se funda al menos en el respeto a la memoria de grandes hechos, de gloriosos servicios al rey y a la patria, mientras que la segunda sólo tiene por base la codicia.

Llamó el conde a Leonor y la hizo cuantas reflexiones le sugerían su razón, su dignidad y su cariño; todas las combatió y ninguna convenció a aquella niña tan débil, suave y flexible en su físico, y tan entera e inmutable en su parte moral. No trató de persuadir ni enternecer a su padre; sabía que por sus años, por su carácter austero y por su estado, no le movería a variar sus ideas una pasión amorosa; además, Leonor era reconcentrada como suelen serlo las personas de mucha fuerza de carácter; no había leído novelas, no creía compatibles con el retenimiento y la modestia anexos, instintivos al sexo femenino, esos descompuestos extremos, esas escenas trágicas en que, por casarse con un hombre a quien quieren, incurren las jóvenes que no respetan a sus padres, a la opinión ni a sí mismas. Por todas estas razones no trató de resistir ni de desobedecer el mandato de su padre, cuando le ordenó que no volviese a ver ni a hablar a Camino, y esta orden fue tanto mejor cumplida

por ella cuanto que entonces la autoridad paterna, lo mismo que la sacerdotal, era un valladar que no traspasaban las humanas pasiones sino muy rara vez.

Pasó tiempo; no se había vuelto a nombrar a Camino, pero la paz y el contento habían desaparecido del seno de aquella familia, antes tan feliz. El conde había envejecido; sobre la severa frente de su hija mayor diseñaban los cuidados su triste sello, y Leonor, alternativamente animada por una, aunque remota esperanza, y abatida por el desconsuelo, y excitada de continuo por esta incesante lucha, había caído al fin postrada en su lecho.

Una tarde entró la condesa de Elgra en la habitación de su padre, Estaba pálida y abundantes lágrimas corrían por sus mejillas.

-¿Qué tienes, hija mía? -le preguntó el conde, que amaba con ternura, así a ella como a su hermana.

-Padre -contestó la condesa-, acabo de hablar con el médico, y me ha revelado que el estado de Leonor es muy grave, y que su pasión de ánimo ataca ya sus órganos vitales; padre, entre un mal casamiento y un féretro, ¿cuál preferís para vuestra hija?

No pudo proseguir, porque consternado el conde, se había levantado y se dirigía presuroso al cuarto de Leonor.

-Hija de mi alma -exclamó al entrar, estrechando a la postrada enferma entre sus brazos-, desecha el mal que mina tu salud. Si la causa es el no ver realizados tus deseos, renuncio a todas mis esperanzas por tu futuro bienestar, y sacrifico el lustre de nuestra familia, que ha sido el anhelo de toda mi vida y el blanco de todos mis deseos, a ver los tuyos cumplidos, toda vez que lo contrario ha de ser para ti una pena sin consuelo y sin olvido, que llegue a poner en peligro tu vida. Por más gestiones que he hecho, tan oscuro y pobre es el origen de Camino, que no he podido averiguarlo; pero voy a dirigirme directamente al virrey para que me informe de los antecedentes de su protegido, y como un obstáculo insuperable no lo impida, te prometo aceptarlo por hijo.

Un suave carmín, una sonrisa aún mas suave fueron la respuesta de la enferma, que cogió la mano de su padre, que besó con apasionada gratitud.

El conde se dirigió sin detenerse, al palacio del virrey, y fue anunciado y recibido al momento.

El triple carácter de padre, de ministro del Señor y de esclarecido prócer de que venía revestido, unido a su ancianidad, aumentaban la dignidad del conde, quien, después de saludar al virrey, le habló en estos términos:

-No es por cierto, señor virrey, una impertinente curiosidad la que me mueve a rogarle como padre, como sacerdote y como caballero, que me informe sobre un asunto cubierto con un velo de misterio para todos, pero que la tranquilidad de una familia y la suerte de uno de sus miembros hace forzoso descorrer. Así es que, bajo el triple concepto de padre,

de sacerdote y de caballero, le suplico me diga quien es, cuáles son los antecedentes del caballero don Bernardo Camino.

La fisonomía del virrey expresaba un embarazo y un pesar crecientes a medida que hablaba el conde. Por un momento calló, y dijo después:

-Conocí a Camino en Madrid. Sus buenas prendas, poco comunes, me lo hicieron apreciar, y cada día me ha dado nuevas muestras de sus sobresalientes cualidades. Pertenece, como sabéis, a la honrosa carrera de las armas, que le abre un porvenir seguro y brillante. Sus padres son pobres, pero honrados; esto es, creo, cuanto necesitáis saber.

-Bien sabía -repuso el conde-, cuando vine a palacio, el mérito de Camino, su carrera y sus lisonjeras esperanzas para lo porvenir. Vuestra respuesta, señor Virrey, es evasiva y no aclara lo que deseo y me precisa averiguar; esto es, la clase a que pertenece y lo que era antes de que lo llamaseis a vuestro lado.

El embarazo del virrey aumentaba, e iba tornándose en una agitación que no podía ocultar a la enérgica y fija mirada del conde; evidentemente, ni le era fácil, ni acertaba a contestarle, lo que, notado con pesar por su interlocutor, le dijo con sequedad:

-Señor virrey, respeto las causas que podáis tener para no darme más amplios informes sobre don Bernardo Camino; pero sabed, si acaso aún lo ignoráis, que sin tenerlos cumplidos y satisfactorios, no emparentan los caballeros de Méjico con sujetos que, aunque tengan prendas personales y la ventaja de pertenecer al ejército de su majestad, ocultan, sea cual fuere la causa, sus antecedentes. Por última vez -añadió poniéndose en pie para retirarse- os requiero, señor, por esta cruz de Santiago que honra mi pecho como honró los de mis antepasados, y que decora el vuestro, que me digáis lo que era Camino antes de que lo hicieseis oficial del ejército y caballero vuestro.

La contrariedad que había expresado hasta entonces el semblante del virrey tornose en profunda tristeza cuando, después de vacilar unos instantes, contestó de esta suerte:

-Me obligáis, señor conde, y con ello me dais un gran pesar, a revelaros un secreto que hubiera querido conservar siempre ignorado de todos; pero ya que me habéis comprometido a ello por cuanto puede obligar a quien tiene honor y conciencia, me veo precisado a decir que Camino, antes de ocupar el puesto en que hoy dignamente se encuentra, era un servidor mío, era mi ayuda de cámara.

El conde nada contestó; saludó al virrey y salió.

La dolorosa sorpresa que contenía su alma no se notó tampoco en su grave semblante cuando entró en el cuarto de su hija, a la que no creyó del caso dirigir amonestación alguna, contentándose con hacerle en breves frases la misma revelación que acababa de oír de boca del virrey, y alejándose en seguida sin añadir una sola palabra.

El conde conceptuó que Leonor, criada bajo el régimen y la influencia de aquellos tiempos, renunciaría desde luego a su unión con Camino, graduándola de uno de esos

imposibles definitivos e insuperables, cuyas consecuencias, semejantes a las de la muerte, no pueden ser modificadas por la voluntad del hombre ni por medios humanos, y que pronto condenaría y desterraría, por tanto, de su corazón un amor reprobado, ilícito y sin porvenir, como un amor adúltero, pues a la verdad esto venía a ser considerada socialmente su pasión, no ya sólo por pertenecer como pertenecían ambos amantes a distintas clases, sino por la calidad de las funciones que había ejercido Camino. Constáble que su hija estaba amamantada en las severas doctrinas religiosas, el recato en el sentir, el freno en la voluntad, la sumisión a la autoridad paterna y la conformidad en los reveses, y creyó, en consecuencia, que no sólo no combatiría con indecorosos extremos los deberes que aquéllos le imponían, sino que se sometería a ellos con suave mansedumbre femenina, muy ajena por cierto del espíritu de emancipación que cunde en nuestros días.

Llévanos este aserto a observar que si hoy no se presencian más escándalos ni se ven más casamientos a disgusto de los padres, es porque las jóvenes contemporáneas se prestan en lo general admirablemente a entrar en los cálculos que forman aquéllos para establecerlas, asignando a la pasión del amor un poder muy limitado y una influencia muy subalterna, disposición que celebramos y enaltece mucho en sus efectos, por más que estemos muy distantes de hacer lo mismo en cuanto a sus causas.

El conde no se equivocó; Leonor recibió la comunicación de su padre como habría recibido la noticia de la muerte de su amado.

Cuanto pasó y sintió quedó oculto y sepultado en su pecho, como en el seno de la tierra cuanto es presa de la muerte.

Leonor calló, no por mutismo, sino por el hábito de reserva que en el austero trato de su digno padre había adquirido, así como también por efecto de esa fuerza de voluntad que le era propia.

Avisado Camino por uno de sus amigos de que el conde de Nerbas había tenido una entrevista con el virrey, según había colegido por haber visto el carruaje del primero estacionado ante el palacio, dirigióse hacia allí y penetró, como tenía de costumbre, en las habitaciones del virrey; pero en la puerta del despacho de éste fue detenido por el alabardero que en la antecámara se hallaba de guardia.

-¿La entrada me está vedada? -exclamó retrocediendo y consternado Camino.

-Tal es la orden que he recibido -contestó el alabardero-, con el encargo de entregaros este pliego.

Camino cogió en sus trémulas manos el pliego, y anhelante y poseído de un aciago presentimiento, rompió el sello y lo desdobló. ¡Cuál no fue su asombro al ver en él la orden de marchar a las pocas horas a Veracruz y embarcarse allí en la primera embarcación que se hiciera a la vela para España!

El mandato era apremiante; todo el poder del jefe supremo se ostentaba en él, sin que nada recordase el protector, el amigo.

-¡Así me abandona y desvía de sí el que parecía ser mi segundo padre, el que era mi solo protector! -exclamó Camino dejándose caer sobre un sitio, con ese desconsuelo peculiar del desamparado y ese espantoso vacío del aislamiento.

Escapósele de las manos el funesto pliego, y entonces notó que la cubierta contenía dos; abrió el que aún no había leído y vio que era un despacho de capitán. Cual hiende de improviso un rayo de sol las opacas nubes que obscurecían la tierra, penetró uno de esperanza en el corazón de Camino. La justa guerra contra la república francesa que, feliz en un principio para nuestras armas, guiadas por la vencedora y gloriosa espada del ilustre general Ricardos, y funesta después bajo la conducta del valiente pero desgraciado conde de la Unión, que había de volver a tornarse próspera para España merced a las altas dotes del sabio general Urrutia, tenía abiertas entonces en la Península las puertas de oro de la verdadera e inmarcesible gloria, y todos los españoles de todas clases y condiciones se precipitaban ansiosos por ellas al santo grito de religión, rey y patria, sin necesidad de invocar para nada, la unión, pues unánimes todos en sus generosos sentimientos, no había desunión posible.

Camino comprendió la senda que le marcaba su protector: conquistar un nombre glorioso, adquirir con la espada, genuina fuente de nobleza, el puesto que había de encumbrarlo a la altura de la mujer que amaba, fue lo que le pareció indicarle el despacho que le facilitaba los medios para ello, y en seguir este nuevo rumbo cifró su esperanza, su estímulo y su consuelo, viendo en hacerlo así el único medio, aunque remoto, de que aquella cruel pero inevitable separación no fuese eterna. Todos estos pensamientos, unidos a los dolores de la ausencia, expresó en una larga carta que escribió a Leonor, en la que mezclados formaban como una corona de ciprés entretejida con rosas, y a las pocas horas partió.

Leonor, al recibir esta carta, la quemó resueltamente sin leerla, después de lo cual cayó de rodillas bañada en llanto.

Todo esto fue ignorado de su familia, en cuya casa no volvió nunca a pronunciarse el nombre de Camino.

Leonor no hizo alteración alguna en su modo de ser y de vivir. Salía, entraba, iba a todas partes adonde su hermana la llevaba.

Dos años pasaron de esta suerte. Alentados los pretendientes a la mano de la rica y bella heredera, recibió el conde varias proposiciones, y no mostrando Leonor preferencia por ninguno de los que la solicitaban, determinó su padre hablarla e inclinar su ánimo hacia aquél que le parecía reunir más ventajas y más elementos para hacer su destino feliz. Hízolo así, y Leonor le escuchó con acatamiento y calma; pero cuando hubo concluido, le contestó:

-No he podido ser esposa del solo hombre que he amado y amaré en mi vida, y no lo seré de otro alguno. He querido que una resolución firme e irrevocable, tomada por mí desde el momento en que la suerte nos separó, y que desde aquel día ha sido todo mi consuelo, no os pareciese pasajera y atropellada, y sólo hija de la vehemencia de mi dolor;

así es que nada os he dicho hasta el día de hoy, en que se me presenta la deseada ocasión de hacerlo; han pasado dos años desde que ofrecí a Dios, entero, un corazón que no podía ya ocupar otro sentimiento que el santo amor a Él, único amor que proporciona calma y dulzura al corazón, que es inmutable, y que empieza por dar consuelo y acaba por hacer olvidar las penas y dolores de este mundo.

Al oír estas palabras, venciendo el amor paternal a las consideraciones de sacerdote, exclamó el conde, amargamente sorprendido por la perentoria declaración de su hija, que destrozaba su corazón de padre y destruía sus esperanzas de cabeza de familia:

-Nunca consentiré...

-Señor -le interrumpió Leonor con templada firmeza-, no podéis desaprobarme una determinación que vos mismo tomasteis... Si el esposo que había elegido mi corazón humillaba a la familia, el que ahora elige mi alma la honra y enaltece; debéis, pues, aprobar esta mi determinación, así como debisteis reprobar la otra.

-Si ha de ser para el bien de tu alma -repuso el conde, vuelto en sí de su primer movimiento de repulsa-, único bien real a que debe aspirar el hombre en su transitoria peregrinación por un mundo cuyos bienes jamás han llegado a satisfacer sino momentáneamente al que logre disfrutarlos, hágase según tu voluntad, y que no sea un padre y un sacerdote el que se oponga a ella cuando va bien guiada. Elévense a la par de las tuyas mis esperanzas y mis anhelos. Persuadido de lo premeditado de tu determinación y de la constancia de tus sentimientos, no me opongo a tu resolución, y si pierdo el encanto de mi hogar doméstico, adquiero en cambio un ángel que a Dios ruegue por mí, y que me retribuya, con oraciones de su candoroso corazón y de sus puros labios, las bendiciones que derramo y he derramado durante toda mi vida sobre tu cabeza.

Leonor entró en el convento de agustinas de la Concepción, y al año profesó con el contento y la alegría que le eran propios en sus primeros años. Todos sus amigos y deudos asistieron al solemne acto de su profesión, y muchas lágrimas de ternura y de admiración fueron vertidas, pues tal es nuestro apego a las cosas mundanas, que el renunciar a ellas por las del cielo nos parece un heroico rasgo de virtud y un doloroso sacrificio.

Una vez monja Leonor, apresurose el virrey a llamar nuevamente a su lado a Camino, quien no se apresuró menos en acudir a este llamamiento, ceñida ya su sien de bien ganados laureles, y lleno además el corazón de dulces esperanzas, por imaginar que el amor y la constancia de Leonor, unidos a la amistosa intervención del virrey en favor suyo, habrían podido vencer la oposición del conde de Nerbas a su enlace con Leonor y sido causa de su regreso.

Llegó a Méjico, encaminose desalado al palacio virreinal, y se presentó gozoso a su protector.

-Ya ves -le dijo el virrey, que en la intimidad favorecía a Camino con el tío paternal que le dictaba su cariño-, ya ves cómo desde que han cesado los obstáculos que se oponían a tu vuelta y motivaron tu ausencia, que era el único medio de prevenir muchos males, me he

apresurado a llamarte a mi lado, libre ya de los cuidados y temores que aquéllos me inspiraban.

-¿Y el conde de Nerbas, ha consentido? -exclamó ebrio de alegría Camino, que suponía, como hemos dicho, que el haber cesado los obstáculos a su estancia en Méjico era debido a no haberlos ya en sus amores con Leonor.

-Consintió -repuso el virrey- en el deseo de su hija, y a pesar de que destruía todas sus esperanzas de cabeza de una ilustre y poderosa casa, porque consideró que la primera obligación de un padre es la de mirar por la felicidad de sus hijos, y que debe anteponerse a todas las miras terrenas.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Camino-; ¿así, pues, Leonor me aguarda?

El virrey lo miró asombrado, y tornándose poco a poco su mirada triste y compasiva, le dijo con voz solemne:

-Sí, Camino; Leonor te aguarda, pero en un mundo mejor, no en este, al que ha renunciado, muriendo para él dulce y suavemente en el convento de monjas agustinas de la Concepción, en el que ha profesado.

Camino no oyó más, y sin cuidarse de las reglas sociales, se precipitó, sin añadir palabra, fuera de la estancia de su protector, y sin tomar aliento llegó al indicado convento, en el que pidió que avisasen a la recién profesa, que había en el locutorio una persona que venía con un recado de su padre.

A pesar de la moderación de su carácter, al ver Camino a la que amaba en traje de religiosa, sintió un dolor desesperado que le hizo desahogar su pecho con todo el arrebato y la elocuencia de la pasión, y le impulsó a proponer a Leonor que le facultase a ir a Roma, y, echándose a los pies del Santo Padre, obtener que desatase con su poderosa y autorizada mano lazos anudados tan ligeramente y por razones de tan poco valer en la alta esfera del sentir, y cuyas consecuencias no podían ser otras que causar la desgracia de dos personas que unidas habrían sido felices.

Leonor rechazó con dulzura, pero con alta dignidad, tan descabellada proposición, y aumentándose entonces la exaltación de Camino, por el despecho que le causaba la negativa de aquélla, prorrumpió en amargas quejas, acusándola de no amarle ni haberle amado nunca y de no sentir ni comprender el amor.

-Comprendo y siento -contestó Leonor- que no se ama más que una vez en la vida, y que este amor agota las fuentes que le dieron vida; pero no el que este amor se sobreponga, en una persona de carácter y de fuerza de voluntad, a todas las condiciones sociales, a la razón y al deber de hija. Ese amor de pasión del que pretendéis los hombres hacer casi una virtud, no lo es tal: es sólo una calentura, con todos sus padecimientos y delirios, que, transitoria y fugaz, no se debe fomentar con estímulos, sino serenar con calmantes. Hay otro amor, Camino, de más fuerza, de más duración y de más porvenir, puesto que el suyo es la eternidad. Éste crece sostenido por otros móviles que la pasión terrena, y se satisface muy

de otra manera. Decís que no sé amar porque no comparto con vos la violencia que todo lo arrastra, el ímpetu que a todo se sobrepone. Yo creo, por el contrario, que la buena calidad del amor se demuestra más en el exclusivismo y en la constancia que en la pasión, ese fatal estado del hombre que muchos tratan por desgracia de enaltecer, y que es casi siempre el origen de todos sus males. En el siglo, sólo a vos amé; en el claustro, sólo amo a mi Criador y Dueño, y aun dado el caso de que sin pedirlo yo se abriesen de par en par las puertas de este asilo de consuelo y de paz, de esta alegre y tranquila tumba en que nada nos distrae del santo y único fin del hombre, que es prepararse a la vida eterna, nunca, no, nunca resucitaría para sufrir la que murió para descansar.

-Pues adiós, Leonor -dijo Camino con la calma del dolor sin remedio, sin consuelo y sin olvido-; busqué la gloria, porque creí que me acercaría a vos; ahora buscaré la muerte, puesto que me es inútil la gloria.

Camino regresó a España, hallando años después la gloria que no buscaba y la muerte por que ansiaba en la guerra eternamente memorable de nuestra Independencia.

## Los dos memoriales

En una de las humildes casas cobijadas por techos de anea o chamiza, de los que en casi su totalidad se compone el pueblo de Dos Hermanas, estaba, a fines del verano de 1862, una anciana, en cuyo expresivo rostro se pintaba la aflicción y la angustia, ocupada en reunir unas sillas bastas, unos cuadritos y otros enseres de poco valor, pero de gran precio para su dueña, pues constituían todo su ajuar.

-¿Qué está usted haciendo, tía Manuela? -la preguntó otra mujer joven y alta, cuyas ropas raídas demostraban suma pobreza, y cuyo semblante abatido atestiguaba también en ella pesares-. ¿Se va usted a mudar?

-Yo, no, Josefa, hija -contestó la anciana-, pero voy a mudar mi ajuar. Arrepara el techo de mi casa, que se ha vencido y está para desplomarse, por lo que voy a pedirle a Rosalía que me recoja estos chismes en su casa.

-Yo ayudaré a usted a mudarlos -repuso la joven, y cargando con parte del ajuar, precedida por la dueña, que llevaba lo restante, atravesaron la calle y entraron en la casa de la indicada vecina.

-¿Qué es esto, tía Manuela? -exclamó ésta al verla entrar-. ¿La echan a usted de su casa?

-Sí, hija -contestó la interpelada-; me echan y con cajas destempladas, esas nubes, que si les da gana de descargar, van a hacer de mi casa un lodazal, pues el techo, que es más viejo que yo, se ha vencido y está hecho una criba. Quiero, al menos, resguardar mi ajuar, y para eso déjame, hija, que lo meta en tu sobrado, y Dios te premiará la buena obra.

-Sí, señora, con mil amores; pero usted, ¿qué se va a hacer sin su ajuar?

-No lo sé, hija; pero como tenerlo en casa es lo mismo que tenerlo en la calle, preciso era buscar donde cobijarlo.

-El caso es, tía Manuela, que si usted no ve de componer el techo de su casa, se le va a desplomar a las primeras aguas de la otoñada, y ya no será mojados, sino aplastados, como van ustedes a hallarse.

-Hija, ¿y qué le hago? Mi Juan, que no sabe techar, no puede componerlo; tendríamos que pagar a un techador y comprar la chamiza, por la que piden a treinta reales la carretada; te harás, pues, los cargos, que estando mi Juan viejo y con un bulto entre las costillas, no pudiendo ganar ni para pan, ¿de dónde habíamos de sacar esos gastos? Ya me se previene que nos vamos a quedar sin casa, porque la nuestra se va a hacer alberca. ¡Ay mi casita! ¡Mala es, pero me estaba mirando en ella como en un espejo!

En ella murieron mis padres y han nacido mis hijos, y fuera de ella, Rosalía, te digo mi verdad, que no me hallaría ni en un palacio. La tengo de abolengo, y conocida es por la casa de los Ortegas ende abinicio.

En ella lo he pasado tan retebién, pues además de ser mi Juan un trabajador de los de punta y ser en mi casa el jornal seguro como el sol de Dios, ha sido mi Juan la flor y nata de los hombres de bien, y me ha dado buena vida. Sembrábamos la hacecita de tierra suya, y hogaño se queda vacía por no poder menear la simiente ni él trabajarla. ¡Mira si caben más desdichas!

Y rápidas unas tras otras, como vierten nubes de tormenta las suyas, corrían lágrimas por las escuálidas y atezadas mejillas de la pobre anciana.

-Tía Manuela -dijo la mujer joven que le había ayudado a mudar su ajuar-, vamos, que las desdichas mías no se quedan atrás. Usted tiene a sus hijas casadas y establecidas, y aunque pobres, mientras trabajar puedan, no le ha de faltar a usted y a su padre el pan; pero yo, que tengo a mis niñas chicas y a mi marido desde tres meses con tercianas, sin tener para que duerman mis hijitas más que el suelo pelado, sin una mala manta con que abrigarles, de manera que de arrecidas me se van a morir en diciendo el frío: ¡aquí estoy!

-¿Cómo es eso, mujer? ¿Pues qué, tu marido no lo ganaba antes que le acometiesen las malvadas tercianas?

-Sí, señora, tía Manuela, y su jergoncito, sus almohadas, sábanas y manta tenían mis niñas; pero mi suegro, que era viudo, vino malo del campo, ¿y dónde había de parar sino en

casa de su hijo? En la cama de mis niñas pasó la enfermedad, que fueron unas postemas y unas pútridas que se lo llevaron, y después dijo el médico que la cama, las ropas y cuanto le había servido se quemase, porque aquella enfermedad era muy mala y muy pegajosa; así es que duermen mis niñas en el santo suelo, sin que tenga yo para cobijarlas ni la manta de su padre, porque cuanto teníamos vendimos para sostenerle al suyo la enfermedad, y ustedes me dirán qué va a ser de esas niñas en llegando el invierno. ¡Mire usted, tía Manuela, que lo que a mí me pasa salta a los ojos y me echa un dogal al cuello!

-Ya se ve, hija, ya se ve que cuando Dios extiende su mano a todas partes alcanza. ¡Lo que es a mí lo que más me ahoga es el que cuantito caiga el primer chaparrón se va a hacer mi casa una laguna, y mi Juan, al que dañan mucho las mojadadas, y que está tan abajo y tan paecido, me se va a morir.

Y la infeliz se echó a llorar amargamente.

-Vaya, tía Manuela -le dijo compadecida la vecina-, no pierda usted las esperanzas; las esperanzas son puntales, y en faltando éstas, nos desplomamos nosotras, y se acabó. Las esperanzas dan cuerda al reloj de la vida; sin ellas se queda parado y se muere el corazón, y no permita su Divina Majestad que se nos muera el corazón, que entonces somos perdidos.

La interpelada era mujer de gran talento natural y de genial vivo y alegre, que son tan frecuentes en Andalucía; así es que contestó:

-Bien sabes, Rosalía, que si puntales hallase, ya se los hubiese yo puesto a mis esperanzas, que decía mi madre (que de Dios goce) que en día de Carnestolendas nací yo, y riendo en lugar de llorando, y así no soy yo de las que se atolluncan; pero si ni aun puntales de palo tengo para apuntalar el techo de mi casa, ¿cómo los había de tener de esperanzas para apuntalar mi desdicha?

-Ni yo -añadió Josefa.

-¿Y os parecen a vosotras pocos puntales las esperanzas en Dios?

-¿En que hiciera un milagro, que es la sola manera de remediarnos? -repuso Josefa- ¿Y acaso lo había de hacer su Divina Majestad?

-¿Y quién te dice que no? ¿No los hace acaso todos los días? Yo he visto llover los milagros en mi casa; pero sin fe no hay milagros, sin pedirlos no hay socorro; asina no desconsolarse, que Dios está siempre en el mismo lugar. ¿Os vais vosotras a parecer, a la gente del día, que dice que no hay milagros?

-¡Jesús, Rosalía; no lo permita su Divina Majestad! -exclamó la tía Manuela-. Milagros, que son la patente intervención de Dios en las cosas de los hombres, ¿no los habíamos de creer? Tanto valía negar a Dios que negarle su poder y su voluntad. Lo que quería decir Josefa es que acá no merecemos que por nosotras los haga el Señor.

-Por esa desconfianza, puede ser, que de otra suerte, para obtener los favores de Dios, basta ser humilde y pedirselos con fe y amor; dice el Señor: «Ayúdate, que yo te ayudaré.»

-¿Qué más quisiera el ciego que ver? ¿Qué más quisiera yo que ayudarme? ¿Pero cómo?

Rosalía se quedó un momento pensativa, y dijo después:

-Ya saben ustedes que la reina está en Sevilla, y que después de la del cielo es la de España la reina más misericordiosa que ha habido ni habrá, así como, después de la de Dios, es Isabel II la providencia de España. Háganle ustedes un memorial en que le pidan que las socorra en tamaña necesidad.

-Mujer, no lo has pensado malamente -dijo la tía Manuela, cuyas lágrimas, como las de los niños, se secaron instantáneamente-; me has dado un puntal: mira qué presto se lo pongo a mis esperanzas.

-Pero falta el milagro -añadió sin salir de su abatimiento Josefa-, y no dejaría de serlo el que su real majestad hiciese caso de nuestros memoriales. Vamos, eso es un sinfundo, si los hay. Decía el ordinario anoche, cuando llegué de Sevilla, que a cientos y miles se los entregaban a su real majestad, y siendo éstos sin cuento, ¿acaso podría la reina satisfacer tanto pedido? Eso sólo Dios lo podría.

-No le hace; yo voy a presentarle un memorial.

-Eso es que cuenta usted con el milagro -dijo con triste amargura Josefa.

-No, hija -repuso la triste anciana-; no cuento con el milagro; pero acaso podría esperar en él, que ese puntal, ya que a manos me se viene, lo quiero aprovechar. Mira, Josefa, mañana nos vamos a Sevilla, y de camino vemos los festejos, los arcos, los adornos que allí han hecho, que dicen que desde que el mundo es mundo no se ha visto cosa igual. Buscamos un memorialista que nos haga el memorial, nos ponemos a la verita del coche, mas que nos atropellen los caballos y nos estrujen las gentes, y se lo damos a su real majestad.

-Las cosas de usted -repuso Josefa-, que todo lo allana sobre la marcha como plancha caliente. Los memoriales se hacen sobre papel de sello, señora, y cuesta dos cuartos la hoja; al memorialista es menester pagarle su trabajo, y ni usted ni yo tenemos un cuarto; nada, tía Manuela, donde no hay harina todo es mohína.

La cara de la tía Manuela, que se había animado con un rayo de esperanza, tornose a abatir, como la rama del sauce llorón, a quien por un momento alzara y diera movimiento una pasajera ráfaga de aire.

-¡El gozo en el pozo! -exclamó tristemente-, pues no tengo los dos cuartos para mercar el papel, que en cuanto a quien me escriba, conozco en Sevilla al mozo de una casa en la que sirvió mi hija antes de casarse, el que tiene una letra como un maestro de escuela, y ése nos los escribiría.

-Pues en ese caso -dijo la vecina sacando de su bolsillo dos monedas de dos cuartos-, poco dinero tengo, pero les emprestaré estas dos motas para ayudarles a poner un puntal a sus esperanzas. Si algo alcanzan ustedes, me lo pagarán, y si no, perdono la deuda.

-Dios te lo premie y te dé la gloria, que la merece tu buena obra, tanto más meritoria cuanto que va a servir para un por si acaso de los más aventurados; pero bien dice el que dijo que quien no se arriesga no pasa la mar; asina, Josefa, aprevente, que mañana nos vamos un pie tras otro a Sevilla.

No hay que extrañarse de que la vecina prestase esa pequeña cantidad a dos pobres más necesitadas que ella. Lo que sí hay que admirar en estas pobres aldeas, compuestas en su casi totalidad de braceros, cómo el que está algo más desahogado fía al necesitado en las épocas en que le falta el trabajo, si bien no metálico, de que él mismo carece, trigo, semillas, aceite, esto es, substancias alimenticias. Como es de suponer, entre gentes que no saben escribir, no median contratos ni recibos; entre la caridad y la gratitud no media más que la buena fe, por lo que estas tan generales deudas nunca se han visto negadas ni desatendidas.

Seis días después de la precedente escena estaba la tía Manuela parada ante la puerta de su casa, hablando con Josefa, cuando pasó un hombre bastante bien portado, al que dijo con tristeza la tía Manuela:

-¿Conque, Miguel, se fueron los reyes?

-Ayer -respondió el hombre-; yo los vide entrar en el coche real del ferrocarril, y cuenta que si los pude ver es porque cuando serví al rey era granadero, y porque en la estación cogí sitio ende temprano. ¡Qué de almas, María Santísima! ¡Si parecía que las cuatro provincias de Andalucía se habían apiñado allí! Vide despedirse a las dos hermanas reales, que abrazadas lloraban por su cara abajo; tía Manuela, ya ve usted cómo también los reyes lloran.

-¡Si son hijos de Adán, Miguel, y con el pecado de aquél entraron en el mundo las lágrimas que nos dejó por herencia en este valle que de ellas toma el nombre!

-Al ver a nuestra reina y a nuestra infanta tan queridas llorar, todo el mundo lloraba, y yo sentí que algo me corría por la cara; me eché mano, tía Manuela... ¡pues no estaba yo llorando!.

-Y yo también, Miguel, de oírtelo referir -repuso la tía Manuela, secándose las lágrimas con un pico de su delantal-. ¡Qué dolor, qué dolor de ver llorar a la reina de mi corazón y de mi alma, y a esa infanta bendita que con su esposo han hecho en San Telmo de los jardines un paraíso y del palacio un santuario! ¡Y habría llorado también, Miguel, porque ese malvado ferrocarril se llevaba con mis reyes mis esperanzas!

-Y las mías, aunque eran pocas -añadió Josefa.

-¿Que se llevaba las esperanzas de ustedes? -dijo admirado el hombre-. Pues qué, ¿las tenían ustedes puestas en la reina?

-Sí, porque yo y tía Manuela le habíamos hecho un memorial para que nos socorriese.

-Qué,¿tan necesitada estás, Josefa? Pues denantes estabas descansadita.

-¡Denantes! -respondió Josefa-, denantes me vivían mis padres; pero ende que me faltó mi madre me han llovido desdichas y no tengo arrimo ni calor de nadie; asina es que dice bien el cante:

Murió mi madre, ¡ay de mí!

Ya entraron mis amarguras;  
ninguno diga que es pobre  
mientras su madre le dura.

Mira, tú, que tengo a mi Pedro hace tres meses con tercianas, y a mis niñas durmiendo en el suelo pelado, y el invierno que ya asoma.

-¿Y quién entregó esos memoriales? -preguntó el hombre-. ¿Vosotras?

-No, porque aunque esa intención llevábamos -contestó la tía Manuela-, y nos pusimos a esperar a su real majestad en una calle por la que dijeron había de transitar, cuando llegó a pasar, tan hermosísima, tan bien puesta, que parecía una imagen, tan respetuosa a la par de tan hermosa, pasando despacito por no atropellar a nadie, por el apiñado gentío que la rodea por doquiera que va, sacando del coche un brazo más blanco y más torneado que si lo hubiesen hecho de marfil, para recoger los memoriales, nos quedamos entrambas tan admiradas, tan extáticas, tan cuajadas, que ni el viva que rebosaba en nuestro corazón pudimos echar al aire; cuando miramos por nosotras, ya había pasado, ya iba lejos aquel hermoso coche que se llevaba nuestra reina, nuestro corazón y nuestras esperanzas, ¡y sólo nos quedaban lágrimas en nuestros ojos y en nuestras manos los memoriales!

-¡Por vía de Chápiro Valillo! -exclamó Miguel-. ¡Quién había de creer que se atollancasen ustedes tanto, usted, tía Manuela, que es más viva que un ajo, que tiene la lengua expedita y bueno el pronunciado, y hasta coplera es!

-Pues ahí verás, hijo mio, cómo impone la real majestad, que me se apagó el candil, me se anudó la garganta, y ni un viva le pude dar a mi reina, lo que me ha de pesar mientras coma pan.

-Y ¿quién les hizo a ustedes los memoriales?

-Un mozo de casa que escribe que ni imprentado.

-La cuenta de la plaza será -opinó Miguel-; ¡pero un memorial a la reina!... ¡Bueno estaría, y más si el mozo era farruco!

-Pues, sí, señor, que iba bueno, que yo se lo fui anotando.

-Y ¿qué la decía usted en el memorial a la reina, tía Manuela? ¿Acaso que le comprase la chamiza para la techa?

-Pues, sí, señor.

Su interlocutor soltó una carcajada, y preguntó:

-Y Josefa, ¿qué pedía en el suyo? ¿Que le comprase su real majestad un jergón en que dormir sus niñas?

-Pues, sí, señor.

Su interlocutor volvió a reírse más estrepitosamente todavía.

-Hombre -le dijo con impaciencia la tía Manuela-, ¿y qué querías que pidiese yo a la reina, que fuese el pedido digno de su real majestad? ¿Una encomienda? Ni me la hubiese dado, ni yo para maldita la cosa la necesito... ¿Qué querías?

-Que no hubiese usted pedido náa, haciéndose los cargos, que por más que se levante el polvo de la tierra no llega al sol; ¡qué al sol! ni a los luceros y estrellitas que lo rodean, que se encaraman más alto que él; así se hubiese usted ahorrado el viaje y su memorial, y no estaría ahora llorando sus esperanzas perdidas. ¿Acaso no sabe usted la copla?

Son nuestras esperanzas

flor sin raíces,  
que se las lleva el viento  
antes de abrirse.

Y es culpa nuestra,  
por sembrarlas al aire  
y no en maceta.

-¡Pues otras han alcanzado, Miguel! Pero bien me se previene que en un lugar no todos pueden vivir en la plaza.

-En cuanto a mí -añadió Josefa-, yo y mi Pedro somos tan desgraciados, que si él hubiese sido sombrerero habrían de haber nacido los niños sin cabeza.

-Pero vamos a ver, que tengo curiosidad -dijo Miguel-. ¿Qué era lo que rezaba el memorial de usted, tía Manuela, y cómo le pedía usted chamiza a su real majestad?

-Toma, muy clarito y sin circunloquios, como se lo pido a Dios. ¿Pues no le está pareciendo a este hombre, que lo echa de sabido, un desacato el pedirle la chamiza que necesito a la reina? Decía el memorial asina: «Señora, a los pies de vuestra real majestad se postra una infeliz anciana que va a quedar a la inclemencia del cielo por derrumbarse el techo de su casa. Deme vuestra real majestad, que se complace en llamarse madre de los

españoles, la chamiza para techar mi casa y cobijarme, y Dios en cambio cobijará a vuestro trono, a vuestra real majestad y sus augustos esposo e hijos con su santísima bendición.»

-¿Y el de Josefa? -preguntó Miguel.

-Decía asina -prosiguió la anciana-: «Señora, a las plantas de vuestra real majestad se postra una madre desdichada que tiene a las hijas de su alma durmiendo en el suelo y sin abrigo. Deles vuestra real majestad un jergón, y hará una obra de caridad de las grandes. Humilde es mi petición, reina y señora, pero más humilde es la de los pájaros, y Dios la atiende.»

-Lo que es de largas no pecan -opinó Miguel-, pero sí de gansas, que lo son como pajares, y de atrevidas, que lo son como gorriones. Por suerte, que no llegaron ustedes a entregarlas y no las habrá visto la reina.

-Pues, Miguel, yo había esperado que sí, porque en vista que no habíamos podido ponerlos en manos de su real majestad, nos fuimos en casa de una señora que yo conozco, y donde paraba un usía muy considerable de la comitiva real, y le dije que por el amor de Dios y de María Santísima se los entregase y se empeñase con él para que se los presentase a su real majestad de parte de Manuela Ortega y de Pepa Monje, de Dos Hermanas. La señora lo prometió, pero por lo visto no lo ha cumplido.

-O el usía no querría entregar a su real majestad semejantes marmojos -dijo Miguel.

-Eso será -repuso la tía Manuela-; porque mira, Miguel, gansos o no, tan cierta estoy de que si nuestra reina los hubiese visto nos socorre, como cierta estoy que nos alumbrará el sol.

-Tía Manuela -le dijo Juana-, para que hubiesen llegado a manos de la reina, era menester un milagro, y Dios no ha querido hacerlo, ¡Cómo ha de ser, paciencia! ¡Ay, mis pobres niñas!

-Tía Manuela -dijo una mujer-, en busca de usted venía, de parte del señor cura, para que vaya usted allá.

-Eso será para aljofifar la iglesia, que entonces siempre se acuerda su mercé de mí. ¡Dios se lo premie! Ya ves, Miguel -añadió enjugando sus lágrimas-, que si una puerta se cierra otra se abre, y que Dios no le falta a nadie.

-Tía Manuela, voy con usted a ver si el señor cura quiere que ayude a usted en la faena -dijo Josefa.

-Sí, vente, mujer, que yo también se lo pediré. Miguel, con Dios, hasta más ver.

-Yo voy para allá también, que llevo a su mercé un encargo que me hizo ayer.

Los tres echaron a andar apresuradamente, y llegaron en breve a la casa del cura.

-Dios guarde a su mercé, señor cura -dijo al entrar la tía Manuela-. Pepa Monje viene conmigo a pedir a su mercé que sea ella la que me ayude a aljofifar la iglesia.

-No se trata de limpiar la iglesia -contestó el cura.

-¿No? -exclamó tristemente sorprendida la tía Manuela-. Pues entonces, ¿a qué me ha mandado llamar su mercé!

-Has hecho un memorial a la reina -dijo el cura-, ¿no es eso?

-Sí, señor -contestó la pobre mujer aturrullada-; eso no es malo, ni está prohibido, ¿no es así, señor cura?

-No, mujer, no; y si te llamo es para entregarte la contestación de la reina. De parte de nuestra benéfica soberana tienes aquí, no sólo para techar tu casa, que ya sé que es tu primera necesidad, sino con qué costear la siembra de tu haza.

Y el cura puso unas monedas de oro en las manos de la anciana.

Ésta, al ver el oro, se puso fría, pálida y parada; después encendida, agitada y temblorosa, y acabó por prorrumpir en un copioso llanto, gritando:

-¡Dios hizo el milagro! ¡Bendita sea la fe! ¡Yo puse los medios, bendita sea la esperanza! ¡La reina fue el intermedio de Dios, bendita sea la caridad! ¡Bendecido sea Dios! ¡Bendecida sea la reina!

El cura había entrado en un cuarto y salió de él con un abultado lío.

-Y tú -dijo presentándoselo a Josefa- aquí tienes, por respuesta a tu memorial, las ropas y abrigos de una cama completa, y además este dinero -añadió entregándoselo- con qué remediarte.

-¡Hijas de mi alma! -exclamó Josefa estrechando el abultado lío contra su pecho- ¡Hijas de mi alma, que ya no llorarán de frío, y van a dormir abrigadas y en blando como princesas, rogando a Dios cada noche por la reina de España, la reina de todas las reinas, misericordiosa como el sol, que a todos los alumbraba y da su calor!

La tía Manuela, que se había repuesto algún tanto del pasmo y turbación que le habían causado la sorpresa y el júbilo, reía, lloraba, daba vueltas, alzaba sus manos cruzadas al cielo, y era la imagen más caracterizada de la alegría, de la gratitud y del entusiasmo.

-Tía Manuela -le dijo zumbonamente Miguel-, usted, que es coplera, ¿cómo no le saca usted un trovo a la reina, que a pesar de las sandeces de su memorial la ha socorrido como reina y madre?

Inmediatamente, y con los ojos brillantes por su felicidad, improvisó la tía Manuela:

Le doy el viva a Isabel,  
le doy el viva a mi reina,  
la generosa señora  
que me ha sacado de penas.

Dios le conserve su vida  
y la colme de favores,  
porque gasta sus tesoros  
en socorrer a los pobres.

He de pelar mis rodillas  
al pie de nuestros altares,  
pidiéndole a Dios que guarde  
y premie a sus majestades.

Un vestido

Caridad quiere decir amor. Hay tres clases de amor incluidas en esta denominación: el amor a Dios, que es la adoración; el amor a nuestros iguales, que es la benevolencia, y el amor a los pobres y los que padecen, que conserva el nombre de este amor teologal: caridad.

Si, por desgracia, en nuestra acerba y descreída era están tibios y aminorados los dos primeros, no lo está por suerte el último, que permanece en el siglo como una cruz en la cúspide de un edificio que van invadiendo, al menos al exterior, las frías aguas del indiferentismo.

Mientras más cunda la miseria merced a causas que no es del caso ni de nuestra incumbencia examinar, pero entre las cuales, no obstante, citaremos el lujo, que, semejante a un despreciable afeite, pero siendo en realidad una mortífera lepra, se va extendiendo sobre toda la sociedad y la carestía de los artículos de primera necesidad, que oprime y ahoga a las clases menesterosas como un dogal, mientras más cunda, decimos, la miseria, más ostensiblemente corre a su auxilio la caridad. Desde los graves hermanos de San Vicente de Paúl, que edifican al público, hasta los alegres histriones que lo divierten, todos concurren al misino objeto. Centuplica la caridad sus recursos y después que las señoras, imitando el ejemplo de las santas, le han dedicado los primores de sus agujas, los hombres, a su vez, las imitan, dedicando al mismo fin los trabajos de sus plumas. No elogiaremos este buen propósito; las buenas obras, sinceras y puras, tienen su pudor, que rechaza el elogio como una recompensa, puesto que la dádiva que obtiene premio no es tan dádiva como la que nada recibe, y esta es la razón por la que tantas almas piadosas ocultan el bien que hacen, mortificadas que son por la alabanza que excita.

Establecióse en una populosa ciudad de Andalucía un caballero que había estado muchos años en América, y traía de ella muchos tesoros, como decía la voz pública, en su manera ponderativa. Pero era cierto, que uno traía superior a los de oro y plata que se le suponían, y era una mujer buena, honrada, modesta y caritativa, bien hallada entre las pacíficas y alegres cuatro paredes de su casa, feliz y contenta en su tranquilo interior doméstico.

En breve echó de ver el marido el desenfrenado lujo que ostentaban en el vestir las señoras de su nueva residencia, con el que contrastaba la modesta sencillez que de suyo gastaba su mujer. Y así fue que le dijo un día en que juntos iban a salir:

-Luisa, preciso es que te compres un vestido como el que veo gastar a otras señoras.

-Felipe -contestó su mujer-, esos vestidos que ves en otras, cuestan cuatro mil reales; el año que viene no se gastarán ya, y son cuatro mil reales tirados, lo que es un despilfarro y hasta una impropiedad en quien no tiene ni la posición ni el caudal de unos príncipes.

-Siendo más pudiente que otras que los llevan, deseo que no seas tú menos, lo que nos expondría a la crítica o a la burla -respondió el marido.

Luisa se sonrió y calló; pero en lo que menos pensó fue en comprarse el vestido.

Cada vez que juntos salían, le preguntaba don Felipe:

-Luisa, ¿no te has comprado todavía el vestido?

Y ella, con el fin de no contrariarlo, buscaba disculpas por no haberlo hecho.

-Luisa -observaba entonces su marido-, se sabe que tengo posibles; y como nadie podrá creer, si una señora no lleva, cual le corresponde, un vestido rico, que sea por su motu propio, creerán que es mi avaricia y no tu voluntad la causa de que no lo tengas.

Un día que les acompañaba a la mesa un amigo íntimo de don Felipe, le refirió éste, muy sentido, lo que llamaba la manía de su mujer, de no querer comprarse el vestido, y, levantándose, trajo cuatro mil reales en oro, que entregó a Luisa, con la expresa condición de que habían de ser invertidos en la compra del vestido.

Salieron en seguida los dos amigos a pasear, y Luisa entró en su gabinete y se sentó sobre una silla baja en su encierro de cristal a hacer labor.

Aguardaba allí una de las muchas personas necesitadas que esta señora socorría con sus dones y consolaba, escuchando con el mayor interés la relación de sus males y de sus desgracias.

La persona que le aguardaba conservaba un aspecto decente, en medio de la más completa miseria, gracias a Luisa, que la había provisto de las piezas de vestir necesarias para ello.

El marido de esta desgraciada había ejercido toda su vida un empleo subalterno; pero hacía algún tiempo que, sin causa ni pretexto, había sido privado de su cargo para favorecer a otro con él.

Anciano ya, sin conocimientos, fuerzas ni proporción de buscar otro modo de mantener a su familia, la angustia, el desconsuelo y la irritación que se apoderaron de su ánimo le postraron en cama.

En breve fue vendido su modesto ajuar y cuanto poseían para atender al sustento de la familia y a la asistencia del enfermo.

Entonces su hijo, joven a quien había dado su padre una buena educación, y que por entonces estudiaba en la Universidad, lo abandonó todo para trabajar y mantener a sus padres; pero como ningún oficio había aprendido, no le quedó más recurso que entrar en una obra de peón de albañil.

Empero, seis reales que ganaba a tan inusitadas y duras penas, que iban minando su salud, como no acostumbrado desde niño a tan rudo trabajo, los seis reales que ganaba, decimos, no con el sudor de su frente, sino agotando las fuentes de su vida, no alcanzaban al doble objeto de sustentar a su familia y costear los gastos de la enfermedad de su padre.

¡Cuán palpables son las disposiciones de Dios en las grandes crisis de la vida!

¿Quién no ha visto claramente al dedo de Dios señalar a la caridad el lugar y ocasión en que debe ejercer su santa misión? Y así lo hizo ahora, porque una prima noche oyó Luisa el dulce, triste y argentino son de la campanilla que anuncia a los fieles que viene Dios a la casa del hijo que, no pudiendo ir a la suya, implora su presencia.

Luisa iluminó su balcón y se arrodilló, adorando al Dios que da consuelo y fortaleza en esta vida pasajera, y la bienaventuranza en la eterna.

El santo Viático entró en un pobre corral cercano a su casa, y cuando de allí salió, después de dejar el socorro del alma, entró el de la vida, que en persona fue a llevarle Luisa.

Desde entonces venía diariamente la mujer del enfermo a recibir caldo y otros auxilios de aquella casa, como lo hacían otros menesterosos; y por eso no había querido Luisa tomar del dinero que le entregaba su marido para los gastos la crecida suma de cuatro mil reales, lo que le hubiese impedido atender con holgura a estas obras de caridad, que hacía sencillamente sin ruido y sin ostentación, como riega una suave nube de primavera la sedienta tierra, porque prefería los goces del corazón a los de la vanidad.

-Señora -exclamó Luisa al notar que la pobre mujer, que era la del referido cesante, lloraba amargamente- ¿Qué tiene usted? ¿No se hallaba aliviado su marido de usted?

-Sí, señora -contestó sollozando la interrogada-; pero el hijo de mi alma, que no puede con el trabajo que hace, ¡ayer cayó postrado, y está echando sangre por la boca!

Hubo un rato de silencio, pues el dolor en la una y la compasión en la otra eran tales, que no hallaban palabras que los expresasen.

Después de un rato, prosiguió la madre:

-Tenemos un primo en la Habana que nos ha escrito que, en vista de las cualidades, saber e inteligencia de mi hijo, tiene proporción para colocarlo allí ventajosamente, y que se lo enviemos; ¡pero no tiene presente que el que no tiene para comer, no tiene para costear un viaje a la Habana! Y, no obstante, dice el médico que un viaje de mar es lo único que podría salvar la vida a mi hijo ¡Si no le hubiesen quitado a mi marido el destino, habría hallado quien, con la fianza del sueldo, le hubiese adelantado el dinero; pero ahora es un imposible. Señora, ¡nos han perdido! Dios se lo perdone.

Luisa tenía los cuatro mil reales en la mano, era tímida, era sumisa a su marido, pero era aún más caritativa.

-Salvo la vida de este buen joven -pensó-; quizá haga su suerte y la de toda su familia; todo con privarme de un vestido de lujo..., y titubeo... Tome usted, señora -dijo poniendo el oro en la mano de la desconsolada madre-; que parta inmediatamente su hijo de usted, y que lo haga descuidado, pues mientras no escriba su llegada, no faltará a ustedes el pan de cada día.

La explosión de júbilo y de gratitud de la pobre madre pintarásela el que esto lea mejor su imaginación de lo que las palabras pudieran hacerlo.

Ocho días después navegaba el enfermo hacia la Habana, vigorizando sus pulmones los aires puros del mar, el descanso sus miembros y la esperanza su espíritu.

Entretanto, la cuestión del vestido seguía siendo el solo pero perenne altercado del matrimonio de que nos venimos ocupando. Y, no obstante, el marido no era vanidoso; pero cobarde respeto humano le indujo a persistir en aquella mezquina exigencia, con la que de continuo mortificaba a su excelente mujer.

-¿Y el vestido? -preguntaba de cuando en cuando don Felipe-, ¿te lo has comprado?

Está, que era tímida, no se atrevía a decir a su marido que había dispuesto del dinero, y trataba de salir del paso con evasivas. Unas veces decía que no le gustaban los que de venta se hallaban, y que le habían dicho en las tiendas mejor surtidas que estaban aguardando nuevas remesas; otras, que no había salido por causa del frío o falta de tiempo, y así fueron pasando días y meses.

Ya la paciencia de don Felipe estaba gastada.

-¿Quiere usted creer -dijo con irritación a su amigo un día que estaban sentados a la mesa- que haciendo, como usted recordará, dos meses que di el importe del vestido a mi mujer, con la condición de que en él lo invirtiese al momento, que aún no lo ha hecho? ¿Es esto leal? ¿No es, con su aire gazmoño, burlarse de mí?

Luisa, que, como hemos dicho, era tímida, y que oía por primera vez palabras desabridas y duras en boca de su marido, se turbó y afligió, y dijo para calmarlo:

-Está comprado.

-¡Por fin! Albricias -repuso satisfecho don Felipe-. ¿Dónde está?

-Lo tiene la modista -respondió su mujer, cada vez más turbada, como todo aquél a quien falta energía para seguir con paso firme la buena senda.

En este momento avisó un criado a media voz a Luisa que estaba allí una de las pobres que favorecía, que pedía hablarle con urgencia.

Luisa se levantó.

-¿Dónde vas, mujer? -preguntó don Felipe- ¡A que es una pobre! Dile que vuelva a otra hora.

-Es la modista -contestó Luisa.

-Entonces ve, no te detengas y haz traer el vestido, que lo veamos.

No habían pasado cinco minutos, cuando entró Luisa apresuradamente. Sus ojos negros brillaban, reflejándose en ellos una espléndida alegría, como brilla un puro cristal reflejando los radiantes rayos del sol; sus mejillas estaban encendidas como hogueras de regocijo; sus labios temblaban indecisos entre una gozosa sonrisa y un suave llanto. En la mano traía una carta doblada.

-Toma, Felipe, toma -exclamó alargándosela a su marido-; ¡ahí tienes el vestido!

Su marido, asombrado y sin atinar cuál sería el sentido de aquellas palabras, tomó la carta y leyó:

«Padres de mi corazón: Se han acabado vuestros sufrimientos y los míos. Dios nos ha hecho felices por mano de uno de aquellos ángeles que el cielo envía a la tierra para consuelo y bien de la humanidad.

Gracias a él y al inesperado socorro que nos prestó -que fue tal que debió costarle algún sacrificio, lo que aumenta su valor y mérito- embarqueme y llegué aquí, después de una feliz travesía, completamente restablecido; apenas desembarqué cuando me dieron la colocación que me tenía preparada mi tío en casa de sus antiguos amos, poderosos comerciantes que lo tienen en mucha estima; a los pocos días me demostró el señor estar

tan satisfecho de mi celo e inteligencia, que me aumentó el sueldo; y esta mañana, preguntándome si estaba contento, y respondiéndole yo que no podía estarlo por la ausencia de mis padres, y verlos en tan infortunada posición, me dijo que escribiese a ustedes que se vinieran, en vista de que tiene en donde colocar a usted, padre. Mando adjunta para que costeen el viaje una letra, importe del sueldo de los dos meses, que no he gastado con objeto de enviárselo, habiéndome tenido el tío en su casa, etc.»

Cuando don Felipe hubo acabado la lectura de la carta, fijó los ojos en su mujer, con una mirada que expresaba toda la admiración, todo el cariño, todo el enternecimiento de que rebosaba su corazón, y sólo pudo decirle:

-Perdona, Luisa.

La suave y modesta mujer le contestó:

-Perdona tú, pues te engañaba.

-Mi culpa es, pues no supe inspirarte confianza -repuso el marido-; si me lo hubieras dicho, se habría hecho la buena obra sin que para eso tuvieses que privarte de un buen vestido; ahora me encargo yo de proporcionártelo, y por cierto que no habrá salido de las fábricas de Lyon otro mejor que el que recibas.

-No, no, Felipe; no -exclamó Luisa-; si acaso lo que he hecho es una buena acción y me la recompensaras, no sería yo, sino tú, el que de ella tendría el mérito y la satisfacción, y no te los cedo. Además, el bien que se hace sin que nos cueste un sacrificio o una privación pequeña o grande, no deja del todo satisfecho el corazón ni completamente alegre la conciencia.

Los pobres perros abandonados

Hace pocos días que los diarios de Sevilla referían sin comentarios, y como cosa meramente curiosa, pero no conmovedora, el que, habiendo entrado un viajero en el tren del ferrocarril de Córdoba a Sevilla, y no habiendo querido o podido pagar la cuota designada para traer los perros en la jaula destinada a este objeto, abandonó al suyo, y que este apegado animal fue siguiendo al tren en su vertiginosa carrera. Llagaba poco después que él a las estaciones, en que caía jadeante y rendido, y cuando el tren se volvía a poner en marcha, emprendía de nuevo su inconcebible carrera para seguir a su ingrato amo. ¿Es creíble que ni su amo ni ninguno de los pasajeros se moviesen a pagar la corta cantidad que habría aliviado al infeliz animal de la angustia que sentía y del tormento que se daba?

Al leer esta admirable muestra de cariño y de fidelidad se nos cayeron las lágrimas, y recordando los muchos perros abandonados que de precisión ha de haber desde que hay caminos de hierro en un país donde, sin amarlos mucho, son infinitos los pobres que crían perros y muchos los que no tendrán dinero de sobra cuando viajan para pagar el pasaje de estos pobres animales, pensábamos que sería en toda la extensión de la palabra una obra de caridad, de compasión, de orden público (sea policía), que a los pobres, y sobre todo a los ganaderos, les llevasen en los ferrocarriles sus perros de balde. No falta filantropía en esta época que tanto la proclama y ejerce, sobre todo con el uso de las suscripciones públicas, que la estimulan y vigorizan; pero hay poca y, sobre todo, muy inerte compasión hacia los pobres desvalidos animales. ¡Pobre perro! Ha merecido la calificación de amigo del hombre, y éste bien merece, en general, la de enemigo del perro. Pudiéramos contar a este propósito la historia de una pobre y hermosa perra de ganadero preñada, sin duda abandonada por su dueño, que llamaba la atención hace tres años en Sevilla, cuyas calles recorría triste, angustiada y abatida, como buscando amparo, y pidiéndolo en la expresión lánguida y desconsolada de sus ojos y de su continente. No hallaba ni aun donde descansar, porque de todas partes la echaban, a lo que contribuía su gran tamaño y lo inmediato de su parto, pues apenas podía ya moverse. Pero preferimos, para amenizar este articulito, dejarla referir al sabio literato, al ameno poeta, al grande y culto investigador y propalador de las glorias literarias antiguas y modernas de España, M. de Latour, en una carta que, en nombre de Cervantes, nos escribió en español, carta la más fina e ingeniosa, brote de buen humor y de amistad delicada, que de modo alguno ha sido destinada a la publicidad, pero que consideramos muy digna de ella:

#### Carta de Cervantes a Fernán Caballero

«Sr. D. Fernán Caballero. -Muy señor mío e ilustrado ahijado: Si desde esta banda me tomo la libertad de molestar a usted, no es (puesto que sería ofender su modestia) al autor ingenioso de tantas novelas más ejemplares que las mías, sino para dar a usted las gracias por la compasión y caridad de las que acaba de dar señalada prueba hacia un pobre perro por el que me intereso. La historia de esta perra es una novela. ¿Me da usted licencia para que se la cuente?

Tengo la vanagloria de persuadirme de que usted no ha olvidado el soliloquio de los dos perros del hospital de Valladolid, Cipión y Berganza, y sospecho que, teniendo usted, como es notorio, tanta lástima de los animales, quizá sea porque haya conocido por aquella muestra que el buen criterio y el sentido común, que tantas veces falta a los hombres, se pueden hallar en los perros.

Ha de saber usted que en aquellos tiempos, Cipión tuvo un hijo y Berganza una hija, y según suele suceder entre padres amigos, casaron a sus vástagos, los que engendraron una casta de perros buenos y honrados, siendo la última de esta casta la pobre moribunda que usted acogió en los umbrales de la puerta de su casa.

Una de estas pasadas noches, noche de esas serenas y estrelladas que tan magníficamente celebró Fray Luis de León, caminaba yo por las calles de mi querida Sevilla buscando una novela que, se había recientemente publicado, cuyo título es Vulgaridad y Nobleza, la que deseaba leer en mi tertulia con Quevedo, Mateo Alemán y el

padre Isla. En el momento en que llegaba a la plaza de Maese Rodrigo oí, detrás de los mismos marmolillos que existían en mi tiempo, una voz que se lamentaba y que decía: '¡Ah! ¡Si aún viviese Cervantes!'

Me paré asombrado; acerqueme al sitio de donde había partido la voz, y vi una pobre perra preñada, que era la que se quejaba en el zaguán del Seminario. Iba a proseguir mi camino, cuando volví a oír la misma voz, que decía: '¡Ah! ¡Si aun viviese el buen Cervantes!'

Presentóseme entonces a la memoria lo de Berganza y Cipión, y aprovechando la oportunidad de que a aquellas horas nadie podía oírme, me dirigí a la perra, y le dije: -¿Eres tú quien acabas de hablar? -Me contestó primero con un suspiro, y luego, animándose, añadió: -Sí, soy yo; y pues tengo la dicha de que alguien me escuche, referiré mi triste historia. Nieta de aquellos famosos perros a quienes Cervantes enseñó a expresar sus pensamientos en castellano, Dios ha permitido que heredase de ellos tan hermoso privilegio. Diéronme mis padres, en memoria de nuestro ilustre padrino, el nombre de Dulcinea; pero, infeliz en lo demás, tuve la desgracia de enamorarme de un perro fino, amable, valiente, pero el que, dejándose arrastrar por la lectura de las novelas modernas, abandonó a su fiel esposa en el apuro que me ve usted, para correr en pos de una perra que se llamaba Traviata, que bailaba en un circo y que se marchó a otra parte.

-¿Y por qué -le dije- invocabas a Cervantes?

-¡Ah! -contestó-, Porque si aún viviese Cervantes, él, que hizo contra los libros de caballería una novela tan eficaz, escribiría ciertamente otras contra las novelas que hoy corrompen las buenas costumbres.

Me sonreí, y repuse: -Hace siglos que murió el que llamas, y no sé si, bastaría hoy otro Quijote para acabar con una peste tan universal como lo es la de las novelas de que se quejan, no sólo los hombres honrados, sino los perros de buen juicio como tú. Ven conmigo a una casa donde podrás parir tranquila, y permanecer atendida y descansada. En ella vive una persona que no escribe libros contra las novelas; al contrario, compone novelas, ¡pero qué novelas! (Aquí estampa el que escribe la carta un cumplido tan fino como benévolo, que suprimimos.)

En esto llegamos a la puerta de la casa de usted, y como la pobre Dulcinea no alcanzaba a la cadena de la campanilla, quien llamó a la puerta de usted fui yo. -Miguel de Cervantes Saavedra.

P. D. -De seguro que extrañará usted mi mal español. ¡Ah!, amigo mío; además de que ha cerca de tres siglos que he dejado de escribir, los impresos modernos que nos llegan de España hablan un castellano bastante afrancesado, y algo se me habrá pegado de ellos.»

Esta pobre perra fue después admitida en la fábrica de cápsulas, en la que se necesitaba un perro de su especie, donde lo pasa muy bien y conserva el nombre de Dulcinea. ¡Qué pocos entre los infelices perros abandonados tendrán la suerte de éste, sino que entrarán en

el número de aquellos seres desvalidos a los que no es permitido ocupar su lugar sobre el haz de la tierra sin un fiador, y contra los que tanto se ha clamado!

Pero es, por cierto, singular que para impedir esta aglomeración de perros abandonados, que no negamos sea un inconveniente grande, nadie haya tratado ni pensado de remediarlo en su raíz o primera causa, sino de curarlo en falso o temporariamente por medio de la estrignina, ya célebre por el afán y perseverancia que han desplegado los periódicos por su uso en aplicación a los pobres perros. En cuanto a nosotros, pensamos que la enseñanza de crueldad que reciben los niños y el pueblo, que es otra clase de niño cuya enseñanza moral está también a cargo de la autoridad, al presentarles por todas partes los tormentos de la más horrible y penosa agonía que les sirve de espectáculo y de diversión, y a la que suelen añadir alguna angustia o dolor más, esta inoculación de insensibilidad y de crueldad, que proporciona a miles de corazones la tan aclamada estricnina, es peor, mil veces peor que el mal físico, por terrible que sea, que pueda producir en tal cual individuo la inoculación del virus de la hidrofobia, y nadie se crea más filantrópico que nosotros por dar la preeminencia a la salud del alma de millares sobre la salud del cuerpo de un individuo.

A cualquier mente reflexiva se le previene que el medio de atajar el mal está en prevenir la multiplicación de esta infeliz casta. ¿De dónde proceden estos perros sin amos, míseros seres privados de alimento y abrigo, objeto de toda clase de persecuciones? Proceden de los pobres, cuyos hijos, no pudiendo comprar juguetes, procuran en su lugar hacerse de perrillos chicos, los que después de pasar de cachorros con sus amos una vida de innumerables tormentos, cuando ya no divierten a los niños, o cuando se ha hecho más gravosa su manutención, son cruelmente echados a la calle. El pobre apegado animal vuelve una y cien veces a la casa de sus amos, y cada vez es expulsado de ella con creciente encono, tomando sus insensibles dueños lo que es cariño por obstinación; lo que es lealtad, por falta de sumisión a sus mandatos, hasta que, golpeado, maltratado y perseguido, no se atreve a volver. Sentado sobre sus piernas de atrás, mira de lejos con triste cariño aquella casa, esperando aún que le será abierta; alza con ardiente anhelo sus orejas si nota que la puerta se abre y da paso a alguno de los amos que tanto quiere, pronto a abalanzarse a él con saltos de alegría, con dulces gemidos de gratitud y de cariño; pero no se atreve, y hace bien, pues apenas es apercibido por el que ha salido, le lanza una piedra, que a veces le hiere y hace huir dando dolorosos alaridos.

Ya entró, pues, en la triste falange para cuyo exterminio gasta el Ayuntamiento una fabulosa suma en estrignina, por lo que a nosotros, como a otras personas, nos parece que, ante todo, se debería prohibir con un bando que se criasen perros, imponiendo multas a los padres que permitiesen a sus hijos infringirlo, y que los legisladores, como sucede en otros países, impusiesen para lo sucesivo una pequeña contribución a los dueños de aquellos perros que no sean una necesidad del oficio que ejercen, como los de ganadería, caza, etcétera, sino que se tienen por mera afición.

En una preciosa novela de M. Marmier, denominada L'Orphelin, y que el autor, en muestra de simpatía, nos ha remitido, hallamos el siguiente sentido trozo:

«¡Qué buen ser es el perro! Así el perro del pastor como el del ciego; los perros del Norte de la Siberia, sin los cuales los moradores de aquellas heladas regiones no podrían

subsistir; el perro que se deja matar para defender la persona o la hacienda de su amo; el valiente Baby de Terranova, cuya memoria se conserva en el castillo real de Windsor; el glorioso Barri del San Bernardo, que había salvado cuarenta personas de una muerte segura, y llevaba al cuello una medalla de honor! Todos esos dulces, humildes y benéficos compañeros del hombre, que nos dan tan admirables ejemplos de valor, de paciencia, de fidelidad y de resignación, ¿será posible que, según opina un poeta inglés, no sean sino polvo animado? No es fácil creerlo a quienes los aman.»

Cuando la guerra de África, refirieron los periódicos hechos admirables de los perros que siguieron a los regimientos a que pertenecían. Uno de éstos, al que no permitieron embarcarse, ¡atravesó a nado el Estrecho para reunirse a sus amos! «Entre las cosas notables que hay en el campamento -decía una carta dirigida a un periódico-, se hallan dos perros que embisten a los moros que ven; van con las guerrillas y son escuchas de tan buena calidad, que reconocen al enemigo por el olfato y anuncian su llegada.

Los soldados han tenido la buena ocurrencia de ponerles los galones de cabo segundo, porque en la acción del 25 se quedaron guardando a un herido, y con sus alaridos y carreras avisaron a la compañía para que acudiese a salvarlo del enemigo.»

«El trato con los perros -dice un autor de fama- me ha hastiado del trato de los hombres», y lord Byron compuso este epitafio a su fiel perro de Terranova:

«Aquí descansan los restos de un ser que tenía la belleza sin vanidad; la fuerza sin insolencia; el valor sin ferocidad, y todas las virtudes del hombre sin sus vicios.»

Nos han dado a leer unos artículos insertos en un periódico de jurisprudencia, en los que se inicia la idea de crear leyes, como las que existen en otros países, que impidan los excesos de crueldad que cada día impunemente y con tanta barbarie, se están ejerciendo, y de que son lastimosas víctimas los pobres e indefensos animales.

Aunque escritos con esa impasible frialdad que es y debe ser el temple de la justicia oficial, que sin seducir, como lo hace el ardiente lenguaje del corazón, convence, deberían tomarse en cuenta por un Gobierno que diese a la existencia y propagación de la moral pública toda la atención y cuidado que este ramo (corazón y conciencia de la sociedad) merece. Poco vale nuestro voto, sobre todo en esta materia; pero como es sincero y racional, se lo damos de gracias y plácemes al señor jurisconsulto que ha tomado la iniciativa en una medida tan justa como humana, condolidada y verdaderamente civilizadora. ¡Pobre perro! ¡No hay ser que, cual tú, siembre cariño y recoja ingratitud!

Si en los países extranjeros advierten que en los periódicos españoles se clama sin tregua ni descanso por la estrignina, cual si la rabia fuese aquí el estado normal de los perros, clamores que alternan con las descripciones de las corridas de toros, y que después de esto viajen en nuestro suelo en diligencia... no hay duda que el que lo haga se persuadirá de que es España el edén de los animales, sobre todo de aquéllos que más útiles son al hombre.

FIN

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

